



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLÍTICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores *Amador de los Ríos*, Alarcón, Arce, Sra. *Avellaneda*, Sres. Asquerino, Auñón (Marqués de), Álvarez (Miguel de los Santos), Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Anchorena, *Albuérne*, *Ardanz*, *Ariza*, Arrieta, Balaguer, *Baralt*, Barzanallana (marqués de), Benavides, Bona, *Borao*, Borrego, Bueno, *Breton de los Herreros (Manuel)*, Blasco, *Calvo Asensio (D. Pedro)*, Campoamor, Camus, Canalejas, Cañete, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Cazorro, Cervino, Cheste (Conde de), Collado, Cortina, Corradi, Colmeiro, Correa, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Calvo Asensio, (D. Gonzalo), Dacarrete, Diaz (José María), Durán, Echevarría, Espín y Guillén, Estrada, Echegaray, *Eguílaz*, *Escosura*, Estrella, Eulate, Fernández Cuesta, *Ferrer del Río*, Fernández y González, Fermin Toro, *Flores*, Figueroa, Figueroa (Augusto Suarez de), García Gutiérrez, Gayangos, *Gabete de Molina (D. Javier)*, Graells, *Gimenez Serrano*, Giron, Gomez Marin, Gujjarro, Güell y Renté, Güelvenzu, Guerrero, Incenga, Hartzenbusch, Iriarte, Zapata, Janer, Feliu, Labra, Larra, *Larrañaga*, *Lasala*, *Lezama*, Lorenzana, Llorente, *Lafuente*, Macanáz, Marios, Mata (D. Pedro), Mañé y Flaquer, Merelo, Montestinos, Molins (Marqués de), *Muñoz del Monte*, *Ochoa*, Olavarría, *Orgáz*, Ortiz de Pinedo, *Olózaga*, Palacio, *Pasaron y Lastra*, Perez Galdós, Perez Lirio, Pi y Margall, Poey, Reinoso, Retes, *Ríos y Rosas*, *Rivera*, *Rivero*, Romero Ortiz, Rodríguez y Muñoz, Rodríguez (G.), Rosa y González, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Sagarmínaga, *Sanz I erez*, Sanz, Salvador de Salvador, Salmerón, Sanromá, Selgas, *Segovia*, Serrano Alcazar, Sellés, Trueba, Tubino, *Ulloa*, Valera, *Velas de Medrano*, *Vega (Ventura de la)*, Vidart, Wilson (baronesa de), Zobel, Zorrilla.

PRECIO DE SUSCRICION.
 España: 6 pesetas trimestre.—Europa: 60 francos por año.—Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.
 PRECIO DE LOS ANUNCIOS.
 España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. sencillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 26 de Abril de 1879.

La suscripción en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras, ó sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.
 Redaccion y Administracion, Caños, 1.

SUMARIO.

Revista europea, por D. Emilio Castelar.—*La cuestion social*, por D. Fernando Corradi.—*Gaceta de las Embajadas y Consulados: España y Marruecos* por D. P. Ruiz.—*El regicidio*, por D. Manuel de la Revilla.—*Chemsid, fantasia*, por D. José Fernandez Bremon.—*El Nihilismo*, por D. Félix de Bona.—*Influencia del estudio de las ciencias físicas en la educacion de la mujer*, por D. José Echegaray.—*Los restos de Colon*, por D. Manuel Colmeiro.—*Chile y Bolivia*, por D. Carlos Ochoa.—*Dolores*, novela, por D. Manuel Fernandez y Gonzalez.—*Revista española*, por D. Enrique Perez Lirio.—*El Invierno*, por D. Ventura Ruiz Aguilera.—*Epistola a D. Adelardo Lopez de Ayala*, por don Eusebio Blasco.—Anuncios.

REVISTA EUROPEA.

La política pasa hoy por un período de relativa calma. Naturalmente las dificultades interiores de Rusia le impiden desarrollar todos sus planes en Oriente, y la obligan á curarse tan sólo de su salud particular. En las profundidades donde las clases populares yacen, reina el nihilismo, y en las alturas donde las clases medias se ilustran y las clases superiores gozan, reina la invencible aspiracion al régimen parlamentario y á las libertades modernas. Hace pocos dias, reuníanse varios literatos rusos en modesto banquete para festejar á uno de los novelistas más célebres de nuestro tiempo, á Tourgueneff, cuyo nombre recuerda como una dinastía de héroes consagrados á la defensa de la libertad. El célebre novelista ha creado esta palabra de nihilismo, que ha recorrido toda Europa, con el fin de caracterizar un sistema político. Y no podía darse ninguna más apropiada. Nada de religion, nada de Estado, nada de familia, nada de propiedad; el comunismo más bárbaro dirijido por la anarquía más desenfrenada. Y Tourgueneff, como escritor liberal, ha señalado al absolutismo despiadadísimo, reinante en las cimas de aquel Estado, la conexión estrecha entre la utopia nihilista y la arbitrariedad imperial. Esta creencia suya le cerraba las puertas del Imperio y le impedía residir en su patria. París le ha dado asilo, y la clara y flexible lengua francesa un verdadero

medio de expresar toda la movilidad de sus sentimientos esclavos. Y últimamente, olvidada por virtud del tiempo la enemiga del Gobierno, ha podido recibir homenajes que en otros dias le hubieran costado un viaje á Siberia. Y el escritor ha tenido la idea felicísima de poner el dedo en la llaga, hablando en pleno Petersburgo, y cerca del palacio de los Czares, con una independencia estóica, de la necesidad que hay en Rusia para conjurar el nihilismo, de sostener y fundar la libertad en el régimen parlamentario. Regocijémonos al ver cómo las ideas adelantan, y cómo en las regiones donde se arraigaban las esperanzas absolutistas, entra, por la virtud milagrosa de los progresos modernos, el aire vital de la libertad. Lo cierto es que la revolución relampaguea en los horizontes de Rusia, y el suelo se conmueve y agrieta como si lo atravesasen los sacudimientos de un terrible terremoto. Un espantoso accidente lo demuestra. El emperador ha estado á punto de morir en tranquilo paseo matinal á manos de fanático nihilista. Providencialmente no han podido alcanzarle cuatro disparos dirigidos casi á boca de jarro sobre su persona; justa esterilidad del crimen. Pero la repetición de estos terribles casos, propios de los imperios asiáticos y de los serrallos orientales, prueba el hervor de horrible y devastadora lava revolucionaria bajo el hielo de aquel implacable absolutismo. Y como hay que persuadirse ante los excesos demagógicos de la necesidad del orden público, hay que persuadirse ante las monarquías absolutas de la necesidad de las públicas libertades. Sin ellas, el espíritu, que necesita de aire y de luz, rompe la sociedad que lo oprime como la semilla rompe, al germinar, la tierra que la envuelve. El último atentado hará que se exagere el sentido de represión arriba, y estas exageraciones traerán abajo nuevas y más exageradas tendencias nihilistas. Por fortuna, del exceso mismo del mal, podemos esperar algún bien, por ejemplo, el aplazamiento de la guerra. Y un asunto, á primera vista baladí, ha despertado nuevas complicaciones, que podrian, con facilidad, suscitar la célebre cuestion de Oriente, y sumirnos en dificultades innumerables. La hacienda y la administracion de Egipto encontrábase, como se encuentran por regla general en todos los Estados mahometanos, completamente perdidas. Los europeos que pusieran sus ahorros en renta egipcia, llenaban cielo y tierra con sus clamores y con sus demandas de proteccion y amparo á la diplomacia europea. Por fin, lograron que Francia é Inglaterra tomáran bajo su tutela al

virey, sujetándolo á la vigilancia de dos tutores ó ministros, hechuras de París y Lóndres, francés naturalmente el uno, é inglés el otro. Dólfale mucho semejante sujecion al buen mahometano, y pugnante noche y dia por contrastarla y por romperla, acaba de hallar una ocasion propicia y una coyuntura increíble, ofrecida por sus propios opresores. El ministro de Hacienda inglés, despues de estudiar todos los recursos del potentado árabe, ha dicho que no es posible el pago íntegro de la renta á los acreedores impacientes. Y el virey, para captarse la voluntad europea y redimirse de la extraña tutela, ha declarado que la renta puede pagarse íntegra, y ha despedido á sus dos incómodos huéspedes. Tamaña resolucion trae á mal traer el ánimo de la diplomacia occidental. ¿Qué hacer en tanto apuro? ¿Destituir al virey de Egipto? Y sí, como es natural, se resiste á la destitucion, ¿no traerá eso complicaciones graves? ¿Imponerle de nuevo sus ministros? Y si no quiere recibirlos, ¿no habrá necesidad de apelar á la fuerza para imponérselos? Y si á la fuerza se apela para imponérselos, ¿no traerá semejante imposición todos los azares y todos los peligros de una guerra? Porque precisa no ocultar las dificultades, sino ponerlas de relieve para que la paz europea no sufra por exceso de imprevision ó exceso de confianza. Todo movimiento de Inglaterra hácia las pirámides, determina otro movimiento de Rusia hácia Constantinopla. Toda alianza militar de Francia suscita los recelos y las sospechas de Alemania. El virey de Egipto puede, con grande facilidad, volar todo el edificio de la estabilidad europea, con sólo insistir en sus últimas determinaciones y negarse á las demandas de Inglaterra y Francia. Bien es verdad que esta última nacion ha tomado ya, por ejemplo, en los asuntos de Grecia resuelta actitud, que la obligará, quiera ó no, á intervenir en el complicado problema oriental. Francia oye y repite, como es natural, las quejas de Grecia, nuestra musa en el arte, nuestra diosa en la libertad, nuestro oráculo en la ciencia. Y Grecia pide una rectificacion de fronteras, en cuya virtud recobre Janina, la ciudad que el Pindo antiguo señorea, que el Aqueronte adormecedor baña, que los bosques misterio os de Dodona circundan, madre de héroes, la cual, á su gloria antigua, une su admirable posicion geográfica, como se observa, con sólo ver que las corrientes de sus aguas van al mar Egeo y al mar Adriático, cual término medio que es entre las últimas familias latinas y las primeras familias griegas. Y si el Sultan de Constantinopla, verdaderamente insiste en negarse á

la devolución de Janina, ¿no será necesario moverle por fuerza? Y si le obligan á moverse por fuerza, complicado este asunto con la cuestión egipcia, y con los inconvenientes en las guarniciones de Bulgaria, resultaría, por necesidad, una nueva fase de la cuestión de Oriente, preñada de ruidosas tempestades. Pero esta cuestión palidece, no obstante su color subidísimo, en presencia del asunto, de los asuntos políticos, en presencia de las últimas elecciones francesas.

Problema de insuperables dificultades, fundar y robustecer una democracia liberal y parlamentaria en nuestros pueblos latinos, aquejados de un temperamento revolucionario que les lleva en la oposición á preferir la violencia tan llena de peligros, á la idea tan llena de luz, y en el poder la dictadura cesarista, que todo lo envilece, á la serena impersonalidad de las leyes, que todo lo eleva y dignifica. Mientras tengamos ideales irrealizables, impacencias punibles, exaltación rayana en la fiebre, no contemos con la consecución del poder público para nuestras ideas, ni después de haberlo conseguido, contemos con robustecerlo y conservarlo en nuestras manos. La política tiene complicaciones extremas que la hacen de una condición verdaderamente incomprensible á las inteligencias rectilíneas. No puede divorciarse ni de la moral, ni de la utilidad; ni del arte, ni de la ciencia; ni de lo ideal, ni de lo real; ni de la filosofía, ni de la historia; ni de cierto dogmatismo puro, sin el cual no hay norma alguna posible, ni de grandes tendencias prácticas, sin las cuales no es posible en manera alguna la vida.

Teniendo todo esto en consideración, digo y sostengo que no subsistirán las democracias ni se consolidarán las Repúblicas, sino animadas de un verdadero espíritu de gobierno que las dirija y las modere. Y por tal causa debe condenarse con inapelable sentencia el acto que últimamente ha consumado el sufragio universal en Burdeos, prefiriendo la candidatura del antiguo demagogo Blanqui á la candidatura del sensato republicano Lavertuon. Por tales actos se camina al terror social, cuyos estremecimientos convulsivos derrocan las libertades públicas y erigen los imperios despóticos. Comprendiéndolo así el partido bonapartista, ha contribuido con todas sus fuerzas á que este acto de terrible locura popular se consumara, sin que los exagerados advirtieran toda la inminencia del peligro, ya que no podían ver la gravedad del error. Por mil ochocientos cuarenta y ocho, entramos en la misma vía de perdición y recogimos frutos cuyo amargor aún está en los labios de nuestra generación infortunada. El sufragio popular designó al novelista Eugenio Sue, cuyos ensueños sociales tanto dañaron á la libertad; y aterrada la opinión, trajo en las elecciones para la legislativa una Cámara, cuyo terror limitó la universalidad del sufragio, y cuyo fin fué el golpe de Estado.

¡Ah! Las democracias perecen siempre por la exajeración de sus doctrinas y no tienen enemigos tan temibles como los demagogos. ¿Dónde están los servicios prestados por Blanqui en los días creadores de la democracia? ¿Hizo en mil ochocientos treinta, contra el absolutismo monárquico, lo que hicieron los moderados Carrel, Thiers y Laffitte? ¿Hizo por la República en mil ochocientos cuarenta y ocho, lo que hicieron el poeta Lamartine y el orador Ledru-Rollin? ¿Hizo por la restauración de la República en mil ochocientos setenta lo que hicieron aquellos representantes de la democracia tachados tantas veces de cómplices y cortesanos del Imperio? A los dos años de vencer la revolución del treinta, hablaba ya manchado con excesos demagógicos. A los tres meses de proclamar la República, había invadido el seguro de la Representación nacional y lanzado de sus sillones curules á los diputados del pueblo. Y no hay que hablar de las trabas puestas á la defensa de París en el horrible último sitio; ni de la insurrección contra el Gobierno regular, aun á riesgo de favorecer al enemigo extranjero; ni de la comunidad proclamada cuando la Francia yacía rendida y espirante sobre un millón de sus hijos inmolados en los sangrientos campos de la derrota; ni mucho menos, del crimen último de París, incendiado con todos sus tesoros de arte, y la República, herida de muerte con todas sus esperanzas de progreso.

No sé por qué hemos de sentir hacia los crímenes políticos una compasión mayor que hacia los crímenes privados. Los autores, por ejemplo, del diez y ocho de Brumario y del dos de Diciembre; los cómplices de las invasiones extranjeras y los promotores de las guerras civiles, dañan más á los pueblos que los criminales vulgares, cuya acción no llega nunca más allá del individuo ó de la familia. Pero, dejando aparte estos sentimientos, ¿qué debe aspirar en primer término una democracia? Pues debe aspirar al reinado de la ley. Donde antes se veía la sombra de los jefes del Estado, ceñidos por los prestigios de una autoridad absoluta, debe verse ahora la luz esplendente de las leyes. Y el candidato elegido por Burdeos no tiene derecho á ser diputado por las leyes. Y como no tiene derecho, cada voto concedido á su nombre resulta, ó bien un acto de extravagancia, ó bien un acto de rebeldía. Y los actos de rebeldía y los actos de extravagancia perjudican mucho más á los pueblos que á los privilegiados. Y poco á poco podremos llegar á que el sufragio universal nombre por sus representantes al que indisciplina el ejército cuando ocupaba todavía el invasor prusiano los suburbios de París; al que incendió los edificios, cuando llevaban las señales de la metra-

lla extranjera; al que fusiló los rehenes cuando tenían en los labios la oración cristiana por todos los combatientes; al que inmoló demócratas, como Chaudey, cuando ostentaba en las manos las sombras de la tinta y de la pólvora con que había defendido en la prensa y en la guerra los derechos de la democracia y la integridad de la Francia.

No lo olvidemos. Cada acto de esta clase invalida ó detiene el progreso de la República en Francia. A pesar de los últimos años de experiencia, no es tan segura la esperanza como es vivo el deseo de que la República quede en el centro de Europa, á cuya luz llamadas, vengan primero poco á poco las altas inteligencias, y luego á medida y gradualmente las grandes naciones. Sólo existía, hasta hace nueve años, una República en Europa, la República suiza, que se ha salvado, gracias al fuerte muro material de sus altos Alpes, y al fortísimo muro moral de sus antiguas tradiciones. Ahora la República helvética, se halla acompañada de la República francesa, con cuyo advenimiento no combatían los tiranos de Europa, por haber sellado su sepulcro y guardándolo con la última sombra de los Césares, con los funestos Bonapartes. Y esta República, no subsistirá de ninguna suerte como no aplaque los recelos suscitados por sus últimas tendencias, y no comprenda cuántos peligros se encierran hoy en exageraciones venidas á traer un rompimiento entre las clases populares y las clases medias, sobre cuya concordia se funda el régimen republicano.

Si una fracción del cuerpo electoral puede sobreponerse á las leyes, á los tribunales, á los Códigos, iremos á la democracia sin freno de ninguna clase, en pos de la cual vendrá pronto, muy pronto, su único símbolo verdadero y legítimo: el tirano. Cuéstanos esfuerzos superiores á nuestra naturaleza el combatir esta candidatura, engendrada por una apariencia de piedad. Mas la razón debe sobreponerse á los falsos alardes de un sentimentalismo insano. Que la ciudad de Burdeos, apiadada de los largos padecimientos de Blanqui, reclame su perdón, parece cosa loable y acepta verdaderamente á todos los corazones generosos; pero que la ciudad de Burdeos eche el manto de legislador sobre la personificación de la ilegalidad, paréceme un acto de esos que reprueba con reprobación inextinguible, incontrastable, eterna, la conciencia universal.

No pueden los electores elegir á los ineligiblees. No pueden los electores arrogarse el derecho de gracia, ni sobreponerse á la autoridad de la Constitución. Especialmente en este caso, Burdeos es una porción de Francia y no esa totalidad donde la soberanía reside plenamente. Por consecuencia, los irreflexivos rojos de la gran ciudad, han agravado la situación penosa del destructor de las leyes con esta herida hondísima, abierta irreflexivamente á la ley misma. Y la Cámara republicana y el presidente republicano, lejos de encontrar en su partido las facilidades necesarias para gobernar y legislar en calma, encuentran obstáculos y dificultades sin número. Los únicos que verdaderamente aciertan, son los bonapartistas, pues consejeros, cómplices é impulsores de esta maniobra, la aprovechan para aterrar á la sociedad, y decirle que anda á más andar por el suelo de Francia, y sube á más subir por las cimas del Gobierno la amarga ola de la demagogia.

No subirá, pues Cámara, Gobierno y presidente sabrán demostrar que en una democracia regular y ordenada, ni el pueblo mismo tiene poder contra las leyes ni derecho contra el derecho. Procediendo así, la República saldrá más fuerte de esta emboscada increíble en que han querido herirla el odio irreflexivo de sus eternos enemigos y el entusiasmo ciego de sus falsos y exajerados y peligrosos amigos. No podrá una sombra, por espera que parezca, empañar la luz de la libertad.

EMILIO CASTELAR.

LA CUESTION SOCIAL.

La cuestión social ha venido á ser en estos tiempos una voz fatídica que suena, como pudiera resonar la trompeta del juicio final, á los oídos de las clases privilegiadas; un problema pavoroso cuya solución es hoy objeto de las profundas meditaciones del filósofo y del publicista; un grito de guerra, en fin, que arroja el proletariado moderno contra los Poderes constituidos y el actual orden de cosas, que, á su juicio, le condenan á un trabajo infecundo y á una pobreza hereditaria. Muy dignas de investigación y exámen son, por cierto, las causas que han dado forma é incremento al fenómeno que nos ocupa. Por su naturaleza, por los caracteres con que ahora aparece, por las proporciones que ha tomado y por los peligros que anuncia, no ha podido menos de causar honda alarma y sugerir tristísimos presentimientos.

Desde la infancia del mundo, la cuestión social ha sido origen de encarnizadas discordias y divisiones intestinas, que hicieron difícil y poco subsistente la conservación del orden y la paz en los Estados. Por efecto de la desigualdad de condiciones, obra de la naturaleza y problema insoluble para nosotros, miserios mortales, existió, existe y existirá, con más ó menos exageración, según el mayor ó menor bienestar de que disfrutaban los pueblos, una lucha, ya sorda, ya visible, entre el pobre y el rico, el patricio y el plebeyo, el humilde y el poderoso, el amo y el esclavo, el señor y el vasallo.

En las antiguas sociedades del mundo gentilicio, democráticas, aristocráticas ó monárquicas, cuyas instituciones descansaban sobre la esclavitud del ilota, la cuestión social no inspiró al principio serios temores, porque unos nacían desde luego para mandar, otros para obedecer; unos en posesión de todos los derechos de la libertad individual, otros privados de todo género de garantías. Las clases, sujetas á la servidumbre bajo tal ó cual nombre, constituían un infeliz rebaño, compuesto de autómatas, destinados, como por sentencia infamatoria, á servir de instrumento pasivo á las gerarquías de patricios y ciudadanos. La división en castas favoreció tan monstruosa desigualdad de condiciones con mengua de los derechos naturales y baldon de la dignidad humana.

La cuestión social llevó en Roma á la plebe armada é insurrecta al Monte Sacro y Aventino, con decidido propósito de fundar una nueva ciudad. La aristocracia tuvo que ceder y el Senado se vió obligado á transigir ante aquel alarde de fuerza y por temor á tan poderosa sublevación. El espíritu de rebeldía y el ejemplo de los plebeyos libres, obraron sobre el ánimo de los plebeyos esclavos, á quienes no faltó un aventurero que les señalase el camino de la venganza é infundiese alientos para tomar por asalto el Capitolio.

Desde entonces, aquellos seres desheredados y enemigos naturales de sus opresores fueron una temible protesta y un constante peligro. Su misma degradación contribuyó, andando el tiempo, á la ruina del Imperio de Augusto, sobre todo desde que el Evangelio iluminó con sus resplandores los horizontes de la vida, y la voz del Dios crucificado proclamó á la faz del mundo, sumido en las tinieblas del error, los santos dogmas de una religión, fundada en la libertad, igualdad y fraternidad humana.

Bajo el feudalismo, la cuestión social tomó varios aspectos, y á consecuencia de sucesivas, trabajosas y violentas transformaciones, los derechos de la fuerza fueron perdiendo su primitiva virtud y antigua preponderancia á medida que se separaban de su bastardo origen. Poco á poco una parte de las tierras vinculadas, por juro de heredad, en los señores de horca y cuchillo, ya del estado seglar, ya pertenecientes á la jurisdicción eclesiástica, ó pasaron á ser del dominio y patrimonio del Poder monárquico, que á ellos se sobrepuso, ó á posesión de los concejos y comunidades, que los adquirieron en el trascurso de los siglos. El feudalismo dió á la cuestión social un carácter en extremo complejo, y fué la múltiple expresión de todo género de desigualdades. Aquella monstruosa organización, que entronizó la barbarie sobre los dispersos escombros del imperio latino, fundada en la costumbre que tenían los caudillos germánicos de repartirse entre sí las tierras conquistadas y en la esclavitud de las colonias agrícolas, instituidas por los romanos, rompía todos los vínculos comunes, aglomeraba el territorio en pocas manos, ponía unas tierras bajo la dependencia de otras, daba derecho de vida y muerte á los fuertes sobre los débiles, convertía á los pecheros en bestias de labor, adheridas al terreno, como un árbol, un edificio, una mina en explotación.

Después de largas y sangrientas luchas, el feudalismo llegó á descomponerse con diversos destinos, y al paso que en el Mediodía y en el Occidente de Europa desapareció bajo la acción regeneradora de los progresos humanos y de las conquistas de la libertad, hasta no quedar de su existencia más que una débil sombra, todavía allí, en el corazón del Norte y en la Confederación germánica, subsisten hábitos, leyes é instituciones de aquella procedencia, que vienen á ser un verdadero anacronismo en el siglo del vapor, de los ferro-carriles, de los telégrafos eléctricos y de los Gobiernos representativos. De aquí que en el Imperio de las Rusias y en Alemania se adviertan síntomas gravísimos, que anuncian la existencia de una enfermedad moral en extremo peligrosa y de vicios radicales que afectan á los elementos constitutivos del Estado.

Si el nihilismo toma aterradoras proporciones, bajo la autocracia moscovita, y sus ocultos apóstoles consiguen hacer prosélitos hasta en las altas categorías del ejército, ¿quién se atreverá á sostener que semejante fenómeno reconoce por única causa la maléfica influencia de criminales pasiones? En ese conjunto de arbitrariedad, monopolio y explotación oligárquica de las clases productoras por una nobleza feudal, que constituyen la soberanía del Czar, se encuentra la explicación, aunque no la disculpa, de los atentados que se han cometido y de otros que se anuncian.

Por una ley de la naturaleza que regula las acciones humanas, todo exceso, lo mismo en el orden físico que en el orden moral y político, trae siempre otro en opuesto sentido. Bajo este concepto, la apoplética exageración del principio de autoridad, que hace del Gobierno ruso un poder absoluto y monopolista, semi-europeo, semi-asiático, ha dado margen á los delirios del nihilismo y á los desastrosos planes de emancipación social con que sueña. Excitada hasta el frenesí la imaginación de los insensatos doctores de esta secta, bajo los golpes del látigo que los castiga, no aspiran á mejorar la sociedad, sino á disolverla, proponiéndose llegar por nuevos procedimientos á la liquidación del Estado. Blandiendo la cuchilla niveladora, se preparan para destruir, hasta sus más hondos cimientos, el secular edificio del Imperio.

Por odio inextinguible á lo existente, proscriben todo género de cultos religiosos, condenan la

actual organizacion de la familia, se rebelan contra las garantías del matrimonio, se declaran enemigos de la propiedad hereditaria y proclaman la nivelacion de los derechos entre ambos sexos, anunciando para el día de su triunfo una radical revolucion gerárquica, civil, política, económica, administrativa y social, que dejaria sembrados de ruinas y cadáveres los gigantescos dominios del autócrata moscovita, como furiosa tempestad, cuyo irresistible influjo arranca los árboles de mayor corpulencia y derriba los más sólidos edificios. Y como no esperan justicia de los tribunales legalmente constituidos, la venganza se ha encargado de establecer otros secretos, que fulminan á cada paso sentencias de muerte, no sólo contra los altos funcionarios del Imperio, sino contra la persona del mismo Czar, sobre cuya cabeza se halla suspendido el alevé puñal del regicidio.

Por motivos casi análogos en todos los Estados de Alemania, pero muy particularmente en Prusia, el socialismo ha tomado tambien un rápido incremento, pululan las sociedades secretas y se conspira entre tinieblas con el hierro y el veneno. Bueno es recordar que en la patria de Federico el Grande, que algunos se pintan como un Paraiso, subsisten, bajo las apariencias de un Gobierno representativo, Poderes de derecho divino, aristocracias intransigentes, abusos irritantes de autoridad y privilegios onerosos, que viven y se desenvuelven á espensas de la sangre, de la sustancia y de las fuerzas productoras de unos pueblos generalmente pobres y condenados á dolorosas privaciones. Comprimido allí el espíritu bajo la presión del Poder dominante, que todo lo avasalla, y no pudiendo muchos de los hombres pensadores dedicar todas las facultades de su actividad á la libre discusion de los negocios públicos y á ejercer una intervencion directa en el gobierno del Estado, se concentran en sí mismos, se aíslan, se idealizan, por decirlo así, y se consagran á investigaciones abstractas, metafísicas, ideológicas, sobre todos los ramos de la ciencia del derecho y de la filosofía especulativa, de donde suelen resultar teorías peligrosas, que escitan la curiosidad de las gentes, sirven de tema á las controversias universitarias y engendran en el orden moral aspiraciones socialistas, destinadas á traducirse en hechos, como el que puso la pistola homicida en manos del agresor de Guillermo.

Alemania es la madre de muchos sueños y delirios filosóficos; la cátedra de esas utopías socialistas, que recorren, en son de guerra, con más ó menos fortuna, los Estados del continente europeo. Y los innovadores no sólo tratan de variar los actuales fundamentos de la sociedad civil, sino que han puesto en tela de juicio todos los fenómenos relativos á la formacion del mundo y los misterios de la religion. A fuerza de discutir acerca de la razon de ser del maravilloso conjunto que ofrece á nuestros ojos el espectáculo del Universo y sobre el origen de Dios, han llegado á negar la existencia del Creador. La fe religiosa ha dejado de ser, en gran parte de la Confederacion germánica, un freno capaz de contener el desbordamiento de las malas pasiones. Dividida Alemania en clases gremiales, compuesta de falanjes de estudiantes, que tienen una organizacion masónica, y dotada de filósofos platónicos, que todo lo espiritualizan, al lado de gobiernos de fuerza, algunos de los cuales están organizados militarmente, como el de Prusia, resulta una pugna entre las teorías y la práctica, entre el espíritu y la materia, entre la verdad y la mentira, que perturba los ánimos y ejerce al cabo una influencia perniciosa.

Ese flujo y reflujo ha favorecido no poco al socialismo, que con tanta audacia ha levantado su cabeza en Prusia. El príncipe de Bismark, que ahora le anatematiza y declara implacable guerra, nada ha hecho en sentido patriótico, religioso, ni humanitario para sofocarlo en su origen y evitar con tiempo sus alarmantes progresos. Al contrario; ya no es un secreto que sus agentes trabajaron para fomentarlo en Francia con el maquiavélico objeto de promover por este medio, durante la guerra franco-prusiana, los horrores de la anarquía y la disolucion social, que auxiliaron muy eficazmente los planes estratégicos de Molke y el triunfo de las armas del príncipe Federico Carlos. La política de aquel hombre de Estado ha podido dilatar, es cierto, las fronteras de Prusia y conquistar para su patria indisputable ascendiente en los consejos diplomáticos de las Potencias, donde se decide con la pluma y la espada de los destinos del mundo; pero ha empeorado sensiblemente la situacion económica de los pueblos, á quienes abruma hoy bajo el exorbitante peso de una masa de fuerza armada que ahoga la produccion y ciega las fuentes de la riqueza nacional. Segun él mismo lo ha reconocido, Prusia necesita continuar armada hasta los dientes para imponer respeto con sus cañones y sobreponerse á la mala voluntad de las Potencias limitrofes, á quienes ha vencido, y cuyos Gobiernos no pierden la esperanza de tomar en su día un completo desquite y una solemne reparacion.

Con objeto de reprimir al socialismo, los gobiernos de Berlin y San Petersburgo recurren á medidas de violencia y exterminio, sin comprender que no se curan los males inveterados del cuerpo social, limitándose á combatir sus efectos. Ciegos y mal aconsejados, obedeciendo, más que á los sanos consejos de la razon, á la voz del despecho, se figuran que con fieras amenazas y rigurosos castigos lograrán extirpar el cáncer cuyos estragos presencian y deploran. Pero lejos de conse-

guirlo, la gravedad del mal se aumenta. Desaparece por un instante de la superficie, pero se reconcentra en las entrañas del cuerpo social. De nada sirven, para atajar sus estragos, los destierros que decretan, las proscripciones que fulminan, ni los cadalsos que levantan. Son la gota de agua arrojada sobre un voraz incendio, que, lejos de apagarlo, acrecienta su intensidad; el golpe que, en vez de matar, irrita al enemigo que le recibe y sufre.

Para combatir con buen éxito al socialismo hay que apelar á otras medidas y entrar de lleno, resueltamente, de buena fe, en el camino de las grandes reformas que exige el estado social de Rusia y Alemania. Mientras no se adopte ese temperamento serán infructuosas todas las medidas que sedicten, inútiles todos los esfuerzos que se hagan. En la crítica situacion que el socialismo ha creado para las clases conservadoras y para los Poderes del Continente europeo, los jefes de los Estados, llámense como se llamaren, Emperadores, Reyes ó Presidentes de república, deben, como representantes del Poder social, investigar por sí mismos el verdadero origen de todos aquellos fenómenos que impresionan los ánimos y turban la paz pública para no dejarse alucinar por falsas apariencias, ni dar crédito á las risueñas pinturas de una prosperidad imaginaria, trazadas por el fálaz pincel de la adulacion palaciega. Bueno es que sepan que no están llamados á gozar de las delicias de Cápuá en una region inaccesible á las desgracias y calamidades públicas. Si han de conservar su prestigio, en los tiempos que corren, es indispensable que se identifiquen con la suerte de los pueblos, á cuya cabeza figuran; que sufran si los pueblos sufren; que lloren si los pueblos lloran; que se impongan todo género de privaciones y sacrificios, si los pueblos están sumidos en la miseria y postracion por efecto de prolongadas convulsiones y sangrientas catástrofes. Como lleguen á olvidar que si tienen preciosas prerogativas que ejercer, tambien tienen grandes deberes que cumplir, los unos verán escapárseles de entre las manos el baston de mando; los otros desprenderse y caer la corona de su cabeza.

Bajo el pabellon estrellado de la república de Washington, la cuestion social fué causa de la cruenta y formidable lucha que sostuvieron los Estados del Norte con los del Sur. De ella surgieron, entre el estrépito de las armas y en medio de torrentes de sangre, la emancipacion del hombre y la libertad del esclavo. Allí quedaron abolidos para siempre el indigno tráfico negrero y la repugnante explotacion de carne humana, contra los cuales protestaban de consuno la conciencia pública, la religion cristiana y la justicia divina.

En Inglaterra, la cuestion social ha hecho hasta hoy pocos prosélitos y ejerce escasa influencia, á pesar de la gran desigualdad que se observa en el reparto de la fortuna pública, y de tocarse los dos extremos de la opulencia y de la pobreza. Un hecho tan excepcional se debe, principalmente, á la conducta de la aristocracia británica, que ha procurado siempre estudiar con sano criterio é ilustrada solicitud las verdaderas necesidades de la sociedad. Como resultado de ese perseverante estudio, hemos visto á un sir Roberto Peel desentancar la tierra y abolir el monopolio de los cereales para proporcionar á las clases proletarias el alimento nutritivo de un pan barato y abundante, de que hasta entonces carecian. Siguiéndose tan admirable ejemplo, al paso que se recargan los impuestos sobre artículos de lujo, se han rebajado y continúan rebajándose los derechos de consumo en cuanto á las subsistencias de primera necesidad. De esta suerte se ha conseguido en la Gran Bretaña limar los dientes y cortar las garras al monstruo del socialismo.

Es en Italia la cuestion social más bien una apropiacion política. La diferencia de índole, temperamento, usos, costumbres, antecedentes y tradiciones históricas entre unas y otras provincias, que aun eran ayer Estados independientes, ha hecho nacer el deseo inmoderado de constituir allí una república democrático-federal. La unificacion de una patria italiana encuentra poderosos obstáculos y tenaces resistencias. Sólo bajo este supuesto puede concebirse el fanático atentado, de que ha sido recientemente objeto el rey Humberto, modelo de príncipes constitucionales, y quien, con el indulto concedido al regicida Pasavante, acaba de dar al mundo una prueba incontestable de su elevado juicio y magnánimo corazón.

En Francia, la Commune de París, que salió de repente del fango de la corrupcion de las costumbres y del extravío del sentido moral, triste y vergonzoso legado del Cesarismo napoleónico, llenó de estupor á las gentes y dió á la cuestion social un carácter de impiedad y vandalismo que ha dejado pavorosos é imperecederos recuerdos. Aunque quedaron sofocadas aquellas llamaradas de un incendio inesperado, el fuego se conserva aun entre cenizas, y reclama, por parte de los Poderes públicos, acertadas mejoras en sentido económico, grandes actos de justicia y saludables ejemplos de honor, lealtad y abnegacion.

En España, la cuestion social tiene en cierto modo por ahora el carácter, la forma y las proporciones de problemas económicos, de cuya pronta y acertada solucion depende la salud del Estado. ¿Y qué se ha hecho hasta hoy para resolverlos segun lo aconseja la prevision, lo reclaman las perentorias necesidades del pueblo contribuyente y lo piden los unánimes clamores de las clases proletarias? ¿Dolor causa decirlo! En vez de aminorar á cualquier precio el número y la suma de las cargas que nos

agobian, se aumentan las exacciones, se nos imponen cada dia mayores sacrificios y se gravan con nuevos y crecidos derechos los artículos de subsistencia, haciéndose de esta suerte la vida material más cara, difícil y angustiosa.

No poco han favorecido tambien las tendencias en sentido socialista, á que me refiero, el escasisimo interés que casi siempre han manifestado nuestros gobernantes por el bien público, la falta de justicia que se advierte, el olvido tan frecuente de los deberes que nos imponen la patria, la religion, la familia y la sociedad, el escarnio que se ha hecho de los grandes principios, bajo cuyo saludable influjo se regeneran las naciones, los actos de corrupcion, de que todos hemos sido testigos y por medio de los cuales se ha tratado de falsear las legítimas condiciones del sistema representativo, y en fin, los graves desaciertos en que han incurrido los partidos militantes, quienes generalmente anteponen la febril discusion de las cuestiones políticas, al maduro exámen de aquellos problemas económicos de vital importancia que se relacionan con nuestra existencia social.

En la vida de las naciones todos los actos de carácter público, que afectan á su modo de ser, tienen entre sí riguroso enlace y guardan estrecha relacion. Cada uno de ellos es consecuencia de otros anteriores y sirve de antecedente á otros que siguen en el orden de los tiempos. De su conjunto se forma la gran cadena histórica en que se eslabonan las desgracias con las desgracias, las prosperidades con las prosperidades.

En virtud de esa ley de continuidad y correspondencia que señalamos, se explican las épocas de engrandecimiento y los períodos de decadencia de los Estados. Segun el género y la calidad de las semillas que se siembran, así es la cosecha que se recoje. Si aquellas son nocivas, no hay que esperar más que frutos acerbos. Si fecundas y salutíferas, por fuerza habrán de proporcionarnos una recoleccion abundante y nutritiva.

Con arreglo á estas teorías, de cuya exactitud nadie duda, ¿quién podrá desconocer que los antecedentes citados, los desórdenes de todos géneros que nos han afligido y los angustiosos apuros que sufren las clases productoras y proletarias han dado vida á la cuestion social, que antes permanecia en estado de incubacion, como una tendencia inactiva, indefinida é indifinible, sin haber llegado á tomar ni aun la fórmula de un problema económico? Sentíase en el fondo de la sociedad y notábase en la superficie ciertos estremecimientos más ó menos dolorosos, pero inspiraban poco recelo, por considerarlos como el inevitable resultado de la natural imperfeccion de las instituciones humanas. Pronto al calor del fuego de nuestras lamentables discordias, la cuestion social anunció su existencia con odiosos atropellos. Momentos hubo en que desautorizado el poder público y sin fuerza ó sin voluntad para proteger los intereses y garantías individuales, todo pareció lícito, todo permitido. En la mayor parte de nuestras provincias se ejecutaron criminales secuestros de personas acomodadas; fueron taladas magníficas heredades, cuyos dueños, cohibidos y maltratados, no pudieron resistir al despojo; se cosecharon los frutos de algunas tierras por bandadas de salteadores rurales y se procedió á borrar los linderos de muchas haciendas, de que se habian propuesto apoderarse varios renteros de mala fé, de acuerdo con mozos de labranza codiciosos y vengativos.

Sin embargo, todos estos hechos y otros que omito, no pasarían de ser unos accidentes pasajeros, excepcionales y propios de los tiempos de revueltas, si no se hubieran ido aumentando rápidamente las fatídicas señales de un profundísimo malestar, producido por nuestra deplorable situacion económica y financiera. La nacion productora desfallece y sucumbe bajo la pesadísima carga de la tributacion que se le ha impuesto; el pueblo trabajador apenas puede costear su precisa subsistencia, á causa del excesivo precio que han tomado los artículos de primera necesidad con motivo del aumento de los derechos de consumo; el Estado tiene que faltar al puntual cumplimiento de obligaciones contraídas por hallarse vacío el Tesoro y por el cúmulo de los cuantiosos compromisos que le rodean y ahogan. Ya no quedan hipotecas que ofrecer para garantía de nuevos empréstitos y futuras negociaciones. Todo se ha empeñado, todo consumido. Y á pesar de los esfuerzos que se hacen y de haberse gravado á la nacion anquilada con un presupuesto de casi tres mil millones de reales, no se consigue enjugar el déficit, cuya cifra, que sintetiza la historia de todos nuestros trastornos y desastres, continúa ofreciendo á los ojos del hombre observador la imagen de una profunda sima, destinada á tragarse los restos de la fortuna pública.

En corroboracion de tan tristes verdades, hablan con suma elocuencia los estados de recaudacion y las Memorias del Banco de España. De ellos se deduce que este Establecimiento de crédito tiene grandes descubiertos por haberle sido imposible hacer efectivo en muchas provincias el pago de las contribuciones que recauda. En vano se acude para conseguirlo á conminaciones y apremios; en vano se procede por el fisco inexorable, primero, á decretar el embargo, y luego, á sacar á pública subasta, sin encontrar quien las compre, multitud de fincas urbanas y rurales, á causa de no haber podido sus dueños satisfacer la respectiva cuota de contribucion que les correspondia. Y mientras con mano de hierro se exprime la sustancia al propietario, al industrial, al comerciante y al labrador, se

acrecentan y multiplican los infinitos modos de exacción y cobranza con los portazgos, pontazgos y barcages, con las cédulas de vecindad, con el impuesto del timbre, con la contribución extraordinaria de guerra, con los derechos de hipoteca, con los varios arbitrios municipales que se han inventado, con multitud, en fin, de gabelas que ocasionan continuos desembolsos, y sobre todo, con el exorbitante recargo sobre los derechos de consumo, que los hace en extremo gravosos y vejatorios. De estas suertes se reducen á la más mínima expresión el interés de los capitales que no se destinan para hacer al Tesoro préstamos usurarios y leoninos, y las legítimas utilidades del trabajo. Con decir que pagan hoy algunos artículos de primera necesidad el *doscientos por ciento*, cuando según las más triviales nociones de economía política, no debiera exceder del *diez*, bastará para comprender cuán costosa, difícil y precaria se ha hecho entre nosotros la satisfacción de las necesidades de la vida.

Bajo tan fatales condiciones, la cuestión social se dibuja con mayor claridad y adquiere cada día caracteres más graves y peligrosos. No hay que hacerse ilusiones: ó se entra de una vez y decididamente en un camino de reformas radicales y extraordinarias, tan radicales y extraordinarias cual imperiosamente lo exige nuestra deplorable situación económica, ó más ó menos pronto tendremos que lamentar nuevas y terribles convulsiones ocasionadas por el instinto extraviado de la propia conservación. El pueblo contribuyente no puede pagar lo que hoy paga por tantos y tan diversos conceptos; porque, dígame lo que se quiera, España es una nación pobre, de escasa industria, de un territorio en gran parte despoblado, de un comercio exiguo, de insignificante importancia en mundo fábril, y cuyos campos, teatro de nuestras guerras civiles y periódicas revoluciones, conservan todavía inequívocas señales de la sangre que ha corrido y de las recientes devastaciones que hemos presenciado.

Para formar una idea exacta acerca de la verdadera situación económica y social de nuestro desventurado país, hay que recorrer los distritos rurales y penetrar en los pueblos de lo interior del Reino. En muchos de ellos, sus naturales se presentan cubiertos de harapos, se albergan en informes covachas, duermen sobre el desnudo suelo, revueltos con los animales domésticos y bestias de labor, y ofrecen un aspecto de penuria, atraso y abandono que dejan miedo en el corazón, llanto en los ojos. Por otra parte, la suerte del mayor número de nuestros labradores es en extremo incierta y afflictiva. Careciendo de un fondo de reserva para hacer frente á los gastos periódicos del cultivo y la labranza, se ven obligados á recurrir al ruinoso expediente de préstamos y anticipos judaicos, que los esquilman y reducen á una especie de vasallaje en provecho de empedernidos é insaciables especuladores. Viven, por regla general, sin pasado, sin presente, á expensas del porvenir, y el año en que pierden una cosecha, tienen que resignarse á recoger, en lugar de las producciones de la tierra, el amargo fruto de la miseria y la desolación.

Seria una locura juzgar de nuestra riqueza imponible por el aspecto fantasmagórico que presenta á primera vista la capital de la Monarquía. En Madrid hay mucha apariencia y poca realidad; paz octaviana en la superficie y fuerte marejada en el fondo. Esa misma prosperidad, de que al parecer disfruta, es una prosperidad ficticia, detrás de la cual se ocultan grandes escaseces é infortunios; ese lujo, que deslumbra, es sólo el brillo de engañoso oropel, y, más que señal de una riqueza efectiva, un síntoma de vanidad y corrupción.

La absoluta falta de verdad de que me quejo en los juicios y apreciaciones acerca de nuestra riqueza imponible, se debe principalmente á las fábulas que inventa y propala un enjambre de parásitos del presupuesto, de explotadores de la política y de palaciegos de todo el que manda, para evitar que la conciencia pública proteste contra ciertos gastos de pura ostentación y locas prodigalidades, que favorecen sus propósitos y ceden en provecho de sus intereses personales. Por eso el espectáculo de glorias y festejos con que suele querer fascinarnos el mundo oficial, viene á ser una decoración fantástica, parecida á aquellos edificios de lienzo y madera que hizo colocar hábilmente en perspectiva sobre varias alturas un célebre privado moscovita para engañar á Catalina II, Emperatriz de todas las Rusias, en un viaje de recreo que hizo ésta por sus colosales dominios, induciéndola á creer que, bajo su despótico mando, se habían aumentado considerablemente las poblaciones de sus Estados y todos los ramos de la riqueza pública.

El pueblo español no contribuye, pues, á los gastos del Estado, de las provincias y del municipio en proporción de sus haberes, como lo dispone el art. 3.º de la Constitución vigente, sino con notoria desproporción y con tal exceso, atendidos sus escasos recursos, que cada día se aumenta el número de las insolvencias, quiebras y liquidaciones.

¿En qué principio económico se funda ese cúmulo de impuestos, cuya exacción despoja á la gran masa de contribuyentes, que sólo cuentan con escasos fondos, del legítimo premio de sus sacrificios, les arrebatan el fruto de sus economías y les priva del remanente que necesitan, ya para proporcionar cierto bienestar de que carecen, ya para fomentar, al tenor de los adelantos modernos, su industria, su comercio, ó los elementos de su

producción? Y si las clases productoras están condenadas por ese funesto sistema de cortar el árbol por el pie para coger el fruto, á todo género de estériles privaciones, ¿cuál será el destino del humilde artesano y del infeliz jornalero, que ganan un ínfimo salario, y á quienes están desgraciadamente reservados la miseria, si se inutilizan para el trabajo, una cama en algún hospital cuando caen enfermos, y un asilo de mendicidad para los días de su vejez?

Así se explica la parálisis de antiguas fábricas que sostenían á un gran número de obreros, la desaparición de muchas industrias, que tenían vida propia, y las continuas emigraciones que aumentan, con descrédito nuestro, la funesta despoblación del Reino. La absoluta falta de recursos obliga á multitud de españoles, acosados por el hambre, ó movidos por el ánsia de hacer fortuna, á salir de nuestra patria para Francia, Argel, América y otros países, en busca de ocupación y trabajo. Según datos estadísticos recientes, pasan de veinte y cinco mil, los que han ido á ofrecer sus brazos y su inteligencia á las autoridades francesas y á los centros de producción del departamento de los Bajos Pirineos. Seguramente notendríamos que lamentarnos de estos hechos, si nuestros gobernantes hubieran puesto en práctica la siguiente máxima de Isaac Pereire, inspirada por un profundo estudio de la economía social.

«Todas las instituciones sociales deben tener por objeto el mejoramiento moral, intelectual y físico de la clase la más numerosa y la más pobre.»

Entretanto la marea sube, la gangrena hace rápidos progresos y el contagio epidémico que respiramos pudiera corromper para siempre las arterias por donde circula la sangre del cuerpo social, si pronto, pronto, no se busca el remedio y se aplica con mano firme, con generoso corazón. Para los grandes males son ineficaces los paliativos y perniciosos los subterfugios. Dormirse á la orilla de un precipicio para soñar con la existencia de una riqueza mentida y de una prosperidad imaginaria, es el colmo de la imprevisión y una falta absoluta de discernimiento. Lo digo con toda la sinceridad de mis convicciones. Por el camino que se sigue, no se llega á las puertas de la redención, sino que se va en busca de la muerte. Sin embargo, no me atrevo á lisonjearme con la esperanza de que mis desinteresados consejos sean ahora mejor acogidos que lo fueron otros no menos desinteresados, que, á fuer de leal adversario político, dirigí varias veces á los consejeros responsables de doña Isabel II, cuando les anuncié, con la independencia propia de mi carácter, la violenta crisis de 1868, desde la tribuna del Senado, de donde me he visto excluido por el primer Gobierno de la restauración.

FERNANDO CORRADI.

CACETA DE LAS EMBAJADAS Y CONSULADOS.

ESPAÑA Y MARRUECOS.

Cuestión de honra.

En nuestro penúltimo número bosquejamos á grandes rasgos el estado de nuestra política al otro lado del Estrecho, y en este nos proponemos hoy exponer los detalles más dignos de llegar á noticia del público, pues suceden en aquel país cosas que merecen conocerse aun cuando no sea más que por el cuidado con que el señor Silvela las ha mantenido ocultas.

En Marruecos, como todo el mundo sabe, reina el despotismo más espantoso: el Sultan exige cuanto dinero necesita de sus pueblos, y hace el reparto á los gobernadores de las provincias, para que estos á la vez lo hagan á las poblaciones y duques cuyos jefes señalan á cada individuo la cuota con que debe contribuir.

Para que se comprenda la equidad y justicia con que se hacen los repartos de contribuciones, es preciso tener en cuenta que los gobernadores son á la vez autoridades militares, administrativas y judiciales y que dependen única y directamente del Emperador, al cual hacen grandes regalos para obtener estos destinos y sostenerse en ellos, y los cuales, sin embargo, no tienen sueldo.

En este estado de cosas, los indígenas buscaron la protección de las naciones europeas para poner en salvo sus bienes y personas y las legaciones en Tánger para premiar servicios eminentes la concedieron á unos obteniéndola otros por representar intereses de súbditos europeos.

Este derecho de protección, ejercido desde muy antiguo, no sólo en Marruecos sino hasta en Turquía, es un elemento civilizador que indica á la vez el grado de influencia que tiene la nación que lo ejerce.

España, que es la única que en Marruecos debe tener política propia, si bien por lo mismo no tiene ninguna, es la que con menos protejidos cuenta, y, sin embargo de ser pocos, quiere aún desprenderse de ellos, cediendo á las interesadas cuanto poco leales sugerencias de Inglaterra, de cuyo país somos hoy serviles súbditos.

Esta política, que cierra á España las puertas de Marruecos, es completamente nueva y contraria á la que se seguía hasta el año último, es decir, hasta la llegada á Madrid de los embajadores del Sultan, los cuales supieron envolver de tal suerte al Sr. Silvela, que, con ser uno de los primeros diplomáticos de Europa, vino en pocos días á convencerse de que seguíamos en Marruecos un camino equivocado, de que era una solemne necesidad cuanto sobre la política que debemos seguir en aquel país dejaron dicho Isabel la Católica y el gran Cisneros, y que los amigos más entusiastas de España, los más celosos de

su honra y porvenir, son, sin disputa, Marruecos é Inglaterra.

Conociendo el carácter serio del señor Silvela, suponemos que las razones que habrá tenido para cambiar de parecer de un modo tan extraño, serán muy poderosas y justificarán el que España retire su protección y deje que se persiga á los moros que la han servido (testigo de ello el Ab-del-Kader Ftuy, alcaide de la línea fronteriza á Ceuta), y otros muchos que sería prolijo enumerar; que permita que los españoles paguen contribución, que abandone á Santa Cruz de Mar pequeña; y, por último, que haga todo lo contrario de lo que hasta ahora se ha hecho en aquel país.

El cambio de representante ha iniciado esta política funesta que apoyan Prusia, que no tiene intereses alemanes en Marruecos, é Inglaterra con la buena fé que caracteriza todos sus actos, pues al paso que trabaja contra todas las protecciones, las concede en masa á las kabilas de Angera, cuyas simpatías hacia España son bien conocidas, y en la cual tiene el ministro inglés extensas propiedades, y á la kabila entera de Suani en las cercanías de Tánger, ejerciendo además al menudeo el derecho de protección que hoy quieren que abandonemos bajo el pretexto de que la protección que dispensan es ofensiva, protección que, de paso sea dicho, extienden hasta á algunas familias españolas que habitan en algún punto de la costa occidental, que á tanto llega la oficiosidad inglesa.

Combaten esta política Francia, Portugal, Italia y los Estados Unidos de América, que comprenden sus intereses, y á dónde los quiere llevar el ministro inglés con sus acólitos de Alemania y hoy de España.

Entre tanto está sobre el tapete la cuestión de protecciones y la de imponer contribución á los propietarios españoles en Marruecos, contribución de la cual están libres en virtud del tratado, y como estos asuntos no pueden resolverse sin el concurso de las Cortes, damos la voz de alarma para que el Gobierno no se vea arrollado y envuelto como el que le precedió, por la política anglo-marroquí, incurriendo, como el Sr. Silvela ha incurrido, tal vez, en un caso de responsabilidad ministerial del cual nos ocuparemos en tiempo oportuno.

Para concluir y como confirmación de lo dicho hasta aquí sobre este grave asunto, citaremos un párrafo de una carta de Tánger que tenemos á la vista.

«Aquí es general, y cada día mayor, el descontento en la colonia española por las medidas que, tanto respecto á protecciones como á las que pudieran darnos alguna influencia en este país, toma este señor ministro, medidas que son contraproducentes, pues es sabido que lejos de agradecer los moros las concesiones que se les hacen, las atribuyen á debilidad. En una palabra, nuestra política hace unos meses no tiene explicación; pero hace el caldo gordo á Inglaterra y tiene tranquilos á estos moros sin pensar ya siquiera en que existen los asesinos de Liaño y otras muchas reclamaciones que duermen el sueño del justo.»

P. RUIZ.

EL REGICIDIO.

I

Un hecho terrible, síntoma gravísimo de un estado de profunda perturbación social, preocupa á la Europa en los momentos presentes. De algún tiempo á esta parte, y como obedeciendo á siniestra y misteriosa consigna, hánse alzado brazos homicidas contra los monarcas europeos. Guillermo de Alemania, Humberto de Italia, Alfonso de España, Alejandro de Rusia, se han salvado milagrosamente del puñal asesino, y á nadie se le oculta que tamaños atentados obedecen á un plan de exterminio que no se detendrá probablemente en las testas coronadas, y que no es sino el comienzo de una revolución tan espantosa como inconcebible, que en el caso imposible de triunfar, precipitaria rápidamente al mundo culto en los abismos de la barbarie. A qué causas obedece tan terrible fenómeno, qué medios pueden adoptarse para prevenir una posible catástrofe, son problemas que á todo hombre sensato preocupan y que nos proponemos estudiar en el presente artículo.

El asesinato político no es una novedad en la historia. En todo tiempo y lugar se ha producido, y lo peor del caso es, que sólo en nuestros días ha sido objeto de reprobación por parte de la conciencia pública. Aún hoy nunca es mirado con tanto horror como el asesinato que pudiera llamarse privado ó comun, y no faltan quienes hacen su apología ó al menos procuran excusarlo, obedeciendo á la funesta idea de que el delito político supone menor perversidad y es, por tanto, menos odioso que el delito comun.

No participamos de opinión semejante. El crimen político, cuando en rigor merece el nombre de tal, es mucho más grave y aborrecible que el comun. Al cabo en éste, el daño y la perturbación producidos no alcanzan al cuerpo social entero, sino á un individuo, ó á lo sumo, á una ó varias familias. El autor de un delito comun no pone en peligro la sociedad; el de un delito político puede perturbarla profundamente. El pronunciamiento inmotivado, el motín injusto, la guerra civil sostenida á nombre de falsos principios, absurdas utopías ó torpes intereses, llevan por doquiera la perturbación y el desorden, paralizan la marcha de los negocios, secan las fuentes de la riqueza pública, detienen el desarrollo de la cultura, siembran por todas partes la discordia, el odio, el rencor y la venganza, arruinan el país y lo cubren todo de sangre y de ruinas. El asesinato político, dejando huérfana de la suprema autoridad al Estado, se-

gando en flor una vida útil á la patria, puede producir trastornos no menos graves, y llegar al colmo del horror, si la víctima es uno de esos grandes ciudadanos, cuya vida, por ser el símbolo de la ventura nacional, debiera ser sagrada para todo amante de su país. ¿Dónde habria castigo bastante para los asesinos de Lincoln? ¿Qué merecían los que, al matar á Prim, causaron la ruina de la revolucion de Setiembre?

Por otra parte, si el crimen comun puede tener en ocasiones explicacion, y á veces excusa, no se comprende otro tanto tratándose del político. Explícase que una pasion intensa y enloquecedora, como el amor, el odio, los celos, la venganza, pongan en manos del hombre el puñal homicida; compréndese que la mujer abandonada, el amante vendido, el hombre herido en su honor, laven en sangre el ultraje, olvidando, en un momento de de lirio, que el homicidio sólo es lícito en propia defensa ó en el combate; pero que se dé muerte al que no nos ofendió, al que acaso estimamos personalmente, sólo por lograr el triunfo de una idea, es un hecho que revela un grado de perversidad extraordinario, si acaso no es el signo de una irremediable y furiosa locura.

Y no vale decir que el homicidio político es legítimo y plausible cuando de él es víctima un tirano, y su resultado ha de ser el triunfo de la ley y de la libertad y la salvacion de la patria. Digan lo que quieran los partidarios de las horribles doctrinas patrocinadas por Maquiavelo y la Compañía de Jesús, y enaltecidas por el mundo antiguo, el fin no justifica los medios y las naciones nunca se salvan por el crimen. No habria base para la moral si tales principios se admitiesen, ni habria orden social si al criterio de cada ciudadano se dejase la determinacion de los casos en que el poder es tiránico y el homicidio legítimo, por tanto.

El bien se debe alcanzar por medios buenos, y de otra suerte dejaria de ser bien. La destrucción de la tiranía no ha de ser obra del puñal asesino, sino de la justa rebelion de los oprimidos. Perezca el tirano en buena lid y leal combate, á manos de la muchedumbre con razon y derecho sublevada; nunca á impulsos del puñal alevoso y cobarde de un traidor.

Y por otra parte, ¿dónde está el criterio para saber quién es el tirano? Déjese esta apreciacion al juicio de los individuos ó de los partidos, y no habrá dominacion que no sea tiránica ni asesinato político que no sea legítimo. Tiranos fueron para la teocracia católica Enrique III y Enrique IV de Francia, Isabel y Jacobo de Inglaterra, Guillermo de Orange y José de Portugal. Tiranos parecieron á las aristocracias oligárquicas Julio César y Gustavo III de Suecia. De tirano calificó la demagogia á Luis Felipe de Orleans, y como tiranos sentencia hoy á muerte á Guillermo I, á quien debe Alemania su grandeza, á Humberto, que es uno de los príncipes más liberales de Europa, y Alfonso XII, que no merece por cierto el nombre de tirano. Por tirano mataron á Lincoln los esclavistas y á Prim sus ignorados asesinos. Y sin embargo, ¿quién se atreverá á calificar de tiranos á los que acabamos de nombrar? Tirano será siempre para todo partido el que lo excluya del poder; tirano para toda clase social el que la prive de sus privilegios; tirano para todo utopista el que sea obstáculo para el planteamiento de su utopia; y de esta manera, todo poder será tiránico y contra todos podrá esgrimirse legítimamente el puñal del asesino.

Solo la conciencia nacional puede decretar que un poder es tiránico y sólo ella puede destruirlo; nunca el individuo ni la secta. El que, al cometer el tiranicidio, se toma la justicia por su mano, sobre faltar á la ley moral, que á nadie autoriza para semejante cosa, usurpa atribuciones que exclusivamente corresponden al país, y se expone á incurrir en un error grave, identificando sin razon su juicio propio con el de la nacion entera, y tomando equivocadamente por tiránico un poder que la nacion acaso no considera tal.

Además, el que tal hace no comprende que la tiranía nunca se impone á un pueblo digno ó, caso de imponerse, su dominacion no prevalece, y que, cuando es pacientemente soportada, es señal de que el pueblo se conforma á su yugo y no es merecedor de la libertad ni sabe agradecerla. Si hubiera comprendido esto Bruto, no hubiese cometido un crimen que no tuvo más resultado que el entronizamiento de Octavio.

Porque lo más grave del caso es que el asesinato político, sobre ser odioso, es casi siempre inútil. Nada adelantó la causa teocrática con matar á Enrique III, Enrique IV y Guillermo de Orange. Libres quedaron los negros de los Estados Unidos y vencidos los esclavistas del Sur, á pesar de la muerte de Lincoln, y ningun resultado produjo el asesinato del duque de Berry. Jamás ha triunfado ninguna idea política por el homicidio; sólo han tenido resultado favorable para sus autores los crímenes que se encaminaban únicamente á sustituir en el poder á la víctima del asesinato, y aún esto no se ha conseguido en todos los casos.

Contribuye, además, el crimen político á arrojar manchas imborrables sobre las mejores causas, cubriéndolas de descrédito y oprobio, y en la mayoría de los casos á dar mayor fuerza al poder atacado y agravar la opresion de los que lo combaten. Un movimiento de reaccion, engendrado por un natural sentimiento de aversion al crimen y de piedad y simpatía hacia la víctima, sigue casi siempre al asesinato político, y es cosa frecuente que, aún consumado, el horror que causa impida

á los criminales aprovecharse de su victoria. El asesinato de César afianzó el imperio; la muerte de Enrique IV consolidó el trono de los Borbones; la de Guillermo de Orange excitó más y más las iras de los holandeses contra la dominacion española: la tentativa contra José de Portugal produjo la persecucion de los jesuitas; la conspiracion de la pólvora apresuró en Inglaterra la proscripcion de los católicos; el asesinato de Marat arrastró al cadalso á los girondinos, y los repetidos atentados contra Luis Felipe, Napoleon I, Napoleon III, é Isabel II, sólo sirvieron para robustecer la autoridad de estos monarcas. Pocas veces se ha derrumbado un poder á impulsos de un asesino; solamente la revolucion armada, leal y noble, ha conseguido este resultado, porque solamente por buenos medios se alcanza el bien.

Fuerza es, por tanto, protestar enérgicamente contra el asesinato político, no sólo á nombre de la moral y de la justicia, sino á nombre de la conveniencia; fuerza es infiltrar en todos los espíritus la idea de que en esos hechos indignos no deben buscar su emancipacion los pueblos oprimidos, y que lejos de ver héroes en los asesinatos políticos, hay que ver en ellos despreciables criminales ó locos insensatos que deben arrojar de su seno los partidos, y para cuyas innobles hazañas no hay recompensa más digna y merecida que la celda del manicomio ó la cuchilla del verdugo.

II

Pero no basta con reprobar tales atentados; es menester, además, señalar sus causas y buscar los medios de prevenirlos, si es posible; es menester, sobre todo, adoptar las medidas necesarias para que, caso de verificarse, sean sólo el resultado de una determinacion individual, nunca el producto de la accion colectiva de un partido.

A nuestro juicio, la causa principal de semejantes crímenes es el idealismo político, la intransigencia y el fanatismo que necesariamente le acompañan, y la falta de sentido moral de los partidos políticos y las sectas religiosas. Estos son los verdaderos incentivos del crimen; estos los funestos errores que excitan las pasiones y arman el brazo de los homicidas.

Somos de los que creen que en política las pasiones torpes y mezquinas, de carácter personal, no son siempre las que llevan al crimen. Salvo en las monarquías electivas, en las dictaduras cesaristas, y en las naciones dominadas por el militarismo, en las cuales la facilidad de conquistar un poder, de suyo inestable y movedido, puede despertar la ambicion y engendrar el crimen (como nos muestra la historia de algunas monarquías asiáticas, de las primeras monarquías electivas de los bárbaros del Norte y de las repúblicas americanas), lo más frecuente es que ningun interés egoísta, ninguna ambicion personal impulse al asesinato político. Más comun es que la ambicion se abra camino por la intriga que por el crimen, y es cosa habitual que los asesinos procedan con el desinterés y la abnegacion más extraordinarios. En nuestros tiempos, quizá no se ha cometido un sólo asesinato político por ambicion personal. Nada ganaban al cometer su delito los asesinos de los dos Napoleones, de Luis Felipe, de Isabel II, de Alfonso XII, de Guillermo, de Humberto y de Alejandro de Rusia.

El fanatismo es, pues, la verdadera causa de los homicidios políticos. Cuando los hombres acarian un ideal que consideran perfecto dechado de justicia, y resueltos á llevarle al terreno de los hechos, creen que el mayor obstáculo que á su realizacion se opone es la persona que simboliza el poder supremo, no es maravilla que crean justo y meritorio desembarazarse de ella por medio de la muerte. En tales circunstancias, la pasion avasalla el espíritu y el sentido moral se eclipsa por completo; las ideas y los sentimientos se truecan y confunden, y parece acto de justicia, hecho heroico y santo, deber supremo, virtud estoica, lo que á los ojos de toda conciencia recta y toda razon sana es abominable crimen. La turbada conciencia del fanático trastorna de esta suerte todas las ideas y sentimientos que forman el contenido de la moral; principios verdaderos y legítimos,—como la preponderancia debida de la salvacion social y de los grandes intereses humanos sobre el derecho y el interés del individuo, como la legitimidad de la insurreccion contra los poderes injustos y tiránicos, y otros semejantes,—se convierten en motivos justificantes del asesinato; á veces el mismo sentimiento religioso se estima móvil de tales actos, y el homicida comete uno de los crímenes más graves y que mayor perversidad parecen revelar con intencion perfectamente moral, creyendo sinceramente que hace el bien, que cumple un deber sagrado, que es un héroe y un mártir, y ostentando á veces un valor heroico digno de mejor causa.

Llegado á este punto el fanatismo, cabe preguntar si su mísero instrumento es un malvado ó un loco. La respuesta es difícil. Si locura es perturbacion de las ideas y de los sentimientos, es evidente que sólo en un cerebro enfermo se conciben resoluciones semejantes; pero del desarrollo y explosion de esa locura es responsable el sujeto en quien aparece. Una vez apoderada de nosotros la pasion, es indudable que no somos libres; pero esto no nos exime de responsabilidad, pues pudimos y debimos no dejarnos dominar por la pasion. Si el fanático hubiera razonado y procedido con mesura, si hubiera refrenado su pasion á tiempo,

habria reconocido, ó bien que su ideal era utópico, ó al menos que causas más hondas y difíciles de extirpar que la persona de su víctima se oponian á su triunfo. Por eso el verdadero reo de estos hechos no es el asesino, sino el idealismo que en fanatismo se convierte y el que sembró sin templanza ni prudencia las semillas que engendraron el crimen.

Cuando, despues de cometido un asesinato político, los partidos rechazan indignados toda complicidad en él, bien puede asegurarse que no han hecho exámen de conciencia antes de hacer declaracion semejante. Prescindiendo de que en multitud de casos el crimen es obra de una asociacion de conspiradores, en aquellos en que es un hecho puramente individual, cabe parte no pequeña de culpa á los que con sus predicaciones insensatas exaltaron el fanatismo del asesino. Arrojar á los cuatro vientos un ideal de perfeccion, de justicia y de ventura, casi siempre utópico, á cuya realizacion se oponen no pocas veces las leyes de la naturaleza y de la sociedad; pintarle con los más halagüenos colores y rodearle de las más seductoras promesas; excitar en pró de él el entusiasmo, la ambicion y el interés de los hombres; declarar terminantemente que al logro de tantas dichas sólo se oponen poderes despóticos, castas egoístas, indignas y perversas personas, y pretender despues que estas predicaciones no han de producir sus naturales frutos, é indignarse cuando dan sus lógicos resultados, es protestar contra la brutalidad del disparo despues de haber aplicado la mecha. Quien siembra vientos recoge tempestades.

La extirpacion del fanatismo es, pues, la condicion inexcusable para que el asesinato político desaparezca; y esto no se consigue si al idealismo reinante no sustituye el recto sentido de las cosas. Harto hemos dicho sobre esto en un artículo publicado en este periódico. (1) Cuando en la ciencia política se afirme definitivamente el principio de que no hay ideales absolutos y de que todo en el mundo es finito, relativo y limitado; cuando se reconozca que de la mayor parte de los males sociales no son responsables las instituciones ni los hombres, sino las leyes mismas de la naturaleza y de la sociedad; cuando se comprenda que en la continuidad de la historia no caben soluciones ni saltos; que el pasado engendra lo presente y éste lo porvenir; que la vida no es revolucion, sino evolucion; que la política es un arte práctico, sin duda fundado en principios y encaminado á un ideal, nunca realizable en su pureza, cuyos dos procedimientos son la transicion y la transaccion; que las condiciones de tiempo y de espacio, de raza y de clima no permiten aplicar sin distincion en todos los pueblos y épocas los mismos principios; y que en el organismo social hay algo permanente que resiste á toda mudanza y que es preciso conservar, aunque en sus formas históricas varíe; cuando, en suma, la política sea una ciencia positiva y un arte práctico, la utopia no tendrá razon de ser, el idealismo desaparecerá y el fanatismo sucumbirá con él.

Pero esto no basta; es necesario además depurar el sentido moral de los pueblos y concluir con la profunda inmoralidad que corroe las entrañas de la política. Mientras se crea que el fin justifica los medios, que la moral pública y la moral privada son cosas tan distintas, que lo que en ésta es odioso puede ser lícito en aquella, y que en política el Dios es el éxito y la fuerza la ley; mientras los partidos entiendan que el poder les corresponde de derecho en todo caso y que están obligados á conquistarlo siempre que posible les sea, por más que no cuenten con la voluntad de la nacion, ni existan las condiciones necesarias para que puedan ejercerlo; mientras no penetren en las costumbres políticas hábitos de tolerancia, de resignacion y de prudencia, el peligro existirá y los atentados más espantosos serán posibles siempre.

Harto sabemos que no faltará quien nos diga que la causa principal de la repeticion de tales atentados es la carencia de sentimientos religiosos; mas los que tal dicen olvidan que la religion ha engendrado tantos regicidios como la revolucion, porque tambien ha dado vida al fanatismo. Si el mundo clásico levantó estatuas á Aristogiton y á Bruto, la Iglesia bendijo á los asesinos de la noche de Saint-Barthelemy, la Compañía de Jesús armó las manos de Juan Chatel, de Jacobo Clemente, de Ravailac y de los asesinos de José de Portugal, y preparó la conspiracion de la pólvora; y el padre Mariana tuvo la horrible osadía de convertir en teoría el regicidio en su obra *De rege et regis institutione*. La demagogia blanca y la roja nada tienen que echarse en cara: son dos fanatismos que ostentan ante la historia las mismas manchas de sangre en sus manos homicidas.

No; no es fruto de la incredulidad el regicidio. Cuando la incredulidad asesina, es porque es fanática, que tan fanático puede ser el ateo como el creyente. Toda idea, sea la que fuere, puede convertirse en idealismo fanático, y tanto monta esgrimir el puñal en nombre de Dios, como disparar el revólver en nombre del materialismo humanitario que proclaman los nihilistas de la Rusia. La religion sería freno para el crimen si de ella desapareciesen el fanatismo y la intolerancia; si en vez del Dios sombrío y feroz de Israel, que es el que domina todavía en las conciencias y en las

(1) *Las tendencias de la ciencia moderna en sus relaciones con la política.*

Iglesias, imperara el Dios dulcísimo y misericordioso del Calvario. Entre tanto que no suceda así, no tienen derecho á acusar á nadie los que olvidan que, en pleno apogeo de su ideal religioso, el asenato político bajo todas sus formas era casi el hecho diario, y no pocas veces se amparaba bajo el manto de la Iglesia. Sentido moral, educación política, costumbres públicas, tolerancia y fraternidad, exacto conocimiento de las cosas, sentido positivo de la realidad, abandono de los idealismos y los fanatismos, eso es lo que se necesita, y eso es precisamente lo que no pueden dar los que siempre fueron y serán los más intolerantes y fanáticos de todos los hombres.

Mucho han contribuido también al desarrollo de lo que pudiera llamarse *mania regicida* los recuerdos y ejemplos de las democracias clásicas. Así como la gran desgracia del cristianismo es tener por padre al judaísmo, la gran desgracia de la democracia moderna es tener como precedente la antigua y conservar demasiado su recuerdo. La mayor parte de los errores de la revolución francesa se deben á estar empapados sus representantes en la lectura de los clásicos. Por extraño que parezca, se puede asegurar que á Plutarco le cabe poca responsabilidad en los errores de 1793. Aquellas repetidas apologías del tiranicidio, aquella aureola de falsa gloria que circunda la frente de asesinos como Harmodio, Aristogiton, Bruto y Casio; aquel culto feroz de la libertad y de la patria, ante cuyos sangrientos altares se sacrifican toda ley moral y todo afecto humano, han contribuido en parte no pequeña á hacer del tiranicidio una virtud y del asesino un héroe. A la influencia de estos recuerdos se debe quizá la mal disimulada benevolencia que los homicidas políticos despiertan todavía y la celebridad funesta que suele rodearles, celebridad que fácilmente incita á los Erostratos de todos los tiempos á emularlos en su crimen para acompañarlos en su gloria: tristes aberraciones que muestran cuán distantes nos hallamos aún de poseer un verdadero sentido moral!

Justo es reconocer, además, que cabe mucha responsabilidad en los últimos atentados, que todos deploramos, al socialismo revolucionario, que importa no confundir con las escuelas que, sin soñar en imposibles renovaciones sociales, aspiran, sin embargo, á mejorar la condición de las clases trabajadoras, mediante el concurso del individuo, de la asociación y del Estado, y á introducir necesaria, pero meditada reformas, en la actual organización económica de la sociedad.

El socialismo revolucionario, cuya personificación es la Internacional, cuyo hecho más glorioso es la *Commune* de París, y cuya fórmula más amenazadora y bárbara es el nihilismo eslavo, es verdaderamente responsable de lo que hoy sucede. Profundamente idealista, á pesar de sus doctrinas materialistas y ateas (que al cabo son tan idealistas y dogmáticas como las opuestas), movido por instintos y pasiones más que por ideas, falto de un verdadero pensamiento científico, soñando en un ideal confuso que no sabe formular siquiera, aspirando á un trastorno general, tan horrible como insensato, que sólo cabe en el cerebro de un demente, el socialismo revolucionario no es un peligro serio, porque la locura no causa estado ni el desorden puede ser ley del mundo; pero es un peligro, sin embargo, porque puede producir los más graves trastornos. Y no cabe desconocer que el socialismo, excitando con predicaciones absurdas las pasiones de las masas inconscientes, prometiéndoles Edenes imposibles, y señalándoles determinadas instituciones, clases y personas como únicas causas de sus males, despierta el fanatismo, provoca al crimen, y si no arma directamente el brazo asesino, es el móvil verdadero que lo impulsa.

Tales son las causas principales de los deplorables hechos que son asunto del presente artículo. Veamos qué medios pueden adoptarse para evitar su reproducción.

III

Siempre que un hecho de la índole del que nos ocupa ó una perturbación revolucionaria tan grave como la insurrección de los comuneros parisenses, por ejemplo, se produce en nuestras agitadas sociedades, las escuelas y partidos políticos militantes buscan los medios de evitar su reproducción, incurriendo siempre al hacerlo en dos graves errores. Consiste el primero en desconocer la gravedad del mal y sus causas íntimas, y entender que bastan medidas exteriores y superficiales para atajarlo; y el segundo en pretender remediar el daño con la aplicación exclusiva de cualquiera de los principios absolutos que hoy sirven de bandera á los partidos y que pueden reducirse á dos: el de autoridad y el de libertad.

Pensar que con unas cuantas disposiciones políticas se evitan estos males, es grave error que denota un profundo desconocimiento de sus causas. Como ya hemos dicho, la verdadera fuente de estos extravíos está tan honda, que á ella no llegan paliativos tales. No son las medidas legislativas las que han de evitarlos; el remedio ha de partir de algo más elevado y más profundo.

Cuál es este remedio, ya lo hemos dicho. Consiste en rehacer por completo la educación moral y política de los pueblos; en renunciar al idealismo, secando así las fuentes del fanatismo y de la intolerancia, causas verdaderas de tales atentados; en reorganizar la ciencia política y por ende los

dogmas de todas las escuelas, sobre las bases que en este trabajo y en nuestro anterior artículo en este mismo periódico hemos expuesto; y sobre todo, en depurar la moral pública, identificándola con la privada y haciendo del bien, del deber y de la justicia, la ley y norma de los partidos y de los pueblos.

En esta obra de regeneración cabe parte no pequeña á la democracia, y como á ella pertenecemos, á ella debemos dirigirnos y de lo que le toca hacer en primer término ocuparnos.

La democracia está obligada á romper con sus antiguas tradiciones y á separarse para siempre del socialismo revolucionario, que hoy representan el nihilismo eslavo y la Internacional. Dentro de la democracia sólo deben quedar aquellos, que ora tengan tendencias conservadoras, ora propósitos radicales, estén conformes en no acariciar utopías, en no aspirar á imposibles transformaciones sociales hechas en un momento, en no soñar con ideales absolutos, en no buscar nivelaciones imposibles, en realizar siempre sus fines por medios morales y legítimos, en reconocer los caracteres propios del arte político, en refrenar sus impacencias, templar sus ambiciones y hacer una política sensata y honrada. Exclúyanse del seno de la democracia los utopistas, los fanáticos, los demagogos, los revoltosos y los impacientes; reforméense sus dogmas y sus procedimientos con arreglo á los verdaderos principios de la ciencia, á las enseñanzas de la historia y á las necesidades de los pueblos; enséñese á los pueblos la religión del deber á la par que la del derecho; estúdiense el problema social y procúrese el mejoramiento de las clases desheredadas sin acariciar absurdas utopías ni desconocer las leyes inmutables de la sociedad y de la naturaleza; véase en la democracia, no el triunfo de una clase, sino la igualdad de todas en el derecho y en el deber; dése de mano á aquella aversión contra toda superioridad, á aquel menosprecio constante del principio de autoridad, á aquella afición á los procedimientos revolucionarios, á aquellos hábitos de indisciplina, á todos esos errores, preocupaciones y fanatismos que tanto daño nos han hecho; difúndase en las masas populares la moral más pura y severa; concluya para siempre el culto idolátrico de las repúblicas clásicas y de la revolución francesa, que más vale olvidar que enaltecer; abandóñese á los jesuitas la teoría del tiranicidio y á los retóricos la apología de Bruto y Casio; predíquese, en vez de la mentida virtud antigua, inhumana y bárbara, la ley de amor, abnegación y fraternidad de Cristo y la austera ley del deber de Kant; declárese que el bien sólo se consigue por buenos medios, que la justicia y el deber están por cima de todo, y que la felicidad absoluta en la vida es un sueño irrealizable, al cual no se opone únicamente la malicia de los hombres, sino las leyes inexorables de la naturaleza, y se habrá hecho más para atajar el mal que deploramos que lo que puede hacer la acción represiva de los Gobiernos.

No negamos, sin embargo, que á esto deben acompañar otras medidas de distinto carácter; pero no pensamos con los conservadores que la represión violenta sea el remedio eficaz, ni con sus adversarios que el régimen de la libertad absoluta sea la deseada panacea. Ni lo uno ni lo otro. Dejar plena libertad á escuelas y partidos que no se limitan á propagar un ideal absurdo, sino que trabajan por subvertir violentamente el orden social, é implantar una serie de desatinadas reformas que llevarían rápidamente la sociedad á la barbarie, y apelan para conseguir sus fines á los medios más reprobados, excitando las pasiones y apetitos de las masas, promoviendo perturbaciones diarias, y armando el brazo de infames asesinos, es desconocer las nociones más elementales de la ciencia del Gobierno y precipitar la ruina de la sociedad. Existe el derecho de sostener las ideas más absurdas, pero no de excitar pasiones, predicar el crimen y la rebelión, organizar dentro del Estado asociaciones que tienden á destruir por la fuerza el orden social y promover toda clase de conflictos. Mientras sólo se trata de propagar un ideal, en buen hora que la libertad del que tal hace se respete; pero en el momento en que se pugna por pasar á vías de hecho, en que abiertamente se incita á la ruina de lo existente, no por medios legales, sino por procedimientos de fuerza, el derecho se extingue y la represión tiene ya razón de ser. La democracia no debe olvidar esto; si quiere ser Gobierno, tiene que renunciar á aquella política funesta de libertades absolutas que permitía, con escándalo de toda persona sensata, la organización pública y descarada de la rebelión, que toleraba dentro del Estado la existencia de asociaciones y organizaciones, que eran Estados verdaderos, en son de guerra contra el orden social, que consideraba derecho sagrado la pública incitación al crimen, y consentía que al amparo de la ley se organizase la rebelión abiertamente, y se discutieran y propalaran, sin reparo alguno, los medios más seguros y eficaces para destruir hasta los fundamentos de la sociedad.

Pero si reprobamos esta política, que á fuerza de cándida viene á parar en suicida, tampoco aceptamos la que todo lo fia á la represión violenta. Reprimir no es toda la función del político; es necesario, además, prevenir y precaver; y esto no consiste, como han pensado siempre nuestros conservadores, en adoptar medidas tan injustas como ineficaces, para impedir la aparición de malas ideas, pues no hay poder suficiente para esto, sino en extirpar las causas que motivan la aparición de

estas ideas. A la política represiva que sofoca las rebeliones é impide la organización de las fuerzas perturbadoras, ha de acompañar la que acude solícita á remediar en lo posible los males que engendran estas perturbaciones. Al socialista armado, no sólo se ha de contestar con los disparos de la artillería, sino con las reformas necesarias y posibles que exige el malestar social ó con las que requiere el estado político. Nada conseguirá Alejandro de Rusia con arrojar á la Siberia á los nihilistas, si no concede á su pueblo las libertades razonables y el régimen político á que tiene derecho y que debe sacarle del lamentable estado en que se encuentra. Nada adelantarán los conservadores de todos los países con extirpar el socialismo con el hierro y el fuego, si no se deciden á estudiar los graves problemas sociales y económicos que se imponen á la sociedad presente, y no se convencen de que la actual organización económica, política y social no es la última palabra de la ciencia, ni la meta de la perfección, sino que requiere profundas, si bien prudentes y meditadas reformas, que legal y pacíficamente deben hacer los Gobiernos para evitar que brutal é inconscientemente las lleven á cabo los revolucionarios.

El reconocimiento y amplia consagración de las libertades que pueden llamarse necesarias; la práctica leal, sincera y honrada del régimen parlamentario; el atento estudio de las reformas económicas y sociales indispensables y posibles, y su prudente planteamiento con grado y medida y en tiempo oportuno; el definitivo abandono de añejas preocupaciones; la ruptura terminante con la teocracia ultramontana y la adopción de una política francamente liberal en materias religiosas; la difusión de la enseñanza popular; la moralización de la administración y la política, son deberes y necesarias funciones de las escuelas y partidos conservadores. Sólo haciendo esto, tendrán derecho y fuerza moral para reprimir con mano firme los excesos revolucionarios.

La Europa está amenazada de graves catástrofes, si los elementos conservadores por una parte, y la democracia sensata por otra, no concurren á este fin común; si renunciando aquellos á sus procedimientos doctrinarios y á sus aficiones retrógradas, y ésta á su abolengo jacobino y á su funesto idealismo, no adquieren amor á la libertad los primeros y hábitos de gobierno la segunda; si unos y otros no se conciertan en esta aspiración común que debe prevalecer sobre sus diferencias de procedimiento y de doctrina: la conciliación del orden y de la autoridad con la libertad, de lo que hay de necesario en los procedimientos conservadores y de legítimo en las aspiraciones liberales y democráticas, para que llegue un día en que una democracia honrada y sensata, á la vez liberal y conservadora, rija los destinos de la Europa, y ponga barrera insuperable, lo mismo á los esfuerzos de los que pugnan por restablecer lo pasado, que á las delirantes utopías de los que sueñan con establecer una nueva organización social, que á ellos les parece un Eden, y que en realidad sería el entronizamiento de la barbarie y la ruina de toda civilización. Si á esto se agrega un firme propósito de poner mano en el problema social, y tratar, no de resolverlo (porque esto es imposible), pero sí de remediar en cuanto quepa los graves males que provocan las perturbaciones que nos aquejan, podrá cortarse de raíz el mal que deploramos. De otra suerte, el peligro no desaparecerá y se reproducirá á cada paso los salvajes y odiosos atentados que han dado motivo al presente artículo, que terminamos reprobándolos nuevamente con toda la energía de un alma honrada, ante la cual nunca hallarán disculpa ni justificación posible crímenes tamaños, como no pueden hallarla ante nadie que guarde en su pecho un corazón humano y profese entrañable culto á la libertad, que, siendo inmaculada y santa, sólo puede triunfar por honrados medios, por la constancia de sus apóstoles, por el heroísmo de sus soldados, por la abnegación de sus mártires, pero nunca por el puñal sangriento de los asesinos.

M. DE LA REVILLA.

CHEMSID.

(FANTASIA.)

Las historias de los hombres, que tantas grandezas refieren de Ciro, el conquistador de Babilonia, el vencedor de Creso, y el más afortunado de los antiguos guerreros asiáticos, callan el nombre de Chemsid, su ilustre antepasado, ó le citan entre los personajes fabulosos: la niebla de la distancia ha desvanecido la figura de Chemsid, ya no existe la ciudad de Estakar, fundada por aquel príncipe, y los sabios ignoran dónde se hallan los sepulcros del rey y de sus padres, famosos en otro tiempo. Acaso un día al herir los escombros con su azada, rompa su hierro el campesino contra el jaspado de una columna que sostuvo el pórtico del palacio fabricado por los genios, y acaso las mujeres de una aldea miserable molerán granos con las piedras sagradas donde grabó Tamurash las palabras simbólicas, las fórmulas de los conjuros y los arcanos de la magia. Feliz quien logre descifrar aquella olvidada escritura, porque será iniciado en la única sublime de las ciencias, y hablará el idioma de los espíritus, á cuyos imperativos acentos se abren las rocas, tiemblan los continentes, se inclinan los árboles y las tempestades se apaciguan: sabrá encender la llama inextinguible que protege el hogar contra las acechanzas de los vedas, ministros de Arimanes, dios de las tinieblas: podrá admirar las cien columnas del palacio de

Homanes, y contemplar en los relieves de la fachada las efigies de los antiguos reyes medos: será, en fin, escuchado por los izedec, géneos que presiden todo bien, y obedecen á Oromaces, el Bueno, el Justo, el Santo, el Creador, el que colocó al primer hombre en el Eriene, y el que ha de fabricar un mundo perfecto y una tierra sin noches, sin frios, sin tempestades, sin tristeza y sin dolores.

¿Por qué han olvidado los hombres al poderoso Chemsid, el más humano de los déspotas? En su tiempo, nunca alteró la vejez las facciones de sus vasallos, á los que libertó también del estúpido período de la infancia, brotaron espigas hasta en los terrados de las casas, y los árboles frutales prendieron sus raíces en las mismas entrañas de las rocas: los tigres, retirándose á sus oscuras cavernas, dejaron á los ganados seostar tranquilamente en las riberas del Alaxes: los vedas no se atrevieron á confeccionar en sus laboratorios los amargos brevajes y los pestíferos vapores que producen las enfermedades y la muerte; ni la tierra se abrió empujada por las hercúleas espaldas de los géneos subterráneos: las nieblas no empañaron la luz, nunca el esposo hubo de hundir el puñal en el pecho de su mujer culpable, ni el malvado contaminó los elementos, ni las bocas lanzaron maldiciones. Chemsid detuvo el mal en los límites de su imperio: las aves le sirvieron de mensajeras y le contaron los misterios de los bosques: los peces le revelaron las maravillas que existen debajo de las aguas; por los reptiles supo dónde se encuentran los más ricos metales, quién enciende el fuego sombrío de los volcanes y de dónde proceden las aguas de las fuentes: descifró los signos celestes, la página del firmamento, en que Oromaces ha escrito con letras de fuego, las leyes de la materia y del espíritu. ¿Por qué prevaricó el más sábio de los reyes? ¿Por qué tras un reinado de siete siglos de paz, brillaron los puñales, silbaron los dardos y chocaron con furia las espadas? ¿Por qué no existe el palacio de Chemsid, fabricado por los géneos, con sus jardines suspendidos en el aire, sus torres plateadas, su trono de oro y sus soberbias esculturas? ¿Por qué la sombra del poderoso rey se pasea todas las noches, triste y callada, entre montones de escombros y pedazos de columnas?

Las maravillas de Chemsid y las flaquezas de sus opulentos sucesores, fueron destruidas en una sola noche, en medio de una orgía.

Lúbrica cortesana, con el cabello suelto, la túnica manchada de vino y apoyada en los hombros de un guerrero famoso, concibió la idea destructora. ¿Que los géneos de Arimanes la atormenten! ¿Que los vedas se hayan apoderado de su espíritu!

Su mano agitó la tea, y la ciudad con sus palacios, sus jardines y sus templos fueron presa de las llamas entre las carcajadas del conquistador y los aplausos de la ébria soldadesca. Negras nubes de humo envolvieron los edificios; los montes y los valles cercanos reflejaron el incendio; crugieron las vigas, se desplomaron los techos y ardieron los tapices: los caballos, espantados, huyeron con las crines erizadas; cruzaron por entre el humo bandadas de aves privadas de sus nidos; los moradores pacíficos se dispersaron en la llanura ó se enterraron bajo sus casas, y las madres, cargadas con sus hijos, abandonaron su hogar lanzando tristes ayes. Y el fuego devoró rápidamente los tesoros traídos de todos los países de la tierra; pieles y tejidos de Arabia y de la India, alfombras de Sidon; púrpura negra de Bretaña; jacinto de Elisa, oro de Ofir y de Hesperia, perlas de Trapobana, y esencias y marfil y maderas olorosas. Y ardieron los archivos y los libros sagrados de Homanes y se borraron las inscripciones grabadas para memoria de otros tiempos! Mengua al conquistador que arrasa templos, rompe columnas y obeliscos, llena el mundo de tinieblas y destruye la obra de los siglos! Horror á la infame Tais, que duerme entre los brazos de Alejandro, sobre las ruinas de Persépolis.

Por ella vaga errante la sombra de Chemsid entre los escombros calcinados y destrozadas esculturas.

I

Dormían los hombres, los ganados, las aves y los vientos: sólo velaban en el tranquilo reino de Chemsid, el monarca, los arroyos, los ruisenores y los astros.

Chemsid elevó su espíritu y desprendiéndose del cuerpo mortal flotó por el espacio: allí, seguido de los ferveres más adictos, recorrió los campos de sus vasallos y los vió llenos de verdor y aseguradas sus cosechas; se introdujo en el interior de las casas, y cerró los párpados de los que luchaban con el insomnio; entró en el templo y vió que el fuego sagrado ardía en los altares.

Estaban tan sosegados sus dominios, que suplicó á Oromaces prolongase las horas de aquella hermosa noche, y abandonó su reino queriendo estudiar otros países de la tierra.

La aérea comitiva atravesó la atmósfera en silencio para no despertar á las aves ni á los hombres.

La luna brilló con más fuerza, y se encendieron nuevas estrellas para iluminar bien su camino.

Apenas traspasó los límites de la Persia, Chemsid oyó un estruendo formidable, producido por los mares agitados, el bramido de los vientos, el chocar de las espadas y los gemidos de todas las criaturas que sufrian.

Y el mar dijo á Chemsid:

—La tierra me aprisiona en su cárcel de rocas y de arena: dame la libertad, y mis olas bendecirán tu nombre al dilatarse sin obstáculos.

Y dijeron los vientos:

—Condenados á rodar sobre el desierto, una fuerza irresistible nos sujeta sobre la caliente arena: déjanos volar de mundo en mundo, y llevaremos tu fama á las estrellas.

Los reyes exclamaron:

—¿De qué nos sirve dominar á los hombres, si la muerte nos ignora con los esclavos? Haznos inmortales y serás el señor de los señores.

Y este fué el grito de todos los pueblos de la tierra: —¡Justicia! ¡Justicia! Que los malvados no agobien á los buenos, y sufriremos tu yugo paternal con alegría.

Los animales decían en los bosques:

—El hombre nos aniquila para su placer y su sustento: nos persigue en el aire, en las cavernas y en el fondo de los mares. Libranos de la voracidad de los hombres.

Y los árboles también se lamentaban:

—El viento desgaja nuestras ramas: el hacha derriba nuestros troncos: el rayo nos abrasa: estamos rodeados de enemigos y privados de defensa y movimiento.

Chemsid, desconsolado, dijo al oír tantos lamentos: —¡Señor! ¿Por qué, siendo tan fácil y tan hermosa la justicia, se quejan de ti las criaturas y todo cuanto existe?

Los ferveres, al oír aquella imprecación, se alejaron en silencio, y refugiándose en una fría y desierta montaña, el justo y sábio rey se sentó á meditar sobre una roca, y, compadecido del mundo, rompió á llorar amargamente.

Sus lágrimas se helaban al caer, formando al pié de la montaña un criadero de diamantes.

II

Cuando Chemsid alzó los ojos, vió una anciana encorvada que recogía priedrecillas brillantes en el suelo. El rey enjugó sus párpados con su manto de púrpura, y contempló lleno de sorpresa aquella extraña aparición.

—¿Qué buscas, buena mujer, en esta soledad?—dijo el monarca.

—Estoy recogiendo tus lágrimas para hacer unos zarcillos á mi hija,—contestó la anciana con voz cascada y cavernosa; y levantándose, ostentó con gravedad una figura deforme, atlética y pesada.

Chemsid la miró fijamente, cada vez más admirado. El lino más blanco hubiera parecido oscuro al lado de sus cabellos iluminados por la luna: profundos surcos hendían su rostro desfigurado por el tiempo: los ojos hundidos y la boca desdentada, parecían hondas y oscuras cavernas: disformes corcovas afeaban su pecho y sus espaldas, y los pliegues de su falda arrastraban magistuosamente por el suelo.

—¿Cómo se llama tu hija?—preguntó el rey.

—Flor de Espuma.

—¿Quién es su padre?

—El invierno.

—¿Pues, quién eres?

—La montaña en cuya falda estás sentado; llorando las injusticias de Oromaces.

El asombro del rey persa iba en aumento: vió que, en efecto, la cabellera blanca de la anciana representaba las eternas nieves de su cumbre: los surcos y cavernas de su rostro tenían la apariencia de quebraduras y barrancos, y comprendió que debía ser tan antigua como el mundo.

—¿Puedo ver á la que ha de usar el zarcillo de mis lágrimas?—dijo Chemsid, no pudiendo vencer su curiosidad, cada vez más excitada.

—Ningun hombre la ha visto aun,—contestó la anciana: —¡prometes admirarla de lejos y en silencio, aunque te aturda su hermosura?

—¿Tan bella es?

—¿Se lo preguntas á una madre!

—Prometo contener hasta mi aliento. Vamos ya. ¿Dónde guardas á tu hija?

—En mis entrañas.

La anciana tendió al rey una mano áspera y fría como el granito, y subieron lentamente hasta la entrada de una cueva. Antes de pasar, dijo la madre poniendo el dedo en la boca en signo de silencio:

—Mi hija duerme, y para que no interrumpen su sueño, he alfombrado de nieve su palacio: todas las noches la doy un beso sin que sienta mis pisadas.

El rey temblaba de frío y de emoción contemplando las riquezas naturales de aquella hermosa gruta, alumbrada por dulces fosforescencias: de las cristalizadas bóvedas caían ricas colgaduras, festones y columnas de piedra trasparente. De pronto quedó inmóvil y suspeso: en un hueco de mármol negro, á manera de ornacina, había visto reclinada y dormida á Flor de Espuma.

Tibio rayo de luna, pasando por una claraboya, bañaba en luz el cuerpo de la niña: ni la piel del armiño, ni la pluma del cisne podían competir en blancura con su seno: su cabellera albina, suelta y ondulante, le daban la apariencia de una estatua derribada: la tentadora sonrisa de su rostro y el suave escorzo de su pecho, embelesaban los sentidos. Era una joya, un calado de marfil en un estuche de ébano; un sueño, una ilusión: era lo inmaterial, tomando forma á la vez provocativa y candorosa de mujer.

La anciana se acercó al lecho de puntillas, besó la frente de su hija, y luego, tomando otra vez la mano de Chemsid, le empujó contra su voluntad fuera de la gruta: al salir de la caverna le pareció á Chemsid que la luna no alumbraba, y en vez de estrellas, creyó ver manchas oscuras en el cielo.

III

—Tuyos serán mis palacios y tesoros,—decía el monarca á la anciana, si soy el esposo de tu hija.

—¿Qué son tus tesoros comparados con el oro, la plata y todos los metales que guardo entre mis rocas?—respondía la madre con orgullo.—Tengo mármoles y jaspes para fabricar una ciudad; y podría cargar de perlas cien camellos con las que depositó en mis profundas simas el Diluvio.

—Te alfombraré de púrpura desde la falda hasta la cumbre.

—Mi hija será de aquel que sólo adore en ella.

—Sólo á ella idolatro.

—No, que también adoras á Oromaces: destierra su

culto de tu alma, y ven á buscar tu esposa en esta cueva solitaria.

—Aparta, tentación,—dijo el santo y justo rey alejándose con precipitación de la montaña, y encaminándose tristemente á sus estados. Sonaron otra vez á su paso los ayes y lamentos, pero Chemsid no los oía: su espíritu estaba absorbido en el recuerdo y la adoración de Flor de Espuma.

IV

El monarca languidecía, Persia estaba en decadencia y el pueblo murmuraba.

—Señor,—decían los magos,—ya tu presencia no solemniza las ceremonias del templo. ¿Acaso ha disminuido tu piedad?

—¿Chemsid!—exclamaban los guerreros, golpeando con el cuento de sus lanzas las doradas puertas del palacio.—Tu enemigo Zoak amenaza la frontera: sigúenle tigres humanos, que rugen detrás de los escudos: sus caballos tienen crines y garras de león: en los hombros de los ginetes se agitan triples brazos que blanden récias picas, mazas y yataganes á la vez. Las hoces de sus carros talan ya nuestras tierras: los vedas infernales le protejen, y el huracán es su vanguardia. ¡Chemsid! Empuña ya las armas, monta en tu carroza y sal á combatir.

Pero el palacio no se abría, y de vez en cuando cruzaban por sus silenciosas galerías los servidores consternados.

Sólo una voz misteriosa é implacable repetía estas palabras, á las altas horas de la noche, en el aposento de Chemsid.

—¿Por qué siendo tan fácil y hermosa la justicia, se quejan de ti las criaturas?

V

Estakar, la ciudad soberbia y feliz, parecía olvidada por Chemsid. Bandadas de fugitivos inundaban sus cien puertas: familias sin hogar se agrupaban temblorosas y hambrientas en los pórticos de mármol. Los herreros, cansados de aguzar venablos y templar hierros de lanza inútilmente, dormían junto á los hornos apagados. A los gritos de guerra habían sucedido la cobardía y encogimiento del espanto, cuando Chemsid, saliendo al fin de su retiro, se encaminó al templo por entre la multitud que se prosternaba con respetuosa indiferencia.

Los sacerdotes se inclinaron, disponiéndose á hacer el sacrificio. El rey se acercó al ara; pero el fuego sagrado que ardía en el altar, en vez de dar calor á su semblante, produjo en sus mejillas la sensación de un soplo helado.

Los magos le pidieron licencia para empezar las ceremonias. El monarca respondió con voz terrible y aspecto extraviado:

—He venido á apagar para siempre el fuego del altar; en mi corazón ya no cabe el culto de Oromaces.

—¡Sacrilegio! ¡Sacrilegio!—repetieron en voz baja los magos alejándose del monarca. Y su voz, pasando de boca en boca y extendiéndose rápidamente por la ciudad, se convirtió en formidable clamoreo.

Mientras Chemsid derramaba impiamente el agua sobre el fuego del altar, y el vapor se elevaba en nube densa envolviendo al rey y á su aterrada comitiva, un horrible estruendo conmovió los cimientos del templo, haciendo temblar hasta las más sólidas columnas.

Las huestes de Zoak habían asaltado las murallas con salvaje gritería; la multitud horrorizada huía sin dirección, como río desbordado. ¡Al arma! ¡Al arma!—gritaban los guerreros.—¡Sacrilegio! ¡Maldición!—repetían atropellándose los habitantes consternados; las puertas saltaban al forcejeo de la multitud á cuya fuga se oponían; los cuerpos de los débiles servían de alfombra á los más fuertes; monarca, sacerdotes, guerreros, niños y mujeres, formaban una masa revuelta y agitada en la cual los soldados de Zoak hundían con bárbaro deleite los agudos hierros de sus picas.

VI

La cabeza, desnuda de su magnífica tiara, el rostro ensangrentado, destrozada la túnica real y perdido á girones el manto de púrpura en las uñas de las zarzas, llegó á la entrada de la caverna el monarca fugitivo.

Había perdido su Dios, sus tesoros, su reino y su renombre.

—Deidad hermosa,—dijo deteniéndose un momento ante el gran altar de piedra que formaba la montaña:—ya he consumado el sacrificio y soy tu esposo.

Y entró con resolución en la caverna.

El mismo rayo de luz se proyectaba con amor en el voluptuoso pecho de la hija de la montaña y el Invierno. Su sonrisa era más incitante, las pulsaciones de su seno más aceleradas.

Chemsid se acercó al lecho, y vió á su novia adornada con arracadas de diamantes, sintiendo á su proximidad la misma sensación de frío que al apagar el fuego del altar.

El monarca destronado se recostó sobre el seno de la hermosa y la quiso despertar con sus caricias.

Pero las blancas y ondulantes trenzas, el seno ebúrneo y el divino rostro de aquella belleza ideal, á la vez provocativa y pudorosa, se desvanecieron al contacto de Chemsid, como la ilusión ante la tosca realidad.

Flor de Espuma era de nieve y se deshacía entre sus brazos.

JOSÉ FERNANDEZ BREMON.

EL NIHILISMO.

Europa entera se preocupa con la actitud amenazadora, vengativa y revolucionaria del *Nihilismo* ruso. Constituido en vastísima asociación secreta, tal vez organizado por un sistema igual ó parecido al de los Carbonarios, está dando muestras de una energía y de un fanatismo de secta ca

paces de los mayores extremos. Ninguna asociación secreta anterior ha sido tan audaz: las *Trades-Unions* inglesas, cometieron asesinatos y atropellos inauditos, pero no anunciaban en periódicos clandestinos su propósito de cometerlos. Los culpables escapaban a la acción de la justicia, porque era imposible descubrirlos, hasta que en 1867 la comisión y subcomisiones nombradas para abrir una amplia información, concedieron pleno indulto a los que confesáran por completo su participación en aquellos crímenes, y se descubrió toda la verdad.

El *Nihilismo* ruso parece que ha querido imitar los procedimientos de los antiguos tribunales secretos de la Santa-Vheme, que tuvieron su origen en Westfalia, y de allí se extendieron en el siglo XIII a toda la Alemania; pero los francos-jueces de la Santa-Vheme contaban, indudablemente, con apoyos oficiales más ó menos encubiertos de que debe carecer el *Nihilismo*. Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que el socialismo ruso algún apoyo debe también encontrar en altas esferas sociales, cuando con tanta audacia ha emprendido una lucha á todo trance contra el Gobierno, empleando la imprenta clandestina, cuyos periódicos reparte con gran profusión, las proclamas amenazadoras que casi todos los días aparecen en las esquinas, las sentencias de muerte que sus llamados tribunales revolucionarios hacen llegar hasta las personas que quieren asesinar, y las ejecuciones sangrientas de estas sentencias que hasta ahora han conseguido realizar en numerosos casos y contra altos funcionarios públicos. De todos modos, es lo más probable que, una vez emprendida esta feroz lucha, el Gobierno extreme las medidas de represión, y que, tanto en el caso de triunfar como en el de ser vencido por una violenta revolución, tenga Rusia que modificar el papel que representa en la política europea.

Bajo este punto de vista, el conocimiento de las doctrinas y propósitos del *Nihilismo* ofrecen casi tanto interés como bajo el punto de vista de las ciencias económica y social.

El *nihilismo*, cuya doctrina es en España para muchos completamente desconocida, tiene, no obstante, sectarios aquí y en Italia, únicas naciones de la Europa occidental donde ha encontrado eco. Sí, el *nihilismo* existe, ó por lo ménos, ha existido, en España; y quizá su influencia no haya sido extraña á ciertos tristes acontecimientos que no quiero recordar. El *Nihilismo* es la rama ó secta más revolucionaria é intransigente de la Internacional; fué su fundador el difunto Boyardo ruso, Miguel Bakounine, es decir, un noble, con más de cinco mil duros de renta, de vasta instrucción, que poseía á la perfección los principales idiomas de Europa, y de palabra elocuente, sobre todo, para atraer y aun fascinar á las masas populares.

El *Nihilismo*, clasificado científicamente, es el *Colectivismo anarquista*; pero su nombre lo debe á un literato conservador llamado Tourgueneff, que en una novela intitulada «Padres é hijos» clasificó de nihilistas á los Colectivistas anarquistas, estos aceptaron este mote como los antiguos sublevados de Holanda el de *mendigos* y los revolucionarios franceses el de *descamisados*. (1)

La Internacional, fundada en Londres el año 1864 con el propósito de asociar á los operarios de Francia é Inglaterra, y después á los de cualesquiera otras nacionalidades que la aceptáran, tuvo por base de su doctrina la emancipación de la clase operaria de la llamada tiranía del capital, realizada por el esfuerzo de los mismos trabajadores. Nada había original en su programa ni en sus medios: las ideas eran, con escasas variaciones, las de las antiguas sectas socialistas; los procedimientos, al principio, tenían un carácter pacífico y propagandista. Ya en 1842 se quiso constituir una liga semejante entre los operarios franceses y los cartistas ingleses, quienes bajo la bandera de un programa esencialmente político, pretendían también reformas sociales; pero los cartistas fueron vencidos por los libre-cambistas, y desde el triunfo de la libertad de comercio, las *Trades Unions* inglesas se han limitado á organizar huelgas para obtener mejoras de salario, sin dejarse arrastrar por las ideas socialistas y revolucionarias que han agitado y agitan á los internacionalistas del continente.

Algunos partidos políticos quisieron al principio apoderarse de la dirección y aprovechar las fuerzas de la Internacional, sin conseguirlo. Después los *neo-hebertistas* franceses, dirigidos por Blanqui y Tridon, y que veían en ella un rival temible, procuraron inútilmente llevar el desorden á su primer Congreso general celebrado en Ginebra el año 1866. En este Congreso se notaron ya dos tendencias, la francesa, *mutualista*, según las ideas de Proudhon, y la de los *comunistas* alemanes, suizos, belgas é ingleses. Los franceses quisieron excluir de la asociación á todo individuo que no fuera operario; pero se opusieron los delegados de las demás naciones, y se resolvió que cada una obrara en este punto como mejor le pareciera. El notable economista Charles M. Limousin, dice á este propósito en una reseña histórica de la Internacional, que me sirve de guía: «Gracias á esta resolución del Congreso de Ginebra, la Internacional pudo acojer ó conservar en su seno á los seño-

res Karl Marx y Bakounine, que fueron los que la desviaron de su programa primitivo.»

El año 1868 en Bruselas el Sr. César de Paeppe, que había sido operario tipógrafo, después estudiante y, por último, doctor en medicina, derrotó en una discusión á M. Tolain, uno de los representantes de los operarios de París cuando se fundó la Asociación. Este último sostenía, conforme con Proudhon, la propiedad individual, y aún la pequeña explotación de la tierra, y aquél defendió el comunismo.

El año siguiente en Basilea triunfaron de nuevo los comunistas, apoyados ya por los colectivistas que dirigía el ruso Bakounine, que á sí mismo se denominaba «El bárbaro del Norte.»

Por no alargar este escrito omitiré el resumen histórico de varios Congresos, citando sólo las vacilaciones del Gobierno imperial en Francia, que después de alentar en cierto modo la formación de un nuevo grupo parisien, incoó un proceso contra el grupo mutualista ya existente, que terminó por imponer á cada procesado 100 francos de multa. Mientras se instruía esta causa, se formó otro grupo en que predominaba el comunismo, también procesado y condenados sus individuos á los mismos 100 francos de multa y además á tres meses de prisión. En ésta hicieron conocimiento y entablaron inteligencias con los hebertistas condenados por los sucesos del café de *La Renaissance* y con el general franco-americano Cluseret, y esta circunstancia quizás dá la clave de la intervención que varios de aquellos presos tuvieron después en los sucesos de la *Commune* de París.

Entre tanto Bakounine, á consecuencia de una reñida discusión en el Congreso de Berna, creó una institución intitulada *Alianza internacional de la democracia socialista*. Bakounine se proponía sustituir con esta Asociación á la *Internacional*, dándole un carácter decididamente demagógico y revolucionario, y si no consiguió por completo su propósito, por lo ménos dió origen con su cisma al nihilismo ruso. Bajo este punto de vista son curiosos y deben estudiarse los principales artículos de los Estatutos de la nueva sociedad, que decían así:

1.º La alianza se declara atea, quiere la abolición de los cultos, la sustitución de la fe por la ciencia y de la justicia divina por la justicia humana.

2.º Ante todo, quiere la igualdad política, económica y social de las clases é individuos de los dos sexos, empezando por la abolición del derecho de heredar, á fin de que en el porvenir el goce sea igual á la producción de cada uno, y que, conforme á la resolución acordada por el último Congreso de operarios en Bruselas, la tierra, los instrumentos del trabajo, como todo otro capital, venga á ser la propiedad colectiva de la sociedad toda entera, sin que pueda beneficiarse más que por los trabajadores, es decir, por las Sociedades agrícolas é industriales.

5.º Reconoce que todos los Estados políticos y autoridades actualmente existentes, reduciéndose de día en día á simples funciones administrativas de los servicios públicos en sus respectivos países, deberán desaparecer en la unión universal de las libres asociaciones, tanto agrícolas como industriales.

6.º La cuestión social, no pudiendo encontrar su solución definitiva y real, más que sobre la base de la *solidaridad* internacional y universal de los trabajadores de todos los países, *La Alianza* rechaza toda política fundada en lo que se llama patriotismo y en la rivalidad de las naciones.

Estos artículos no exponían todo el pensamiento de Bakounine; había además instrucciones complementarias para los iniciados rusos; pero Karl Marx, alemán, israelita, jefe ó guía de los internacionalistas comunistas alemanes y rival de Bakounine, las denunció en un opúsculo publicado en Londres. Para juzgar conviene traducir los siguientes párrafos de un escrito publicado por el mismo Bakounine, en Ginebra, el año 1869 y con el título de *Juicio popular*. «El fin del actual orden social, dice, y la renovación de la vida con ayuda de los nuevos principios no puede llegar más que por la *concentración de todos los poderes entre las manos de nuestro comité*, y la proclamación del *trabajo físico obligatorio para todos*.»

«Durante un cierto número de días fijados por el cambio revolucionario y los desórdenes que siguen inevitablemente, cada individuo deberá entrar en tal ó cual *Artel*, (asociación obrera) á su elección... Todos los que queden aislados y no se hayan agregado á los grupos de obreros sin razón suficiente, no tendrán ningún acceso ni á las *marmitas comunes*, ni á los *dormitorios comunes*, ni á no importa cuál edificio destinado á la satisfacción de las diferentes necesidades de los hermanos trabajadores, ó bien que almacenen los productos, los materiales ó las herramientas reservadas á las ramas de la sociedad obrera establecida. En una palabra, aquel que, sin razón suficiente, no se haya adherido á un *Artel*, quedará sin medios de existencia. Todos los caminos, todos los medios de comunicación le serán cerrados, no quedándole otra elección que el trabajo ó la muerte.»

Parece imposible que estas ideas procedan de un hombre en sana razón y más imposible aún que den impulso y vida á la formidable sociedad secreta de los nihilistas; pero todavía no está completo el cuadro; oigamos al citado Mr. Charles M. Limousin, que se encargará de instruirnos de lo que resta; dice así:

«Viene enseguida el catecismo revolucionario

redactado por Bakounine, y de que era detentor Neichatéf su discípulo, y cuyo proceso hizo ruido hace algunos años. Como se va á ver, M. Bakounine, era digno de entenderse con los Hebertistas que aprobaban los procedimientos de la Inquisición: el mismo se apropia la divisa *perindé cadáver*. Véase en efecto lo que contiene el catecismo revolucionario.»

«§ 1. El revolucionario es un hombre consagrado. No tiene intereses personales, ni sentimientos, ni afecciones, ni propiedades, ni siquiera un nombre. Todo lo absorbe en él un sólo interés exclusivo, un sólo pensamiento, una sola pasión: la revolución.»

«§ 2. En la profundidad de su sér, no solamente en palabras, sino de hecho, ha roto todo lazo con el orden civil y con el mundo civilizado todo entero, *con las leyes*, las conveniencias, *con la moralidad* y las convenciones generalmente reconocidas en este mundo. Es su enemigo implacable, y si continúa viviendo en este mundo, no es más que para destruirle con mayor seguridad.»

«§ 3. Un revolucionario desprecia todo doctrinarismo y renuncia á la ciencia de este mundo, dejándola para las generaciones futuras: no conoce más que una ciencia, la destrucción: para esto, y nada más que para esto, estudia la mecánica, la física, la química y puede ser que la medicina. Con el mismo objeto estudia noche y día la ciencia viviente; los hombres, los caracteres, las posiciones y todas las condiciones del orden social actual en todas las esferas posibles. El objeto siempre es el mismo, la destrucción más pronta y más segura de este orden de inmundicias (Poganyi).»

«Es preciso limitarse, añade Mr. Ch. M. Limousin, porque este volumen entero se llenaría de esas repugnantes locuras, así acumuladas las unas sobre las otras desde aquella en que declara que «la Asociación empleará todos sus medios y todas sus fuerzas para agrandar y aumentar los males y las desgracias que deben apurar la paciencia del pueblo y excitarle á una sublevación en masa,» hasta el pasaje en que dice: «Debemos unirnos al mundo aventurero de los bandidos, que son los verdaderos y únicos revolucionarios de Rusia.»

«La misma opinión, relativa á los bandidos, se repite en el llamamiento á los estudiantes rusos: «siguiendo la vía que nos ha trazado el Gobierno expulsándonos de las Academias, arrojémonos, hermanos, todos juntos, en el pueblo, en el movimiento popular, en el tumulto de los bandidos y los campesinos...»

«Es el mismo partido político-socialista, ó, para designarle por su nombre, el partido *nihilista*, de que M. Bakounine es el gran maestro, y que decía en un manifiesto á los campesinos: «Sus ciudades están tan bien fortificadas, que nos es imposible atacarlas á ménos de lanzar sobre ellas el *gallo rojo*. (El incendio).»

«En el programa de *La Alianza internacional socialista secreta*, se lee: «El objeto de la revolución no puede ser más que A. La demolición de todas las potencias y de todos los poderes religiosos, monárquicos, aristocráticos y de la clase media en Europa. Por consecuencia, la destrucción de todos los Estados actualmente existentes con todas sus instituciones políticas, jurídicas, burocráticas y fiscales. B. La reconstitución de una nueva sociedad sobre la única base del trabajo libremente asociado» (se ha visto más arriba qué extraña libertad sería ésta) «tomando por punto de partida la propiedad colectiva, la igualdad y la justicia.»

«En el programa de los *Hermanos internacionales*, segunda sociedad secreta en el seno de otra primera igualmente secreta, se dice: nosotros comprendemos la revolución en el sentido del desencadenamiento de lo que se llama las malas pasiones y de la destrucción de aquello que en el mismo lenguaje se llama orden público.»

«Nosotros no tememos de ningún modo; nosotros invocamos la anarquía.»

«La revolución, tal cual la entendemos, deberá desde el primer día, destruir radical y completamente el Estado y todas las instituciones del Estado: las consecuencias naturales y necesarias de esta destrucción serán: A. La bancarrota del Estado; B. la cesación del pago de las deudas privadas por la intervención del Estado, dejando á cada deudor el derecho de pagar las suyas si quiere; C. la cesación del pago de todo impuesto y de la recaudación de todas las contribuciones sean directas ó indirectas; D. la disolución del ejército, de la magistratura, de la burocracia, de la policía y de los presbíteros; E. la abolición de la Justicia oficial, la suspensión de todo lo que jurídicamente se llaman derechos y del ejercicio de estos derechos. Por consecuencia, abolición y *auto de fé* de todos los títulos de propiedad, testamentos, escrituras de venta, de donación, de todos los procesos;—en una palabra,—de toda la papelería jurídica y civil. Para todo y en todo, el hecho revolucionario sustituyendo el derecho creado y garantido por el Estado; F. la confiscación de todos los capitales productivos é instrumentos del trabajo en provecho de las Asociaciones de trabajadores que deberán hacerlos producir colectivamente; G. la confiscación de todas las propiedades de la Iglesia y del Estado, y asimismo la de los metales preciosos de los individuos en provecho de la alianza *federativa* de todas las asociaciones de operarios, alianza que constituirá la *Commune*. En cambio de los bienes confiscados, la *Commune* dará lo estrictamente necesario á todos los individuos así despojados, quienes podrán más tarde con su propio trabajo, ganar más si pueden y quieren.»

(1) De un artículo escrito en Lugano por un nihilista, publicado por *La République française* de 23 de Marzo último, y reproducido por el *Journal des Economistes* del presente mes.

«¿Quién es el hombre que emplea semejante lenguaje? Se pregunta Mr. Limousin. ¿Es acaso un desgraciado que no ha conocido de la sociedad más que sus rigores? ¿Es tal vez uno de esos bandidos que elogia?...»

«No, es un caballero ruso y que está orgulloso de serlo, es un hombre instruido en una Universidad alemana que habla cuatro ó cinco idiomas.»

«Esta circunstancia, añade, me parece revelar dos fenómenos sobre los cuales me permito llamar la atención de los economistas; el primero es que las ideas de destrucción completa de las sociedades, de transformación radical hacia la que tienden frecuentemente las poblaciones de operarios, no provienen de éstas, sino que les han sido inspiradas por hombres pertenecientes á las clases instruidas, y algunas veces ricas, de la sociedad. Toda la historia de la Internacional está contenida en este fenómeno.»

«El segundo fenómeno que me parece resultar de las doctrinas de Bokounine es, que respecto á las razas, lo mismo que respecto á los individuos, la transformación no se hace de la noche á la mañana. A los rusos, aunque reciban una educación completamente igual á la de los occidentales, les queda un fondo de barbarie que sólo puede desaparecer con el tiempo. ¿Qué individuo originario de la vieja Europa osaría formular doctrinas semejantes á las que acabo de resumir, y éstas en nombre del progreso social?»

A estas observaciones de Mr. Limousin me permitiré añadir, que si repasamos la historia antigua de las sectas y religiones, y especialmente las del paganismo, encontraremos siempre á hombres ilustrados haciendo creer á las muchedumbres sencillas é ignorantes las más inverosímiles historias de los dioses, los más absurdos milagros y los más ridículos oráculos, con cuyos milagros han explotado sus fuerzas para establecer las más insostenibles tiranías y las explotaciones más indignas.

Por otra parte, uno de los medios más frecuentes, y aunque sumamente peligroso, de los más eficaces para reaccionar la opinión en favor de las viejas tiranías, de los antiguos abusos y contra la revolución liberal moderna, consiste en extremar los procedimientos revolucionarios conduciéndolos por el camino de la más desenfadada, sangrienta y temible demagogia.

Distínguese el *Nihilismo* ruso de las demás ramas comunistas de la Internacional, en que quiere la destrucción del Estado, mientras que las sectas de Karl Marx y Lassalle pretenden conservar el Estado haciéndole dueño de todos los capitales muebles é inmuebles.

Los absurdos y contradicciones de estos sistemas, se comprenden á la simple lectura de sus programas; todos, incluso los mutualistas, desconocen, no ya la superioridad, sino hasta la utilidad del trabajo intelectual. Cuando más, le materializan denominándole trabajo nervioso: unos y otros persiguen una igualdad económica y social, contraria á la naturaleza del hombre, contraria á todas las leyes de la vida y del movimiento universal, y, por tanto, de todo punto irrealizable: unos y otros desconocen que el capital es producto de un trabajo anterior, idéntico en su esencia al producto del trabajo presente, y que el despojo hecho al capitalista es un crimen idéntico al despojo del fruto que obtiene el operario.

Partiendo de un hecho verdadero, pero considerado de una manera incompleta, del hecho de que el hombre es un ser social, de que todo en el universo tiene cohesión y enlace y de que la vida ó el movimiento que la revela no podría realizarse si se rompiera su grandiosa unidad, desconocen la existencia de la independencia individual, moviéndose á su vez, contribuyendo en virtud de su propio esfuerzo y guiada por sus propias necesidades á la armonía magestuosa de aquella gran unidad. Por una parte, los socialistas desconocen y niegan las leyes naturales del orden de la producción, y por otra parte, tienen la soberbia de creerse superiores en inteligencia á la misma naturaleza, cuyos procedimientos quieren mejorar y corregir: niegan al individuo para afirmar la sociedad que deducen de una ley natural, y por una contradicción absurda, niegan después las leyes naturales del orden social y afirman el individuo sobre la sociedad cuando se creen capaces de corregirla, imponerla sistemas y procedimientos, considerando á sus propias é individuales personalidades como seres dotados de la inmensa superioridad que es necesario poseer para reformar todo el orden social.

Los socialistas son la extrema izquierda de los partidos autoritarios como en el orden político los doctrinarios son la derecha, y los absolutistas la extrema derecha á quienes en el orden económico corresponden los proteccionistas y prohibicionistas. Unos y otros socialistas y autoritarios pretenden la absorción del individuo por el Estado.

Frente á frente del socialismo y del comunismo en todas sus formas, desde la forma sencillamente proteccionista hasta la demagógica nihilista, solo existen los economistas y políticos liberales, los que defienden y sostienen los derechos individuales tratando de limitar las atribuciones del Estado á la función de garantizar el derecho ó la libertad de los individuos.

El artículo de un nihilista ya citado é inserto en «*La Revolution Française*» demuestra que el programa actual de los nihilistas rusos no ha cambiado nada desde el fallecimiento de Bakounine. Únicamente merece especial mención un párrafo que se refiere á la familia y que dice así:

«La abolición del matrimonio como institución religiosa, política y civil, hace surgir la cuestión de la educación de los niños. Su mantenimiento á partir del momento en que sea conocido el embarazo de la madre hasta su mayoría de edad, su educación y su instrucción iguales para todos y en todos los grados, desde la escuela primaria hasta los desenvolvimientos más elevados de la ciencia en las escuelas superiores-científicas, industriales al mismo tiempo, y preparando al hombre lo mismo para el trabajo muscular que para el trabajo nervioso, deben estar á cargo de la sociedad.»

Tenemos á los *nihilistas* queriendo resucitar un sistema parecido al que Licurgo impuso á Esparta; pero se olvidan de que en todos los sistemas comunistas antiguos, la base ineludible era la servidumbre, envilecimiento y esclavitud de los trabajadores físicos que ahora suponen que van á enaltecer. Aprendiendo bien las clases operarias: todo sistema socialista entraña la muerte de la libertad individual, entraña la esclavitud, sin que jamás, jamás, lleguen á ese soñado ideal de igualdad que oponen á las escuelas económicas liberales, únicas capaces de ponerlas en condiciones de alcanzar el progreso, la mejora y la riqueza por sí mismos.

FÉLIX DE BONA.

INFLUENCIA

DEL ESTUDIO DE LAS CIENCIAS FÍSICAS EN LA EDUCACION DE LA MUJER.

A las lectoras de LA AMÉRICA.

Hay muchos que opinan (tal es la fuerza de la costumbre y el empuje irresistible de la masa social cuando va caminando en dirección determinada,) que la mujer no debe ocuparse en nada serio, grave é importante; que, bien al contrario, sólo las cosas fútiles y ligeras son dignas del bello sexo. Hablarle, por ejemplo, del elegante vestido, del prendido lleno de gusto, del magnífico terciopelo, tan excelente, que no se le ve la trama por mucho que se doble y por mucho que se mire al sol; hablarle del gró que no se arruga por más que se oprima y se oprima; hablarle, en fin, de paseos, de teatros, de placeres y de tantas otras cosas de esta importancia, ya es distinto, ya es aceptable; pero sin que en manera alguna se la pueda ni se la deba ocupar, según decía, en cosas graves, en cosas importantes, en cosas razonables!

Yo creo esta opinión, no sólo infundada, sino altamente ofensiva para vosotras, y voy á rechazarla enérgicamente en nombre de la justicia, de la verdad y de las nuevas ideas, que generosas y elevadas pugnan por regenerar á la mujer, fortificando su espíritu y desarrollando su razón.

La mujer es sentimiento, es poesía, es belleza, no lo niego; pero es también algo más: es un ser racional, es un ser humano, tiene un corazón que sabe latir, tiene ojos que saben llorar, tiene una frente purísima, tras de la que se oculta el pensamiento. La mujer, en una palabra, lo he dicho antes y lo repito ahora, es un ser racional, tan racional como el hombre, por más que en otros tiempos haya podido haber graves personajes que lo dudaran. Hoy es distinto: es cosa cierta y averiguada: podéis estar tranquilas sobre este punto: sí; la mujer es un ser racional; son seres racionales.

Sólo que en la naturaleza las cosas no son tan sencillas, tan fáciles, tan únicas como á primera vista aparecen: bajo la unidad, dentro de la unidad está la variedad. Así la materia, el barro humano es uno, es siempre barro, y sin embargo, cuando con ese barro humano se fabrica el hombre, ese barro es fuerza, es energía, es vigor; cuando con ese barro humano se fabrica la mujer, es belleza, es elegancia, es hermosura.

La sensibilidad es siempre sensibilidad, y, sin embargo, una cosa es la sensibilidad en el hombre, y otra cosa muy distinta es en la mujer. La sensibilidad en el hombre es pasión, pasión ardiente; la sensibilidad en la mujer es amor, amor purísimo.

La voluntad es una, es única; y, sin embargo, es doble, y se desdobra y se divide; y es en el hombre fuerza, energía, ímpetu, acción; y es en la mujer resistencia, sí, pero resistencia sublime para resistir dolores tales, que el hombre, ser fuerte é indomable, resistir no podría. Pues de igual suerte la razón, con ser siempre la misma, es también doble, y aún múltiple, por decirlo así. La razón, rayo de luz desprendido de la razón eterna, al llegar al barro y animarlo, se divide en dos rayos de luz, y penetra el uno, rojizo, ardiente, poderoso, bajo la bóveda misteriosa del cráneo del hombre; y penetra á su vez el otro, más bello, más transparente, más puro, más lleno de luz y de riquísimos colores, en la artística cabeza de la mujer.

Yo pudiera continuar estos ejemplos, pudiera citar otros muchos, y pudiera haceros comprender que siempre en la naturaleza, conservándose las cosas las mismas en su esencia, se dividen, se diversifican y tienen múltiples manifestaciones. Así la flor siempre es flor; y, sin embargo, ¡cuánta diversidad de flores no hay en las campiñas de nuestro planeta y en sus amenos y pintorescos valles! El agua siempre es agua; y, sin embargo, ¡cuántas formas afecta! Unas veces es cristalina fuente, otras cinta de plata que se desliza por la montaña, ya transparente lago, ya océano magnífico y espumoso.

El hombre siempre es el hombre, la esencia del hombre es siempre la misma; y, sin embargo, la

naturaleza, ¡cuántos ejemplares no presenta del sexo feo! La mujer siempre es mujer; y, sin embargo (no diré, como iba á decir, ¡cuántas hay!; podría la frase parecer poco respetuosa, poco galante; podría creerse que siento yo que haya tantas; no, seguramente; cuantas más haya tanto mejor; pero no podéis negarme que hay bastantes variantes dentro del género.)

De todo esto deduzco yo, de todo esto vengo á concluir que la razón humana es única, siquiera se manifieste de manera especial y propia en la mujer. La mujer, como el hombre, discurre, piensa, juzga, compara, analiza, sintetiza; ejerce, en fin, las múltiples y varias funciones de la razón humana. Luego todo lo que se refiere á la razón puede y debe ser comprendido por la mujer; luego no hay ciencia que sea, ni deba, ni pueda ser radical y terminantemente ajena al pensamiento femenino. No diré yo de qué modo ha de estudiar la mujer las ciencias exactas: ese es problema muy delicado, muy difícil; pero sea como quiera, confiemos que llegará día en que la mujer estudie, y estudie con tanto provecho como el hombre las ciencias exactas, y aún las haga progresar en determinada dirección, según las condiciones propias y peculiares de su fuerza creadora, de su fecundo ingenio.

Pero aún admitiendo (lo que no puedo admitir, y admitiré sólo hipotéticamente) que la ciencia sea superior á la mujer, que la ciencia no pueda ponerse en contacto con la mujer, que la inteligencia de la mujer no pueda penetrar los grandes problemas de la naturaleza, los grandes problemas del universo (y digo que acepto esto en hipótesis, pero que lo rechazo de todo en todo en la realidad): aunque esto fuera cierto, la mujer puede estudiar y puede ponerse en contacto con las ciencias, y con las ciencias más difíciles, más abstractas, y esto con gran provecho suyo. ¿Por qué? Porque la ciencia no es sólo el procedimiento, el método, el artificio humano para llegar al descubrimiento de la verdad; en la ciencia hay otra cosa, que es la verdad misma. Una cosa es el artificio, el método, el procedimiento para descubrir la verdad y la ley, y otra cosa muy distinta es la verdad misma, es la ley en su elevada pureza. Podrá tal vez (sólo admito esto hipotéticamente), podrá tal vez la inteligencia de la mujer no ser á propósito para comprender el procedimiento, el método, el artificio humano; pero siempre podrá sentir la verdad en sí misma, la ley en su esencia, porque la verdad y la ley son eminentemente bellas, son eminentemente poéticas, y hablan, no sólo á la razón, sino al sentimiento, á la poesía, al instinto de lo bello y al instinto purísimo de lo sublime.

Hé aquí, lectoras, un soberbio monumento arquitectónico; en él vereis, mientras la construcción dura, un andamiaje compuesto de maderas, de clavos y de cuerdas, y por todas partes manchas de cal, groseras piedras, toscos obreros. Pero cuando el andamiaje ha desaparecido, queda el monumento arquitectónico, con sus grandes líneas, con sus hermosas proporciones, con su artística belleza. Seguramente podéis dudar, podéis no saber cómo se levantó aquel edificio, podéis no conocer el procedimiento, el método, el artificio de la construcción; pero ya construido, podéis y debéis admirarlo, y será cosa natural, provechosa, que pongais en relación vuestro espíritu con aquella obra del humano ingenio.

Pues bien; con más razón, mil veces con más razón, podéis sentir la hermosura de la ley, la hermosura de las grandes verdades de la naturaleza, la belleza artística de la ciencia; porque la ley, la verdad y la ciencia son eminentemente bellas, eminentemente artísticas, eminentemente poéticas!

Pero voy todavía más lejos; no sólo la ciencia es accesible á la mujer como tal ciencia; no sólo puede ser sentida y de ella poseerse la mujer por la belleza de la verdad y la belleza de la ley, sino por razones aún más concluyentes y más elevadas, por el sentimiento eminentemente religioso que á toda verdad científica acompaña: es imposible estudiar una ciencia, sin ponerse en comunicación con lo infinito: con lo infinito, sí, que se pierde de vista en el espacio; que se pierde aún tras el potente vidrio del microscopio; sin ponerse en comunicación, repito, con esa fuerza sublime que palpita en la naturaleza y que eleva nuestra alma á los arcanos de lo desconocido, haciéndonos pensar que hay algo superior á las miserias terrestres, que hay algo superior á todo lo que nos rodea, á todo lo que es barro, á todo lo que es humano; que hay algo, en fin, que es infinito, que es eterno, que es imperecedero.

Por eso digo yo que la ciencia es accesible á la mujer bajo estos tres puntos de vista. Como ciencia, porque habla á la razón, y la razón de la mujer es razón; como arte, porque habla al sentimiento artístico y á la poesía; y además, porque habla al sentimiento religioso. Si quereis convenceros de esta verdad, y de que, en efecto, hay un gran sentimiento religioso en el fondo de toda verdad científica, leed un libro de Mr. Flammarion, que os recomiendo: se titula *Dieu dans la nature*, es decir, *Dios en la Naturaleza*; y allí vereis, al estudiar las grandes leyes del universo, que hay siempre en ellas regularidad, orden, peso, medida, número, y que este armónico conjunto hace brotar en el alma un elevado y purísimo sentimiento. Allí vereis que en el fondo de todas las grandes maravillas de la naturaleza que nos rodean, en la fuente cristalina, en el insondable mar, en el azulado

cielo, en el coronamiento de nieve, en el rojizo celaje, en el insecto, enve, en la materia muerta, como en la papilión de la aavía, está escrito, con sublimes signos el nombre de un sér organizador, soberano, potente, que rige todos estos magníficos y variados movimientos, que da vida y sublimidad á estos grandes cuadros.

Pudiera acudir á la filosofía, á la metafísica, á la psicología y á tantas otras ciencias para demostrar las tres proposiciones que acabo de decir: pero no acudiré á ninguna de ellas, ni siquiera á la historia, en que tantos ejemplos insignes pudieran encontrar. Acudiré á otro procedimiento más sencillo, más nuevo, aunque no sé si me dará resultados; me valdré de ejemplos, predicaré con el ejemplo. Os voy á explicar en breves palabras, en brevísimas frases (porque sobradamente voy molestando vuestra atención), unas cuantas teorías de la física moderna, de las más elevadas, de las más profundas, de las más difíciles, de las más trascendentes; os voy á explicar lo que son el sonido, la luz, el calor, la electricidad, el magnetismo y tantos y tantos otros fenómenos del universo. Y cuenta que si no logro hacerme entender, si no me comprendéis, no será culpa vuestra, sino culpa del maestro; será por falta de claridad, orden y método en mí, no por falta de inteligencia en vosotras. De todos modos, pues, mi tesis quedará demostrada; si consigo que me entendáis, porque me habéis entendido; si no me entendéis, porque la culpa será mía, exclusivamente mía, y la tesis quedará en pie ante vosotras; en pie respetuosamente, como debe estar ante concurso tan digno de respeto.

Os voy á explicar, repito, lo que son la luz, el sonido, el calor, etc. Tal vez me digáis: «¿para qué explicarnos eso, si lo sabemos perfectamente? Luz es la que brota de nuestros ojos; sonido, el que brota de nuestros labios; calor, el que sentimos en las mejillas cuando el rubor acude á ellas.» Es verdad, no lo niego, no tengo nada que explicar: por eso lo único que he de hacer será poner ante vosotras un espejo para que en ese espejo os mireis. Procedimiento muy natural tratándose de la naturaleza y de vosotras, porque puedo deciros con verdad que hay grandes puntos de contacto entre la naturaleza y la mujer: la naturaleza también es un tanto presumida, gusta de mirarse donde encuentra un pedazo de cristal, ya se lo ofrezca la pura fuente, ya el tranquilo lago, ya el mar inmenso en azulada superficie; y cuando así se mira (y en esto se parece á vosotras), en el Océano, como en cristalino espejo, creedme, se encuentra hecha un cielo.

Digo, pues, que voy á explicar qué son el sonido, la luz, el calor, etc., y para ello cumplo mi palabra: tomo un espejo. Imaginad un estanque, no el del Retiro, que es sobradamente prosaico, sino un estanque azul, ó, dicho con más poesía, un lago puro, transparente, tranquilo; imaginad que está rodeado de verdes praderas, que forman como un bellissimo marco de esmeralda. (En rigor, para mi demostración no necesito ni la pradera ni el marco; pero así resultará más bonito.) Imaginad en la orilla de ese estanque un rosal, y suponed que una de las rosas, doblando su tallo y atraída por la frescura del agua, viene á sumergirse en ella. La cosa no es difícil hasta ahora: un lago puro, transparente, etc., etc.; un marco verde de esmeralda, de puro lujo, y la rosa que se sumerge en el agua. Imaginad que arroja una piedrecilla al agua de ese lago. ¿Qué sucede? Sucede lo que ya sabéis y habréis visto mil y mil veces: que alrededor del punto donde arrojásteis la piedrecilla habrá agitación, habrá movimiento, nacerá una ola, un círculo de plata, una onda acuosa, que se irá engrandeciendo, ensanchando y dilatando, y que al fin vendrá á conmover dulcemente la rosa que se sumerge en la linfa del lago. ¿Habéis comprendido esto? No es muy difícil. Pues si habéis comprendido esto, habéis comprendido lo que es el sonido, la luz, el calor, y tantas otras teorías de las más difíciles de la física: hé aquí una ciencia pronto aprendida.

Y no es esto una vana imagen: si tuviera tiempo; si me atreviera, que no me atrevo, á molestar vuestra atención, os demostraría que todos los fenómenos de la física, ó muchos de ellos, vienen á reducirse á este fenómeno elemental, sencillísimo, primitivo. Imaginad, en efecto, que pulsais la cuerda de un arpa: alrededor nacerá y crecerá una onda de aire, una esfera vibrante; la vibración de la cuerda se esparcirá por el espacio; y así como por el choque de la piedrecilla que se arroja en el lago las aguas se conmueven, y poco á poco se va extendiendo y engrandeciendo el círculo del movimiento, ó sea la vibración acuosa, así alrededor de la cuerda del arpa se extenderán las esferas de la vibración aérea: esferas que, llevando en suspenso, como misterioso sér alado, las vibraciones musicales, transmitirán el sonido á todos los puntos del espacio hasta llegar á vosotras; y vosotras os conmoviereis dulcemente al contacto del sonido melodioso, como la rosa del lago se conmovió al llegar á ella el bello círculo de plata que por el lago se extendía, porque bien habréis comprendido que vosotras sois, y no podáis menos de ser, la rosa de mi ejemplo.

¿Qué es, pues, el sonido? No es más que la vibración que se extiende, que crece, que toma forma geométrica, que es esfera de vibración, y de esta suerte viene á conmover nuestro sér. Si yo pudiera, si yo tuviera tiempo, os haría comprender la diferencia que existe entre unos y otros sonidos, porque hay sonidos altos y sonidos bajos,

que es lo que se llama intensidad del sonido, cual es el misterio físico, geométrico, mecánico de la melodía. Os podría explicar aún en términos claros, sencillos, evidentes, geométricos qué es lo que se llama armonía; os haría ver que, así como arrojando diversas piedrecillas en el estanque se forman alrededor de ellas muchas olas, muchos círculos que se cortan, y se tocan, y se unen, y se separan, y forman multitud de figuras geométricas de contornos extraños, de caprichosas labores, de rosas fantásticas en la superficie ántes serena del lago, así alrededor del instrumento musical se forman, se cruzan, se cortan, se dividen, se confunden esferas sonoras que, por decirlo así, pintan, dibujan, trazan en el espacio aquella misma música que viene á regalar nuestros oídos con sus divinos y maravillosos acordes, con su prodigiosa y sublime armonía.

Hay, pues, una relación inmediata, profunda, entre los movimientos combinados y la armonía, entre el movimiento y el sonido. Y esto que digo del sonido, lo pudiera decir de la luz. Mas para explicaros qué es la luz, necesito hablaros dos palabras de lo que es el éter. Existe en la naturaleza una cosa que se llama éter, pero no creáis que es ese líquido á que acudís cuando estais atacadas de los nervios; es otra cosa. Es un fluido elástico, eminentemente sutil, un vapor que nadie ha visto, que nadie ha tocado; un aire, una especie de gas semi-espiritual; y, sin embargo (creedme bajo mi palabra, que soy incapaz de engañar á nadie), este éter existe, ocupa el espacio infinito, extendiéndose por do quiera, penetrando por todas partes. Pues bien, ese fluido semi-espiritual, ese vapor, ese aire, al vibrar, da origen á la luz. La vibración del éter es la luz, como la del aire es el sonido, como la del agua del lago es la ola, el círculo, la forma geométrica que en el lago se dibujaba.

¿Quién pone en movimiento el éter? El cuerpo que arde: la bujía que usais, el mechero de gas que veis en la calle, el rayo de luna en las noches tranquilas... en que hay luna, el sol que brilla en el espacio; y así, la bujía, el mechero de gas, la luna, el sol, son cuerpos vibrantes, son las cuerdas del arpa, son la piedrecilla que arrojamos en el estanque. Allí nace la vibración, la agitación, el movimiento, y alrededor de cada uno de esos centros luminosos se extiende la esfera de vibración del éter; y así como alrededor de las cuerdas del arpa se manifiestan y se extienden las esferas de las vibraciones sonoras, así las esferas que crecen alrededor del sol, y que á su alrededor se extienden, y se extienden en los ámbitos del espacio, llegan á nuestro planeta, iluminan las montañas, iluminan los valles, y van llegando á todas partes, y llegan á vosotras, y ¡mirad qué atrevidas! penetran al través del limpio cristal de vuestros ojos y despiertan en el fondo de vuestra retina la impresión luminosa.

Ya veis qué perfecta armonía, qué estrecha relación existe entre todos estos fenómenos y otros muchos de que os pudiera hablar; relación perfecta, admirable, matemática; porque así como ántes os hablaba de notas musicales, de melodía y de armonía en el sonido musical, pudiera hablaros de las notas, de la melodía y de la armonía de la luz. Lo que son notas en la música, ¿qué es en la luz? Son los colores, el azul, el verde, el amarillo, el anaranjado, todos los colores del iris, verdaderas notas musicales de esa sublime gama del espacio. Todos ellos son, con relación á la luz, lo que las notas de la escala musical con relación al sonido. También hay armonía en el cielo, orquestas sublimes y sublimes sinfonías.

¿Habéis visto alguna puesta de sol; aquel mar de fuego, aquellos esplendores indescriptibles, aquellos cortinajes de grana, aquellos flecos magníficos de oro, aquellos rayos de plata, toda aquella sorprendente combinación de colores? ¿Sabéis qué es eso? No es otra cosa que una orquesta en el cielo, que una sinfonía en el espacio, que una magnífica inspiración del Morzat de los cielos, con que despierte al sol que se pone, ó con que saluda en la alborada al sol que nace.

¿Qué es el calor? No tengo tiempo para explicarlo; pero os diré que es la misma vibración, el mismo movimiento de las moléculas que constituyen la materia; porque en la naturaleza, en lo que es materia (no me refiero para nada á las altas cualidades del alma, á la excelencia del espíritu; no me atrevo á llegar á esa región; sólo me ocupo de los fenómenos materiales); porque en la naturaleza, repito, la mayor parte ó casi todos los fenómenos se reducen á movimientos, á vibraciones; pero acompasados, regulares, y sujetos á ley, número, peso y medida. Todo vibra en la naturaleza, todo se agita, y podría deciros para valerme de comparaciones familiares, pero en confianza, sin que lo oigan los hombres, y sin que tampoco os sirva de estímulo, que la naturaleza no es otra cosa que un inmenso ataque de nervios.

Ya veis, pues, que la ciencia no es tan áspera, tan repulsiva, tan seca, tan prosaica como se imaginan algunos, no; la ciencia es reservada, es severa, es pudorosa, es virginal; la ciencia no la halla el que la busca á la ligera; tiene espinas, como la rosa, para quien quiera cogerla al paso; la ciencia es sólo para aquel que por ella se sacrifica, y se quema la frente con el pensamiento, y se abraza los ojos sobre el libro, y se purifica el corazón y la rinde perpetuo culto, y pasa horas y horas, y días y días entregado á esa oración sublime que se llama estudio; porque el estudio profundo, intenso, puro, es como una oración al Dios de lo creado: la ciencia es buena, es tierna, es amorosa, sólo que

no se entrega á la ligera al primer amor que la solicita; ejemplo digno de imitación, lectoras!

Y voy á concluir indicando una idea que varias veces he presentado ya. La ciencia, cuando sanamente se la estudia, cuando puramente se la considera, es religiosa, es eminentemente religiosa. Todos esos soles esparcidos por el espacio, y todos esos magníficos globos de fuego, son como lirás gigantescas que con vibraciones de fuego y de luz cantan la gloria de su Dios. Y alrededor de cada uno de esos magníficos astros, como alrededor de la piedrecilla arrojada en el estanque del rosal, nacen ondas de luz, esferas sublimes que, vibrantes, llevan la armonía por los espacios que los inundan de celestiales conciertos, y que cantando siempre la gloria de su Hacedor, se pierden inmensas en las profundidades infinitas del cielo.

JOSÉ ECHEGARAY.

LOS RESTOS DE COLON.

Véase ahora cómo todas las noticias históricas relativas al lugar en donde se guardaban los restos de Cristóbal Colon, se hallan plenamente confirmadas en el siglo XVIII por una tradición constante é invariable, según la cual yacían en un sepulcro situado á la derecha del altar, ó sea, al lado del Evangelio en el presbiterio ó capilla mayor de la iglesia catedral de Santo Domingo; y véase asimismo con cuánta fidelidad recuerda la tradición los precedentes que nos guían y conducen á la sepultura de su hermano Bartolomé, á quien, por ser la segunda persona en la empresa del descubrimiento, conquista y población de la isla, corresponde en rigor el lado de la Epístola, ó sea, el segundo lugar en el panteón de la familia.

El sínodo diocesano de 1683 es el primer documento auténtico de que la Academia tiene noticia, en el cual se invoca el testimonio de la tradición para probar que los huesos de Cristóbal Colon estaban en una caja de plomo en el presbiterio de la catedral al lado del Evangelio, y al de la Epístola (dice) los de su hermano D. Luis. Los certificados de Nuñez de Cáceres y Galvez al Sínodo se refieren; mas no sin corregir el descuido ó inadvertencia del redactor del capítulo en cuanto al nombre. Confundió el de D. Cristóbal, nieto del primer Almirante, con el del abuelo, mostrando que estaba poco versado en la genealogía de los Colones.

En efecto, nunca tal D. Luis Colon, hermano del primer Almirante, existió en el mundo; y así Nuñez de Cáceres y Galvez, salvando el error padecido, pues era notorio, escribieron D. Bartolomé.

El Rdo. Obispo de Oropesa cuenta que «habiéndose procedido á la composición de la catedral, quitado el piso, se encontró á la izquierda del presbiterio una cajita de plomo con restos de un cadáver, y esta inscripción: «El Almirante D. Luis Colon, duque de Veragua, marqués de...» (1)

Con misterio se pretende haber sido casual el descubrimiento, cuando tan fácil era tocar con la mano la sepultura, y aun dirigirse con los ojos cerrados á ella; y el Padre Cocchia mejor que nadie, pues siendo tan versado en la lectura del libro de Mr. Moreau de Saint Mery, muchas veces habrá fijado la vista en el pasaje siguiente. «Fuera de la peana del altar mayor, á la derecha é izquierda, reposan en dos urnas de plomo los huesos de don Cristóbal Colon y los de D. Luis, su hermano» (2).

¡Peregrino descubrimiento! A la mano tenía el Padre Cocchia el pasaje referido, en el cual se le marcaba el itinerario que debía seguir hasta encontrar los restos de D. Luis Colon. Atribuirlo á la casualidad es rara modestia.

Este descubrimiento casual, cuya fecha no está averiguada, porque según los periódicos de Santo Domingo ocurrió en los últimos días del mes de Junio, según el Padre Cocchia el 1.º de Setiembre del año pasado, dió fuerza á la tradición de la existencia de las cenizas del Almirante en la Catedral, y avivó los deseos del Rdo. Obispo de proceder á nuevas investigaciones, como si tuviese algo que ver (dice un crítico desde Caracas) la tumba del abuelo con la del nieto. Un error tan voluntario encierra algun misterio. Y volviendo á los restos de Cristóbal Colon que la Academia no ha perdido un momento de vista, resultan dos periodos distintos en la historia póstuma del descubridor del Nuevo Mundo, el primero abundante en documentos de los siglos XVI y XVII, y el segundo en que, á falta de pruebas directas, cobra fuerza la tradición.

Mr. Moreau de Saint Mery, cuya curiosidad quedó mal satisfecha con el testimonio de los canónigos Nuñez de Cáceres y Galvez, «edujo una consecuencia viciosa que extravió el curso de la opinión. «Tales son las únicas pruebas (dijo) del glorioso depósito que esconde la Iglesia Primada de Santo Domingo, bien que rodeadas de una especie de tinieblas, pues no se podría afirmar cuál de las dos cajas contiene las cenizas de Cristóbal Colon...» (3)

De la atrevida afirmación, tales son las únicas pruebas, derivaron otros escritores consecuencias que no se compadecen con la verdad según la historia, á saber, que la tumba de Cristóbal Colon cayó en profundo olvido; que era ignorado el lugar donde descansaban sus huesos, y hasta se puso en duda si estarían en la catedral de la Isla Española, porque la noticia no tenía otro fundamento que la tradición. M. Moreau de Saint Mery no fué tan allá, pero no todos imitaron su prudencia.

Si M. Moreau de Saint Mery hubiese podido consultar los documentos de los siglos XVI y XVII, que se citan en este Informe, no habria vacilado un instante en per-

(1) Pastoral, pág. 9.

(2) Description topographique, tomo I, pág. 125.

(3) Description topographique, tomo I, pág. 129.

suaudir á sus lectores que el sepulcro de Cristóval Colon, arrebatado á los ojos del público por las nuevas paredes del templo, estaba en la capilla mayor ó presbiterio de la catedral, al lado del Evangelio.

La luz de la tradicion, en todo conforme con las pruebas que arrojaban documentos fidedignos, condujo á don Gabriel de Aristizábal á la bóveda en donde se hallaban los restos del grande Almirante, para exhumarlos y trasladarlos á la Habana en 1795. Ahora pretenden el reverendo obispo de Orope y algunos escritores de la República de Santo Domingo, que aquellos despojos de la muerte no eran reliquias de Cristóval Colon, sino de otra persona de su familia, y se esfuerzan en probarlo oponiendo una tradicion dominicana á la tradicion española.

Cuentan «que en la época de la traslacion, un fraile ó canónigo enemigo de ella habia logrado sustraer los restos de Colon, sustituyéndolos con otros, que fueron los que condujeron los españoles á la Habana.» La omision de los nombres y circunstancias de los autores del fraude, la vaga indicacion de su estado; un arzobispo acompañado del cabildo catedral, víctimas de la superchería; los apoderados del duque de Veragua que no profesan; las autoridades civiles y militares, presentes al acto de la exhumacion, que no dudan ni vacilan; un engaño tan torpe y rudo que pasa á la vista de todos inadvertido, raya en los límites de lo absurdo y aún de lo imposible. Es tan ridícula la conseja, que un escritor dominicano la desecha por absolutamente improbable (1). El tejido de la fábula es grosero. Nadie ignora cuán celosos fueron siempre y son hoy mismo los cabildos eclesiásticos por la conservacion y defensa de sus derechos y prerogativas; y valdria la pena averiguar con qué título ó en virtud de qué excepcion un fraile oscuro (pues no consta siquiera la Orden á que pertenecia), gozaba el privilegio de gobernar la Iglesia-catedral de Santo Domingo con autoridad superior á la del Cuerpo capitular; y asimismo daría la Academia por bien empleado el trabajo invertido en poner en claro si fué un fraile ó un canónigo el autor del engaño, y el nombre de uno y otro para desvanecer sospechas; pero es un pleito largo que deben ventilar entre sí los escritores dominicanos.

Segun distinta version, parece que un tal Bobadilla reveló á su pariente D. Carlos Nouet, cuya pluma se ejerció en esta controversia, que los restos de Colon estaban allí (en 1861) en la catedral, en el presbiterio, al lado del Evangelio. «Los españoles creyeron llevarse á Cristóval Colon, y se llevaron á su hermano D. Bartolomé ó á su hijo D. Diego, y creo que fué este último.» Subiendo hasta el origen de la confidencia, citaba como autoridad á un canónigo de cuyo nombre no estaba seguro, no obstante la calidad de notario de la curia eclesiástica de Bobadilla. El escritor dominicano agradeció la peregrina revelacion, y por razones que se reserva, recomendó á su pariente guardarse el secreto. (2)

Un canónigo contemporáneo, cuyo nombre se olvida, un solo depositario de la noticia; el misterio de que se la rodea; el vano efugio de error cometido en 1795, el temerario empeño «de contradecir un hecho histórico consignado en documentos oficiales,» apoyándose para ello en la fe nunca admitida de un personaje anónimo; el fingido candor con que se mezcla el nombre de D. Bartolomé en el acto de la traslacion, como si no fuese cosa olvidada de pura sabida, que si sus cenizas estaban en el presbiterio, debian buscarse en el lado de la Epístola y no en el opuesto del Evangelio, todo denota una trama mal urdida que no resiste al más ligero exámen.

¿Y qué decir de D. Luis Cambiaso, cónsul del rey de Italia en Santo Domingo, tan fácil de persuadir, que segun D. Carlos Nouet, «fué de los que más crédito dieron á sus palabras ó hizo suya la creencia?» (3) Esta fe ciega, obedeció á un secreto impulso, á un plan preconcebido que sucesos posteriores revelan, y la critica arranca de la oscuridad y expone á la luz del dia? ¿Y qué pensar de un reverendo Obispo, obligado en razon de su sagrado ministerio á profesar siempre y en todo la pura verdad, y sin embargo, acusado hoy de culpable ligereza, porque en su carta pastoral de 14 de Setiembre de 1877 afirma sin cautela que todavia, despues de la traslacion de los restos del descubridor del Nuevo Mundo á la Habana, quedó en Santo Domingo la tradicion que no habian salido del lugar en donde estaban? ¿Qué juicio formar de su criterio histórico y de la rectitud ó serenidad de su ánimo, cuando califica de *fútil* documento el acta solemne del 22 de Diciembre de 1795, y merece toda su confianza una tradicion que no existe ó se oculta y desvanece, y él mismo condena por *vaga*? (4)

La tradicion dominicana, si tal nombre merece, se opone á los precedentes históricos, es inconstante y variable, de origen reciente y nunca se impuso al vulgo, propenso á lo maravilloso, con la fuerza de una creencia general. Amó el secreto, como nacida en la oscuridad, y se distingue de todas las tradiciones conocidas en que revive con la presencia del P. Cocchia en su diócesis, y en su ausencia se adormece y amortigua.

No es posible, procediendo de buena fe, resistir al convencimiento de que la supuesta tradicion reviste el carácter de una pueril conseja ó de una invencion con propósito deliberado, si se reflexiona hasta qué punto los mismos dominicanos prestan armas para combatirla.

Hacia el año 1875 se publicaba en Puerto-Plata un periódico con el título de *El Porvenir*, el cual excitaba al Gobierno del general Gonzalez para que pidiese al de España la restitucion de las cenizas hoy tan disputadas; y en efecto, mediaron comunicaciones entre aquel Gobierno y el de la Isla de Cuba sin resultado, segun consta á la Academia de documentos oficiales.

Por el mismo tiempo el general dominicano Luperon

sostuvo una viva polémica con el *Diario de la Marina*, periódico que se publica en la ciudad de la Habana, esforzándose á probar «que los restos de Colon debian ser devueltos á Santo Domingo,» pues la voluntad del Almirante (decia) fué que sus cenizas reposasen aquí fuese esto ó no.... español.» (1)

El escritor dominicano D. José Gadriel Garcia en sus *Memorias para la historia de Quisqueya* que salieron á luz en 1876, «se queja amargamente de la exhumacion verificada en 1795, y la considera como un acto de injusticia hacia Santo Domingo.» (2) La fuerza de la verdad derivada de estas otras pruebas semejantes, arranca á don Emiliano Tejera exclamaciones en tal sentido, que excusan de todo comentario á la Academia. «Ahora bien (dice); ¿habrian hablado de ese modo esos dos dominicanos (Luperon y Garcia), sobre todo el segundo, que ha estudiado con interés y prolijidad todo lo relativo á la historia patria, si hubieran tenido el menor asomo de duda respecto de la exhumacion de los verdaderos restos? ¿No habrian citado la tradicion, si hubieran creido su testimonio de algun valor? ¿Y por qué no la citaron? Porque la tradicion se iba apagando cada vez más, segun se apartaba de los tiempos que la vieron nacer; porque la generalidad la consideraba como una fábula, tan pronto oida como olvidada.» (3)

El Sr. Lopez Prieto, que ha examinado los documentos que se custodian en el archivo general de la Habana, asegura que D. Luis Cambiaso, cónsul del rey de Italia en Santo Domingo, no una vez sola, sino en diversas ocasiones, practicó diligencias á nombre de su Gobierno, y éste en representacion de la ciudad de Génova, para obtener de España la concesion de los restos del primer Almirante, y añade que, segun tiene entendido, mediaron con este motivo comunicaciones diplomáticas en 1848, dos veces repetidas en los últimos tiempos. (4)

Claro está que nuestro Gobierno cerró los oídos á un ruego tan impertinente, y no está ménos claro por qué razón D. Luis Cambiaso prestó entera fé sin exámen ni el menor escrúpulo á la misteriosa confianza de D. Carlos Nouet. Una mal forjada intriga reemplazó las artes de la diplomacia, cuyos sutiles manejos se estrellaron contra el legitimo orgullo y la dignidad ofendida del Gobierno español.

En suma, la contradiccion palmaria de los escritores dominicanos, la confesion paladina de los más discretos ó más sinceros; los actos oficiales; el juicio de los hombres de Estado de mayor autoridad en la República; la opinion manifestada por medio de la imprenta libre; los historiadores habituados á observar las reglas de la sana critica; las vehementes sospechas de algun interés ó passion oculta en el fondo de la controversia, todo autoriza á la Academia para declarar sin reserva, que la tradicion dominicana anunciada con tanto ruido, es, como dijo el escritor, tambien dominicano, D. Emilio Tejera, una voz que se iba apagando, un testimonio sin valor, una fábula muerta y sepultada en profundo olvido. Vano es el empeño de resucitarla. La unica tradicion digna de respeto es la española, segura de la posesion de la verdad, robusta por sus hondas raíces en la historia, fuerte porque no se divide, constante porque no dejó de estar viva un solo momento antes ni despues de 1795.

III

EL ACTA DE SANTO DOMINGO.

Cuenta D. Fr. Roque Cocchia, que con motivo de ciertas obras de reparacion de la iglesia catedral, un dia próximo, segun se infiere, el 8 de Setiembre de 1877, tuvo la buena suerte de tropezar con los huesos del Almirante D. Luis Colon, primer duque de Veragua. Una caja de plomo, los restos de un cadáver y la inscripcion de que ya se dió noticia, son todas las que la Academia posee respecto á este descubrimiento preliminar y preparatorio de otro no ménos casual y de mayor sorpresa.

El dichoso hallazgo de aquellas olvidadas cenizas, avivó el deseo del Rdo. obispo de Orope, de practicar averiguaciones á la derecha del presbiterio y justamente en el lugar del trono episcopal que la tradicion designaba como tumba del gran Colon (5). Era natural que en su calidad de *italiano* y jefe de aquella Archidiócesis, «apurase todos los medios de investigacion, hasta descubrir el paradero de «los restos anhelados,» mientras pudo creer que allí existian. Pasaba ya los límites de lo razonable formar empeño en buscarlos despues del acta de 1795, y concebir la esperanza de encontrarlos sin más luz que le guiase por la senda de las exploraciones, que la *futilidad* de un documento oficial y una *vaga tradicion*.

Llevar la tenacidad al extremo de remover las piedras del templo y esparcir por el suelo los escombros arrancados á sus paredes, arguye una seguridad tan absoluta de poner la mano sobre el tesoro, que las reglas más vulgares de la prudencia humana no aciertan á explicar esta certidumbre. Si se tratase de un cuerpo santo y tuviésemos hoy la fé de nuestros mayores, dirian las gentes que el obispo habia obrado por inspiracion divina. La Academia no juzga de milagros: cultiva la historia limpia de fábulas y exenta de prodigios.

La lógica de los inventores de los verdaderos restos de Colon es de una sutileza tal, que de puro sutil se quebra. El sentido comun desconfia de los misterios, y alguno hay á veces impenetrable en donde quiera que, sometido á exámen un suceso extraordinario, se ocultan en la oscuridad sus antecedentes, y la duda subsiste mientras la razon no alcanza á explicar los efectos por sus causas naturales. Dado este criterio, cuyo rigor no puede relajarse, so pena de trastornar las leyes de la historia, observa la Academia con extrañeza que el P. Cocchia,

tan pronto como tuvo á la vista los restos de D. Luis Colon, redobló sus esfuerzos en busca de los de D. Cristóval, trocada la esperanza en seguridad de encontrarlos, á pesar de que lo uno no era prueba, ni leve indicio, ni remota señal de lo otro. Ambos cuerpos, separados en la vida, lo fueron tambien en la muerte, y corrieron desigual fortuna.

¿Qué feliz presentimiento, qué móvil secreto ó sobrenatural impulso excitó al Rdo. obispo de Orope á dictar órdenes apremiantes de practicar nuevas y esquisitas diligencias para descubrir los restos anhelados, toda vez que ningun lazo unia aquellas dos sepulturas?

Otra observacion, digna de notarse, ocurre á la Academia. Dice D. Fr. Roque Cocchia, que el primer resultado de sus investigaciones, fué haber encontrado á un metro del muro, en frente de la puerta que conduce á la sala capitular, una bóveda con restos humanos, adornados de galones... y esto prueba (dice), que en el presbiterio se enterraban personajes más ó ménos importantes, sin nombre y sin otra indicacion, y fué, *sin duda*, uno de ellos lo que la Comision encontró en 1795, y trasladado con pompa, todavia se conserva en la Catedral de la Habana (1).»

Aquí sube de punto el candor del Rdo. obispo de Orope, pues tan fácil le parece persuadir que el lugar de donde fueron exhumados los restos de Colon en 1795, puede confundirse con el lugar en donde encontró el cadáver adornado de galones. Del acta de 1795, consta que «se abrió una bóveda que estaba sobre el presbiterio, al lado del Evangelio, pared principal y peana del altar mayor (2).» Bien podrá ser que por tolerancia ó abandono haya sido invadido el presbiterio de la Iglesia catedral de Santo Domingo, panteon de los duques de Veragua, corriendo el siglo XVIII; pero raya en lo imposible confundir dos sepulturas tan desemejantes, una en cerrada en la pared, y otra en el suelo, distante un metro del muro. El dominicano D. Emiliano Tejera sospecha que los españoles, por equivocacion, nos llevamos á la Habana en 1795 los huesos de D. Diego ó D. Bartolomé Colon, en vez de los del primer Almirante; (3) como si no fuese sabido que la sepultura del Adelantado debia encontrarse al lado de la Epístola, y la de D. Diego, hijo del primer Almirante, no lejos de la de su padre, en el presbiterio sin duda, pero no en el lugar preferente abierto en 1795 en el acto de la traslacion.

Por el contrario, el venerable Obispo de Orope afirma que fué un desconocido personaje. La discordia favorece nuestra causa, y la opinion del escritor laico es una tácita censura del juicio poco ó nada escrupuloso del autor de la *Pastoral* histórico-política del P. Chochia. Para ser creido, hubiera debido aventurar algun juicio sobre el nombre y calidad del personaje anónimo, y reconocida la antigüedad de aquellos despojos mortales, probar con algun documento sacado del archivo de su Iglesia, con alguna inscripcion ó epitafio, ó alguna autoridad digna de respeto, que en el siglo XVI ó en el siguiente habia ya dejado de ser el presbiterio de la Catedral de Santo Domingo un panteon reservado para la familia de los Colones; y probar asimismo que un jurisculto tan grave como D. Juan Solórzano, exponiendo en 1646 el derecho constituido acerca de enterramientos en las Iglesias Catedrales de las Indias, segun las cuales nadie podia recibir sepultura en la capilla mayor sin real licencia, habia ya en su tiempo, y antes de su tiempo, caido en desuso. Si con el tiempo se relajó esta antigua prohibicion, ¿tan fácil le parece al P. Cocchia tomar un cadáver del siglo XVIII por otro del XVI? Sin duda imagina su Reverencia que las autoridades españolas de la Isla en 1795 obraron á ciegas ó fueron tan torpes, que aceptaron como restos de Cristóval Colon cualesquiera restos humanos adornados de galones. Mal se compadece esta ridicula, por no decir injuriosa sospecha del P. Cocchia, con el estado en que fueron hallados los restos del primer Almirante, segun el acta de su exhumacion en 1795.

MANUEL COLMEIRO.

(Se continuará.)

CHILE Y BOLIVIA.

«La guerra por diez centavos de impuesto en cada quintal de salitre; la guerra por la accion de una sociedad anónima que rompe por sí misma un contrato privado, será digno de la historia...» Con estas ó semejantes palabras se lamenta gráficamente un periódico de Bolivia que tenemos á la vista, de las causas del conflicto entre aquella república y la de Chile, conflicto que ha terminado por un absoluto rompimiento de relaciones entre ambos Estados de la América del Sur, por la ingerencia del Perú en favor de Bolivia y por una próxima guerra, si la diplomacia americana no consigue apaciguar los exaltados ánimos de la Paz, de Santiago y de Valparaiso.

Hasta ahora, lejos de seguir este camino, está haciendo todos los esfuerzos imaginables para que la guerra, si llega á estallar, sea general en la América latina, pues segun noticias confirmadas por diferentes diarios extranjeros, mientras que agentes chilenos han estado gestionando la alianza del Brasil, ofreciendo, en cambio, á este imperio una faja de territorio en las fuentes del Amazonas, el presidente de Bolivia habia enviado emisarios á la república Argentina aconsejando al Gobierno de Buenos-Aires que aprovechase el conflicto en el Pacífico para sostener sus antiguas reclamaciones con Chile sobre el disputado territorio en Patagonia.

(1) *Pastoral*, pág. 10.
(2) *Coleccion de los viajes y descubrimientos*, tomo página 368.
(3) *Los restos de Colon*, pág. 37.

(1) Tejera, *Los restos de Colon*, págs. 18 y 19.
(2) *Carta de D. Carlos Nouet á D. Emiliano Tejera*.
Ibid., pág. 50.
(3) Ibid., pág. 54.
(4) *Pastoral*, pág. 9.

(1) Tejera, *Los restos de Colon*, pág. 26.
(2) *Memorias cit.*, pág. 29, v. Tejera, *ibid.*
(3) *Los restos de Colon*, pág. 26.
(4) *Informe sobre los restos de Colon*, pág. 66.
(5) *Pastoral*, pág. 10.

Ya tome la guerra este carácter general, cuyas consecuencias no podrían ménos de ser desastrosas para todos los Estados de la América del Sur, ya se concrete la lucha á Chile y Bolivia, los resultados tienen que ser funestos para esas dos repúblicas hermanas.

Chile consumirá en ella su floreciente tesoro y su disciplinado ejército para conservar el terreno invadido en Antofagasta y Caracoles; Bolivia, que no hace mucho, tiempo aún veía varias de sus poblaciones devoradas por el hambre y la más espantosa miseria, sacrificará la sangre de sus hijos y los escasos recursos con que puede contar en sostener la integridad de su territorio.

Nosotros, como españoles, no podemos ménos de lamentar profundamente esa lucha, casi fratricida, entre dos Estados, con los cuales, si bien no tenemos en la actualidad relaciones diplomáticas, que indudablemente tendremos algun día (tal vez en época más cercana de lo que se imaginan algunos guiados por mezquinos intereses), nos unen lazos de mútua y legítima simpatía, que ni la distancia que nos separa ni el ya largo paréntesis de relaciones oficiales pueden amenguar.

Interin recibimos noticias directas de los últimos acontecimientos que hayan podido ocurrir en el futuro teatro de la guerra, haremos un breve resumen de los hechos más culminantes relativos á este asunto, que hallamos en cartas y periódicos de allende los mares, á fin de tener al corriente á los lectores de LA AMÉRICA del curso de los sucesos en aquellos Estados.

La circunscripción de Antofagasta comprende el puerto del mismo nombre, residencia de las principales autoridades bolivianas del departamento, y cinco cantones, que son Salas del Carmen, Mantos Blancos, Pampa Negra, Salinas y Carmen Alto. Segun los datos del último censo (10 de Noviembre de 1878), la población se compone de 5.234 hombres y 3.273 mujeres; de este total de 8.507 habitantes, saben leer y escribir 3.804. Los chilenos están allí en inmensa mayoría, como que son 6.554, mientras que los bolivianos no son más que 1.226. Los restantes, ó sean, 727 habitantes, pertenecen á diversas naciones de América y Europa, entre los cuales hay 47 españoles.

Diffícil nos sería decir cuál es la causa de la lucha que se prepara en el Pacífico, pues si bien el motivo aparente es la posesión de una parte del desierto de Atacama, cedido por Chile á Bolivia en virtud del tratado de 1866, region que ha adquirido de algunos años á esta parte una inmensa importancia por los recientes descubrimientos de riquísimas minas de salitre, hay quien supone que las aspiraciones de Chile son mucho más ambiciosas, creyéndose en el caso de aspirar á la supremacía en aquellos mares. Así, al ménos, lo juzgan los peruanos, temerosos de que si Chile consigue dominar á Bolivia, extienda luego su vista al departamento de Tarapacá, fuente de una de las principales riquezas de aquella república.

Cualesquiera que sean los motivos de la próxima guerra entre Chile y Bolivia, hay que reconocer un hecho extraño y digno de notarse en esa contienda, cual es la violación de dos principios universales de derecho. Chile ha invadido y se ha apoderado de las costas bolivianas sin previa declaración de guerra; Bolivia, por su parte, ha confiscado los bienes de los chilenos residentes en su territorio al declarar la guerra á Chile. La América y la Europa, y todo el mundo civilizado, no podrán ménos de condenar ambos procedimientos, contrarios al derecho internacional y de gentes.

Razon tiene un publicista boliviano para decir que será la guerra más singular en los fastos americanos. Por lo mismo, nosotros quisiéramos que la diplomacia americana, y aun la europea, interpusieran toda su influencia para poner fin á ese conflicto antes de que se rompiesen las hostilidades, si es que todavía hay tiempo.

No se comprende en verdad que porque Bolivia haya recargado con un impuesto,—justa ó injustamente—las salitreras de Antofagasta, hábilmente explotadas por una compañía chilena, se rompan de ese modo tratados públicos y privados, solemnemente estipulados entre dos naciones hermanas, como tampoco se comprende que un Estado relativamente pobre y castigado por la suerte con continuas disensiones interiores, no procure por todos los medios imaginables arreglar sus diferencias con Chile antes de apelar al procedimiento condenado por todos los hombres sensatos, de confiscar los bienes de los chilenos,—muchos de los cuales no aprobarán quizá la conducta del Gobierno de Santiago,—y, sobre todo, que declare la guerra á Chile, sabiendo de antemano que si el Perú no viene en su apoyo con sus buques acorazados y con sus demás recursos, la lucha no puede ménos de ser desastrosa para él.

Volvemos á repetirlo. Es indispensable que ese conflicto tenga en breve plazo una solución satisfactoria. Nadie ganará con esa lucha. Por el contrario, antes ó despues, todos tendrán algo que perder si se deja que el cañon resuelva lo que debiera terminarse pacíficamente la acción de la diplomacia.

C. DE OCHOA.

DOLORES.

(Continuacion.)

XV

Habia en el feo y destartado portal de la casa un sastre remendón: el señor Facundo. Tenia, además, el

empleo de portero, y sobre éste el de administrador. Por consecuencia, le aborrecian los vecinos: como que era el apremio continuo: como la casa era vieja é incómoda, las gentes que vivian en ella por la baratura relativa del alquiler, eran, áun los más elevados, de modestísima posición, andaban siempre si alcanzo no llevo, y se atraían con una facilidad pasmosa. Esto determinaba un gran movimiento de habitantes, una continua renovación de ellos, á causa del continuo desahucio. El casero necesitaba los productos de su finca, y el señor Facundo parecia como hecho á propósito para causar en los inquilinos un terror saludable para el propietario. Nadie se iba debiendo. En cuanto faltaba el mes adelantado, y antes de que se hiciera ilusoria la fianza, sobrevenia la demanda y el moroso era expulsado. Esto era expeditivo, pero triste. Cada desahucio producía por algun tiempo el vacío en un cuarto. Entonces le tocaba sufrir al señor Facundo. El propietario se ponía irresistible. El señor Facundo tenia siempre la culpa, por su falta de amabilidad, de que las habitaciones vacías no se ocupasen. Decididamente en Madrid no se puede ser propietario ni administrador de casas, sin estar hecho á prueba de disgustos.

XVI

Habia un local en la casa, á que el casero se atrevía á llamar habitación, y más aún, á alquilarle: un local imposible. Estaba más alto aún que la bohardilla que habitaban Dolores, Carmen y Casquetillo: era un espacio que apenas si tenia diez piés cuadrados de extensión y ocho de altura: se llegaba á él por una estrechísima escalera de madera en espiral, que se movía toda cuando una persona, aun la de menor peso, subía por ella: un gato la hubiera hecho temblar. Tenia dos pequeñas ventanas, la una en frente de la otra, correspondientes al norte y al mediodía. El pavimento estaba remendado; se veían al descubierto las renegridas cañas del cielo raso: las maderas y las vidrieras de las ventanas no ajustaban: habia numerosas grietas en las paredes de un color gris impuro, indefinible: entraba libremente el viento colado por todas partes: en un ángulo habia un negro fogon: aquello era inhabitable: además, se necesitaba un gran valor para instalarse allí. No habia medio de tener la seguridad de que aquella especie de torrecilla, que dominaba todos los tejados circunvecinos, pudiese resistir á una ráfaga de viento algo fuerte. Así, pues, aquel habitáculo no se ocupaba jamás, aunque sólo se pedía por él un alquiler módico hasta lo infinito: veinte reales al mes.

La tablilla en que en un papel bárbaramente manuscrito se anunciaba aquella habitación, era un chisme que el señor Facundo se veía obligado á colgar y descolgar junto á la puerta de la casa todos los días.

Uno, al fin, cayó un inquilino: un señor alto, como de setenta años, fuerte, enjuto, de cabellos, bigote y perilla completamente blancos, de nariz prominente y prolongada, y de grandes y poderosos ojos negros, de mirada firme y severa, que lucían con un fuego siniestro, bajo unas cejas rígidas, encanecidas también, y prolongadas á manera de guarda-polvos.

Cuando apareció este señor ante el sastre-portero-administrador, eran las ocho de la mañana de un nublado y lluvioso día de abril, en que á pesar de la primera, hacia un frío de cinco grados bajo cero.

A pesar de esto, el traje del desconocido se reducía á una larga levita negra, raída, de forma antiquísima, abrochada hasta el cuello, unos pantalones negros muy estrechos con travillas, una corbata negra sobre un cuello de camisa muy blanco, un sombrero viejo, pero sin abolladuras, y de alas muy anchas, y unas botas gruesas y convenientemente lustradas. Con aquel equipo debía tener mucho frío, pero no daba muestras de ello.

Tomó la llave de la habitación, subió, y á poco bajó. El señor Facundo se sorprendió cuando supo que aquel señor de la levita raída aceptaba el cuarto. Le miró con extrañeza.

—Veinte reales al mes,—dijo,—uno adelantado y otro en fianza.

Aquel sugeto, que resultó llamarse don Pedro Martínez de la Estrella, capitán de caballería retirado, sacó un bolsillo de seda verde, de forma antigua, y de él diez pesetas. Una hora despues volvió con un mozo de cordel, que conducía un lecho, compuesto de un catre, de un colchon, entre el cual se veían una almohada y una manta, y en otros dos viajes trajo todo el mobiliario del nuevo inquilino. La instalación se hizo.

XVII

Una hora antes de que don Pedro tomase la habitación, habia encontrado á Dolores, que habia ido á las siete á hacer su pequeña compra. Sus miradas se habian encontrado. En los sombríos ojos de don Pedro habia aparecido una expresión incomprensible. Hubiérase dicho que conocía á Dolores, y que su inopinado encuentro con ella le habia conmovido profundamente. Dolores sintió una emoción penosa y bajó los ojos para evitar aquella mirada que le causaba miedo: pero sintió que aquel hombre la seguía: apresuró el paso: hizo rápidamente su compra, que era bien exigua: al volver, seguida siempre, acreció su miedo y se metió en la iglesia de la parroquia, que estaba al paso, y oyó misa, esperando libertarse así de su perseguidor. Pero éste entró en la iglesia y oyó la misma misa que Dolores. Cuando salió ésta la siguió hasta su casa. Entonces vió la tablilla colgada junto á la puerta. Alquiló la habitación.

XVIII

Dos horas despues, don Pedro tenia arreglado todo su mobiliario. En un ángulo la humilde cama, pero cómoda á pesar de su humildad: en una tabla, puesta en la pared, se veían algunos libros: en otra algunos platos ordinarios, algunas vasijas, algunos chismes de cocina: delante de la ventana, correspondiente al norte, una pequeña mesa, junto á ella una silla; en un rincón, á los

piés de la cama, una maleta: en otro, frente al fogon, una tinajilla para agua.

Nada más habia: don Pedro se habia quitado el sombrero, la levita y las botas; se habia puesto una especie de cachucha, un paletot viejo, pero grueso, y unas pantuflas muy usadas. Luego tomó uno de los libros que estaban en la tabla. Se sentó junto á la mesa, hizo un cigarrillo de papel, le encendió con un fósforo de carton, abrió el libro y se puso á leer, ó más bien, á meditar lo que sin duda habia leído un millon de veces. El libro aparecía muy usado. Estaba en francés, y se intitulaba *Lo invisible*.—*Por un discípulo del venerable Allan Kardec*. No habia qué preguntar: don Pedro era espiritista. ¿Y quién era don Pedro? El mismo nos lo dirá.

XIX

Continuó por algun tiempo en su lectura, ó más bien, en su meditación. Su mirada se abstraía de tiempo en tiempo. Parecía que dejaba de leer, para mirar á su interior, para anegarse en el misterioso fondo del alma, en el abismo de la idealidad, en lo tenebroso de la conciencia. El sér anegado en su sér mismo. El hombre doblegado bajo el martirio de la vida, que busca en su propio espíritu por la revelación del espíritu una solución imposible que aliente en él una esperanza: la lucha del desheredado con su desheredamiento: la tendencia inevitable del alma hácia algo supremo é inmortal.

De improviso, dos golpes dados á la puerta sacaron de su abstracción á don Pedro. Se levantó y abrió. Se estremeció. Una lozana pasiega, fresca, candorosa, voluptuosa, como de diez y siete á diez y ocho años, estaba á la puerta con un jarro en la mano.

—¡Ah! ¡eres tú, María!—dijo don Pedro,—cada día más hermosa, mujer.

—Vaya, bueno, don Pedro,—dijo la jóven:—siempre la misma cosa, y no sé para qué.

—Tienes razon: la juventud llama á la juventud: ya lo sé. Pon la leche en la cafetera, y no te incomodes ni frunzas el entrecejo. Ya sabes que yo no paso de decirte que te amo.

—Bueno, bien,—dijo María con una hechicera impaciencia:—tengo que decirle á usted.

—Pues empieza, hija mia.

La mirada de don Pedro se habia dulcificado: su expresión sombría habia desaparecido: no parecia sino que la sencilla y dulce, pero incitante hermosura de la jóven pasiega, arrojaba una luz de consuelo sobre las tinieblas de su alma.

María estaba sobreescitada y seria. Habia en ella algo indefinible. Algo que revelaba en ella una vida poderosa. Tomó una gran cafetera de la tabla del menaje, y vertió en ella la leche que contenía el jarro, que era como dos cuartillos. Puso la cafetera sobre la mesa. Luego, y como haciéndose una violencia para hablar, con la cabeza y los ojos bajos, y jugando con una de las puntas de su delantal, dijo:

—Pues, don Pedro, tengo que pedirle á usted un favor.

—¿Cuál, hija mia?

—Mire usted, don Pedro, avise usted en otra parte para que le traigan la leche.

—¡Ah, sí! Hay demasiadas escaleras, y como cada día estás más gruesa y más hermosa, te fatigas: y luego este último trozo de escaleras, las de caracol, que en cuanto se pone un pié en ellas tiemblan como si estuvieran perláticas...

—¡Ya, ya!—dijo María:—yo no sé por qué se ha venido usted aquí, y tan de improviso: pero no es eso; no son las escaleras; yo soy fuerte, gracias á Dios, y no me pesan las carnes: es que no quiero volver: y si sigue usted gastando la leche de casa, tendrá que venir, porque yo no quiero decir á mi padre...

—No creo que tengas nada que decirle: yo te trato con el mayor respeto.

—No es eso, ya lo sé: usted no pasa de decirme: eres hermosa, te amo; y esto no es un delito, porque, en fin... ya hace dos años que todos los días lo mismo: mirarme mucho, echarme requiebros... yo me reía al principio, me he reído mucho tiempo: yo decia: ¡qué buen humor tiene don Pedro!... pero ya no me río... no, ya no me río, y no quiero volver.

—¡Misterios!—exclamó don Pedro.

—Aquí no hay ningún misterio,—dijo la muchacha, que continuaba con la mirada baja y vivamente encendida.

—Yo no hablo contigo,—dijo don Pedro:—hablo con la eternidad.

—¡Jesús!—exclamó la jóven:—dice usted unas cosas, y las dice de una manera, que dan miedo. Hace ya mucho tiempo que, sin querer, me acuerdo á cada momento de usted, y sufro... no sé... no puedo explicarme... Cuando vengo por las mañanas, parece que no vengo, sino que me traen... yo no quiero volver.—Y la muchacha alzó, como no pudiendo dejar de hacerlo, su mirada, y la fijó entre irritada, agresiva y absorta, en el viejo militar. Las dos miradas se encontraron: en la de don Pedro habia juventud y belleza; una belleza y una juventud completamente en inarmonía con la huella que representaban en las canas y en las arrugas, el paso de muchos años. Aquellas dos miradas se confundieron y se acariciaron.

—Sí, sí, el misterio,—repitió don Pedro:—el alma... ¡el alma! ¡las almas!

—Quede usted con Dios, don Pedro,—dijo la muchacha.

—¿Y los cuartos, María?...—dijo con un acento singular don Pedro.

—¡Ah, es verdad!—dijo María deteniéndose.

—Tu padre es avaro y desconfiado,—dijo don Pedro mientras sacaba su bolsa y de ella el importe de la leche:—es una desgracia que tu padre sea así: esto es una dificultad.

—¡Dificultad!—dijo ella.

—Sí es riquillo, eres riquilla, y yo soy pobre.

Y la dió los cuartos.

—Vamos,—dijo María escapando, no vuelvo más.

Y cerró con violencia la puerta; poco después el ruido de sus pasos se perdió en las escaleras.

—Tú volveras,—dijo don Pedro.—¡Ah! el alma inmortal, el alma siempre joven; la materia envejecida, árida, repugnante... las contradicciones del sér en el sér; lo infinito en lucha con lo finito; lo imperfecto no; pero sí, sí lo incomprendible. Siempre el misterio impenetrable: ¡las influencias! Me ama y su amor le espanta: el espíritu y la materia; la materia tiene un alma, que lucha con el alma del espíritu. ¡Oh, la filosofía! ¿Para qué sirve la filosofía, si no explica nada, si se pierde entre un pró y un contra que se escapan á toda inducción, á todo raciocinio?

Don Pedro suspiró, y volvió á la torva y sombría expresión de sus ojos.

XX

María había llevado, además de la leche, un pan que había dejado en la tabla de donde había tomado la cafetera. Don Pedro tomó aquel pan, partió un pedazo, le desmenujó en una taza, vertió en ella la mitad de la leche, y cuando el pan se hubo esponjado, comió lentamente aquella sopa á la espartana.

Después fregó la taza, y la puso en la tabla con la cafetera en que quedaba otro cuartillo de leche, y con él otro medio pan. Don Pedro había hecho su almuerzo: su comida debía ser exactamente igual, al anoecer, y así todos los días, y esto desde hacia muchos años. Su retiro de capitán era diez ó doce reales diarios: con un tal sueldo no se puede comer bien, tener una habitación conveniente y hacerse servir.

Con tres reales hubiera podido comer don Pedro en una taberna ó en un figon un par de huevos fritos por la mañana, un cocido por la tarde; su sopa en leche le costaba más de una peseta; pero no tenía necesidad de degradarse entrando en una taberna, ni apurar la repugnancia, haciéndose llevar lo condimentado en una taberna á su casa.

La leche era un recurso. Además, una taza que sólo sirve para sopa en leche, se fríe con facilidad: excusa la servidumbre: dos escobadas en un pequeño espacio, bastan para su limpieza: una cama se hace con facilidad.

Don Pedro se había reducido á un método rígido á que le obligaba lo exiguo de su sueldo: á más de esto, entonces no estaban pagadas con regularidad las clases pasivas: además, las enfermedades acometen cuando ménos se piensa: era necesario tener ahorros: comer y fumar lo estrictamente necesario, y aun así, siendo pasmosamente sóbrio como don Pedro: vestir exiguamente en todo tiempo, para lo que era necesario ser fuerte como don Pedro; no mudarse la camisa sino de tres en tres días, y mantenerla limpia, pagar casi nada por el alojamiento, reducir su vida á la menor expresión; vegetar de una manera dolorosa, y sobreponerse al dolor por la resignación. Así lograba don Pedro ahorrar una tercera parte del sueldo, y vivir de una manera verdaderamente pasiva, en armonía con su situación.

XXI

Don Pedro era uno de esos antiguos caballeros, un carácter de otros tiempos, una altivez severa que no se doblegaba. Había considerado la vida como una condena dolorosa, que debía sufrir con dignidad. No pudiendo presentarse de una manera conveniente, se había aislado. No iba á casa alguna, á excepcion de la de Dios, donde se pasaba todos los días largas horas, abismado en sus meditaciones. No rezaba: oraba al Sér Supremo: era libre pensador: el positivismo le había llevado á la causa suprema: su misantropía, su miseria del alma á un espiritualismo extraño: creía en una virtualidad, en un algo misterioso é incomprendible, en un agente infinito, sér, vida, universalidad, por medio del cual se relacionaban todos los modos de sér del universo; residente en todo resultante de todo, ley única de todos los fenómenos de la actividad; viviente y pensante, inmutable y eterno: los dogmas, las prácticas religiosas, no eran para él otra cosa que medios de relacion convencional del finito viviente y pensante con el sér infinito viviente y pensante asimismo: se había hecho una fé extraña: para él era santo el símbolo de la fé del hombre, fuese cual fuese este símbolo, ya el dragon, ya la cruz: para él allí estaba el Sér Supremo, donde quiera que la fé del hombre le adoraba: era, pues, creyente por convicción y cristiano por sentimiento. Así es que, los que no penetraban en las oscuras profundidades de su alma, incluso el cura y sus adjuntos de la parroquia, le creían un perfecto católico apostólico romano: un hombre como era de desear lo fuesen todos. Si hubieran podido penetrar en su alma, se hubieran encontrado con un hereje.

Entre su permanencia en el templo y largos paseos por el campo, empleaba don Pedro el día, desde las once en que, después de haberse levantado y aseado, almorzaba y salía, hasta el anoecer, en que volvía y cenaba: después de esto se consagraba á la meditación sobre libros que sabía de memoria, y que podía decirse encarnaban en sí esa religión extraña que se cree moderna y que es tan antigua como los primeros libros, y que va aún más allá: al momento en que la idealidad humana buscó su razón de ser y de sentir en lo infinito: el espiritismo: la Biblia, Buda, Platon, los Santos Padres, fray Luis de Granada, Fenelon, Bossuet, Lamennais, y, últimamente, Allan-Kardee y sus discípulos, formaban la biblioteca de don Pedro.

Su espíritu había absorbido todas las idealidades, todo el misticismo á que propende fatalmente el espíritu y que están en lucha con el espíritu de especulación racional, que no vá más allá de lo relativamente demostrable. Esta lucha entre el misticismo y la razón pura, entre lo ideal y lo positivo, determinaba el ser moral de don Pedro: hacia de él un pensador de todo punto extraño, una actividad que se partía entre la razón y la fé. Una especie de condenado que sentía su condenación y procuraba librarse de ella. Un alma que buscaba lo infinito, y sufría sintiéndose esclava de lo finito. Una existencia

dolorosa y triste. Un sér extraordinariamente impresionable, que vivía en los sueños y que sabía que soñaba. Pero como quiera que los sueños eran el espacio vago en que se debatía su actividad sin encontrar un punto de apoyo, los sueños eran para él la realidad de su vida.

XXII

Y tenemos que detenernos, por que si continuáramos nos perderíamos en un estudio psicológico interminable. Nos absorbería la metafísica y acabaríamos por que nadie nos entendiera y por no entendernos á nosotros mismos. Lo infinito devora: es el elemento constantemente destructor de la forma finita. No mireis demasiado al fondo del abismo, porque os atraerá, os absorberá, os perderá en su seno misterioso. Don Pedro era un pobre loco, un desdichado ser absorbente, ansioso de todas las bellezas, de todas las ternuras de la fruición del espíritu por su expansión en un espacio presentado y no conocido. Nos atreveríamos á decir que en don Pedro más que en ningún otro hombre, residía un arcángel caído, que había perdido su gloria y que sólo sentía de ella una necesidad misteriosa.

XXIII

Vengamos de lo vago, de lo inexplicable, á lo real. El nutrimento á que por economía se había reducido don Pedro, había sido para él fatal. Estamos encadenados por la manera de ser de nuestro sér, á la actividad del pequeño universo que inmediatamente nos rodea, en el centro del cual somos también un *microcosmos*. Durante mucho tiempo, ya un pequeño pasiego, ya una pasiega vieja, ya un mozo de vacas zafío, habían llevado la leche á don Pedro; pero un día, dos años antes, se presentó de una manera inesperada María.

Era una de esas pasiegas, que no por ser vaqueras dejan de ser ideales. Una continuación de lo que debe suponerse fué aquella vaquera de la Finojosa, que inspiró una tan bella poesía al buen marqués de Santillana. Blancura, palidez nacarada, piel sedosa y densa; paz de los cielos en las formas y en la expresión del semblante; luz de pasión tranquila y candidez en los ojos garzos y rasgados; dulzura en la curva de las cejas; pureza en la frente, pureza en la húmeda boca de rojos labios; suavidad, belleza ideal, en el óvalo del semblante; dorados cabellos, garganta sensual, palpitations sin causa en el seno, como presentimientos del amor; esbeltez en el talle, elegancia ingénita; una bella criatura en fin, fresca, limpia, llena de vida, candorosa, inteligente; un encanto de quince años.

XXIV

Fuó María una blanca y dulce luz que esclareció la sombría soledad del alma de don Pedro, anegada en dolorosos é insoportables recuerdos, entre los cuales vagaba la ansiedad de su alma, impregnada tal vez de esos terribles remordimientos que producen las consecuencias de una impresionabilidad irritante, de cuyas persuasiones no podemos ni sabemos defendernos. Sintió algo de vida fácil, después de una larga, dolorosa é insoportable agonía. Adherió su alma desventurada y sin esperanzas á aquella otra alma que se le revelaba, llevada hasta él por la fatalidad, candorosa, riente, descuidada, confiada.

Por la primera vez vió María en unos ojos iluminados por la expresión de un deleite misterioso, algo dulce que, á pesar de su dulzura, se hacía sentir como un dolor en su alma virgen. Puede decirse que, desde el punto en que se sintieron, aquellas dos almas se acariciaron, se aumentaron la una por la otra, empezaron una historia de amor, adquirieron un recuerdo perenne, creciente en ambas, con todos los fenómenos de su actividad. Don Pedro se espantó. Midió, comprendió, analizó, detalló en todos sus inconvenientes aquel nuevo afecto que se había apoderado de él, y acostumbrado á la resignación, conoció dolorosamente de la vida, puso en ruda pelea su sentimiento con su razón. ¿Pero cuándo la razón ha vencido al sentimiento? El sentimiento es la razón suprema de la manera de sér del sér humano.

Por más que las convenciones sociales y el instinto de conservación nos soliciten para vencer un sentimiento contrario á ellas, el sentimiento vence, y de una manera tanto más determinante y más rápida, cuanto mayor fuerza de razón fría y de conveniencia moral, convencional, oponemos á la acción del sentimiento. Don Pedro no pudo destruir la impresión infinita que en él había hecho aquella niña de humilde clase, dormida aún en la ignorancia de la vida, y cuya alma se revelaba con todo el descuido de la inocencia en su mirada de arcángel glorioso. Lo único que pudo hacer don Pedro, fué prometerse ocultar en el fondo de su alma aquel amor cuya fruición hacían imposible, ó por lo ménos inconveniente, un número infinito de obstáculos. Así empezó en don Pedro, sentenciado á una perpétua agonía, una agonía nueva, una nueva sed implacable, una nueva desesperación.

XXV

En cuanto á María, no se acusó, no pudo calificarse la impresión que en ella había causado don Pedro, y que en ella persistía. Le recordaba incesantemente, pero de una manera confiada y tranquila. Para ella don Pedro no era otra cosa que un señor muy amable y muy bueno, que la trataba con mucha llaneza, con mucho cariño y nada más. Pero la fatigaban los jóvenes que la galanteaban, se la hacían pesados los requiebros que su belleza la producía cuando iba por la calle, y una dulce, una espiritual melancolía había aumentado su encanto.

XXVI

Así pasaron dos años, yendo siempre exactamente todos los días, á las diez, á llevar su alimento á don Pedro, María. Don Pedro pudo contener, durante seis meses, la manifestación de su amor por la palabra, aunque sus ojos lo decían harto claro al cambiar su mirada con la de María. Ella escuchó á don Pedro bajó los ojos y no

contestó. Aquel día se fué unos minutos antes. Iba con las lágrimas en los ojos. Ella no había comprendido lo que don Pedro la había dicho: pero se la había oprimido el corazón. ¿Qué era el amor? Lo había oído en los labios de muchos: lo había escuchado en el teatro, lo había leído en las novelas. Pero esto había sido para ella un ruido vago, una palabra sin sentido.

No podía comprender lo que no sentía. Cuando oyó aquella palabra en la boca de don Pedro, no la comprendió, pero sintió algo doloroso. ¿Qué era el amor? Una cosa que sentían los que eran novios, los que se casaban, puesto que hablaban de ello, y que hablaban con pasión. ¿Sería amor lo que ella sentía por don Pedro? Pero don Pedro que la atraía de una parte la repelía de otra. El alma siempre joven y apasionada, puede hacerse sentir de otra alma igual á ella. Pero la materia tiene también un alma: la materia joven rechaza á la materia vieja: los sentidos buscan lo bello y lo fresco de la forma. No hay amor completo, si el sensualismo no está en armonía con el espiritualismo. María no hacía estos raciocinios, pero sentía, sin poder y sin querer explicárselo, su fuerza. Empezaba á luchar en ella por don Pedro el alma del espíritu con el alma de la materia. Lentamente, María fué comprendiendo intuitiva, necesaria, espontáneamente la razón de lo que sentía. En esto se pasó año y medio. Al fin María comprendió de una manera lúcida el amor. Su sentimiento, su deseo, habían ido transfigurando para ella á don Pedro. Al fin le sintió hermoso de cuerpo y de alma: la fascinación había sobrevenido. La pasión había empezado. Durante algún tiempo, el pudor la había encubierto. Al fin había hablado. Don Pedro se había sentido amado de una manera indudable, y había caído en una nueva agonía.

Aquel amor era una locura. Una especie de incesto no calificado. La unión de la vejez y de la juventud. Y la duda... ¿sería estable aquel amor en María? ¿No podía ser un resultado de su inocencia? ¿Y la muerte llamando por la una parte! ¿Por otra abriéndose las puertas de la vida del alma! María había sido prudente. Había conocido por instinto todas las dificultades, y había dicho: —No volveré.—En cambio don Pedro había dicho estremeciéndose: —Tú volverás.

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

(Continuará.)

REVISTA ESPAÑOLA.

La muerte de Cortina.—Los partidos en la contienda electoral.—Asociación para la Reforma arancelaria.—Denuncias y excomuniones.—La familia real.—Actos administrativos; el censo de población.—Las elecciones; su resultado definitivo.

Hay que empezar el relato de los sucesos de esta quincena, como acababa el de la quincena última, por la noticia de un suceso dolorosísimo: la muerte de Cortina, gloria de la patria española, lumbrera del foro, elocuente orador parlamentario y fidelísimo consejero de sus reyes, cuando alboreaba el sistema representativo y el letrado iba del estudio al combate, ó el guerrero volvía de los campos, aún ensangrentados, á los comicios del pueblo y al Congreso de la nación, para pelear de todos modos en contra de la monarquía absoluta, vencida juntamente por la fuerza de las ideas y por la fuerza de las armas. Agitaciones sin duda terribles y dolorosas, pruebas necesarias por que había que pasar en la triste España, y que sacaron á la sociedad de su asiento, y arrojaron á los hombres á las más varias empresas: Espartero, un gran capitán, era nombrado doctor por algunas Universidades, y Cortina, un sábio doctor, era condecorado con la encomienda de Isabel la Católica por méritos de guerra; y si en estas anomalías se conoce lo turbulento de la época, también se denota que no acabará nunca la prudencia con sus últimos aciertos, lo que el entusiasmo y la fé no comiencen, aunque parezcan ciegos, con sus primeros bríos.

Distingúese, sobre todo, Cortina, más que como político, más que como orador, más que como gobernante y como propagandista y soldado, que á todo esto alcanza en su laboriosa vida, como juriconsulto muy eminente. Son notables las oraciones que pronunció en el Parlamento cuando se discutió la paz de Vergara y cuando se trató del matrimonio de Isabel II, en que, á su juicio, no se había consultado á la voluntad libre de la reina ni á los intereses del país, y cuando defendió á Olózaga, otro gigante de aquella generación fundadora de instituciones y conquistadora de libertades que no han de morir, acusado torpemente como usurpador de las prerogativas régias. Apartado después de las contiendas políticas, se consagró por entero en la antigua comisión de Códigos con Acevedo, con Alvarez, con Bayarri, con Cárdenas, con Gomez de la Serna y con Gallardo á la obra, quizá entre las humanas, más grande y que más hondamente arraiga en las sociedades por poco que el vulgo la laurée ó que el poderoso la premie: la reforma, en buena parte, de la legislación civil y de la legislación penal, debe así á Cortina un grande impulso; y en los Códigos y leyes vigentes heredó de él la patria inspiraciones de su talento y frutos de su experiencia.

Con el Manifiesto del partido progresista-democrático, último Manifiesto electoral que se ha publicado, supóse ya la actitud que definitivamente adoptarían todas las agrupaciones, desde los ultramontanos hasta los demócratas, en las pasadas contiendas. Los ministeriales han luchado con las ventajitas de siempre; la administración, al servicio de la política; el caciquismo, ayudando á la administración, y el elector doblegándose en unas partes y resistiéndose en otras endeblemente al caciquismo.

quismo. Pero, por caso extraordinario, hay que advertir que el carácter de candidato ministerial no se ha ganado esta vez en todos los distritos de igual manera: conquistábase en unos á título de partidario de Cánovas, en otros por serlo de Martínez Campos, y en todos bajo la denominación común de conservadores-liberales ó liberales-conservadores, que en España, y dentro del sistema constitucional vigente, no se sabe aún de cierto lo que significa. Un conservador-liberal de Cánovas, ó un conservador-liberal de Martínez Campos, puesto en estudio, discutido y recomendado, es, por fin, un candidato oficial como otro cualquiera; pero el entrar con estos dos elementos en las elecciones, le trajo al Gobierno enojos y disgustos que, si bien no dividen por lo pronto las fuerzas ministeriales, ya en las Cámaras ocasionarán algún conflicto luego que estos candidatos sean diputados. En la dimisión del gobernador de Barcelona Sr. Cossio, por motivos que ha hecho públicos la prensa diaria, y en el alarde singular de los funcionarios públicos y de algunos otros electores de Madrid que han proclamado una candidatura donde no aparece el nombre de ningún ministro, se ve bien clara esta dualidad viciosa con que nace la futura mayoría.

En cuanto á la oposición liberal y la oposición democrática con una alianza más estrecha, y con el abandono definitivo de la política del retraimiento, habría seguramente triplicado la representación que traerá á las próximas Cámaras. Pero la política del retraimiento, que parecía ya vencida, ganó últimamente muchos defensores en el partido progresista-democrático y entre los demócratas. Además, aunque en algunos distritos la alianza de estas oposiciones fué muy sincera, en otros, por circunstancias locales, ó no lo ha sido tanto ó se ha roto el acuerdo intempestivamente. Datos con que pueden aprender todos: la democracia, que no tiene mayor enemigo que sus propios errores: los constitucionales, que en tanto serán fuertes en cuanto sigan la tradición memorable y honrosa del alzamiento nacional de Setiembre; el Gobierno, en fin, que la opinión pública se le escapa por dos corrientes distintas, y ambas caudalosas, la que trae al próximo Parlamento una protesta elocuente y la que guarda en la abstención una protesta muda.

De las demás oposiciones poco hay que decir: confundiría el ver que el Gobierno apoyó en ciertos distritos candidatos moderados y en otros los combatió con rudeza, y en algunos se contentó con desampararlos, si no se supiera que del partido moderado los hay, entre pocos que van quedando, de tan vária actitud, que algunos han conseguido figurar hasta como adictos, en tanto que otros se asemejan á los ultramontanos en lo intransigentes. En la extrema derecha como en la extrema izquierda, el retraimiento, adoptado casi unánimemente, disminuye también mucho la representación de las oposiciones. Los centralistas, por último, aunque hagan esfuerzos por crear dentro de la nueva Cámara un partido medio, ni el número de los elegidos ni su valía les ayudará en sus propósitos, y se han de ver precisados á inclinarse resueltamente hácia los que á ellos les parezcan más afines, como no prefieran seguir la estéril política que los tiene condenados á la nulidad.

Aunque el cuerpo electoral, de una parte oprimido por el Gobierno, solicitado de otra por los defensores del retraimiento y en lo general escusándose de acudir á los comicios, como si hubiera perdido absolutamente la conciencia de su propio valer ó la esperanza de que mejore por su sola intervención la cosa pública, perjudique, tanto á los ministeriales que vencen por exiguo número de votos en todas partes, como á la oposición que resulta vencida, y, en último término, al sistema parlamentario, ello es que esta minoría liberal, si más corta por su número de lo que se podía esperar, aun contando con la presión oficial, es muy lucida y fuerte por las ideas que proclama, la tradición democrática que recuerda y el prestigio personal de que sus individuos vienen rodeados; honra muchos de ellos, por su elocuencia, de la tribuna española y autores de aquel Código de 1869 que pronto encarnará definitivamente en las leyes, como está sólidamente arraigado en el espíritu del pueblo español.

Ha sido verdaderamente sensible y ha perjudicado mucho á las oposiciones que el partido progresista-democrático dividiera sus fuerzas, acudiendo unos á la lucha y quedándose otros en el retraimiento: esplotada esta disidencia por los ministeriales, después de aprovecharla para su triunfo en muchos distritos, supone que será un estorbo continuo á la organización de aquel partido y de la democracia en general. Esto no es, por fortuna, exacto: la reorganización es trabajo continuo y ley natural de las asociaciones á que no pueden renunciar los que han luchado ni los que se han abstenido. La proclama el deseo de todos los demócratas, la favorecen los mismos errores de sus adversarios, la traen consigo las mismas ideas, y, por último, ni es siquiera una virtud lo que se impone como una necesidad. Y para decirlo todo, el que la estorbe ó la dificulte, antes que por su dañada intención, se distingue por su torpeza ó su insensatez. El partido progresista-democrático, como afirma en su notable Manifiesto electoral, «ni repugna las afinidades ni las alianzas: cuanto más íntimas mejor, y si para llegar á la fusión sin menoscabo ni alteración de los princi-

pios, manteniendo siempre íntegra la Constitución de 1869, salvas las modificaciones indicadas, conviniere borrar con los antiguos nombres el recuerdo de las precedencias y de los hechos antiguos, se mostrará fácil á toda avenencia; que no importa que en el verbo nuevo centellee más vivo el comun espíritu, si el espíritu persevera y la voluntad no se muda respecto á la esencia inalterable de las ideas.»

Con este movimiento de los partidos en pró de la libertad política mermada, coincide en Madrid otro generoso movimiento en pró de la libertad económica, no menos desatendida de los actuales poderes. En el Círculo de la Unión Mercantil se ha celebrado una reunión á que asistieron gran número de comerciantes y de notables economistas, con el objeto de reconstituir la antigua sociedad denominada; *Asociación para la reforma de los aranceles de Aduanas*: tiene por objeto esta Asociación defender la conveniencia de que el Estado disminuya sucesivamente los derechos de importación y exportación hasta convertir los aranceles en tarifas puramente fiscales. Habrá en Madrid un comité directivo, en las provincias comités locales, y todos los años, por el mes de enero, la Asociación celebrará Junta general. El comité directivo de Madrid es muy numeroso y está compuesto de hombres de gran mérito y saber, y presidido por D. Gabriel Rodríguez, incansable y elocuente defensor de las buenas doctrinas. A la reacción económica, alentada por la reacción política, opondrá esta Asociación una activa propaganda, y á los estímulos codiciosos de intereses particulares la noble defensa de los intereses públicos.

Resueltamente la prensa, puesto que vive de lo que el poder le tolera, y no de lo que le corresponde por su derecho, nada ganó con el cambio de gabinete. Perseguida, maltratada y á veces humillada, si opta por la sumisión, en el silencio deplorará su vergüenza, sin que se libere del peligro; y el peligro la perseguirá continuamente, si opta por la independencia. Los periódicos democráticos de Madrid, han sido en la pasada quincena los más favorecidos; *El Pueblo*, *El Clamor de la Patria*, *La Nueva Prensa*, y por último, *El Imparcial*: cuatro denuncias en breves días y dos sentencias de suspensión dictadas en contra de los primeros. Si esto sucede ahora, en que por confesión del Gobierno hay mucha tolerancia, ¿que será cuando el período electoral acabe y al benévolo imperante se le apure la paciencia? Mientras el fiscal denuncia y el tribunal suspende á los periódicos de oposición, el señor obispo de Osma le venga, en cierto modo, de tantas desdichas, excomulgando á un diario ministerial en compañía de un diario democrático. Y así se han confundido en lo pecaminoso y culpable la prensa adicta y la prensa independiente; porque si esta, á juicio del señor fiscal, no dá al César lo que es del César, aquella, en concepto del señor obispo, también ofende á Dios en lo que es de Dios.

Otra excomunion más ruidosa, la del obispo de Menorca contra el ayuntamiento de Mahon. Además del cementerio católico, el municipio quiso habilitar, con arreglo á lo mandado en la real orden de 28 de Febrero de 1872, un cementerio neutro donde recibían los cadáveres que la Iglesia rechaza una sepultura decorosa, como lo exige la dignidad de los restos humanos. Eligió un terreno contiguo á las tapias del Camposanto, que reclamó por suyo una cofradía; llevóse el pleito á los tribunales, y mientras se resuelve la cuestión civilmente, el obispo, canónicamente, ha declarado á los concejales pecadores públicos, les ha privado de sacramento y les ha prohibido la entrada en los templos. Esa real orden, de 28 de Febrero de 1872, la dictó un ministro conservador y católico; esos concejales del ayuntamiento de Mahon son católicos y conservadores, y el alcalde, su presidente, además de conservador y de católico, es de la nobleza del reino y lleva el título de barón de las Arenas. Cierto que la Iglesia ha puesto en entredicho así á los grandes como á los humildes, y á los reyes como á los pueblos; pero al fin disuena estos conflictos mucho más estando el poder, como ahora se halla, en manos de los que alardean para conquistarlo, de piadosos, que si estuviese en aquellos que precisamente para librarse de intrusiones funestas, y de querellas escandalosas, proclaman la libertad de cultos. Entretanto, y después de las censuras que como su obispo ha impuesto el de Mahon á los concejales, se ignora si el Gobierno habrá tomado alguna medida para defender á ese Ayuntamiento con igual entereza, por lo ménos, que el obispo á la cofradía; y para no consentir en ningún caso que sean holladas por nadie, clérigo ó seglar, las leyes del Estado.

En el *Figaro*, de París, antes que en ningún periódico español, se ha dado como probable la noticia de que el rey Don Alfonso contrajera segundas nupcias; *La Epoca* la confirma, suponiendo que acaso sea la elegida una archiduquesa de Austria; *El Imparcial* da el nombre de esta princesa, que es María Cristina, hija de Carlos Fernando y de Isabel Francisca María, nacida el año de 1858; y *El Siglo* supone que este enlace se concertará seguramente antes del mes de Octubre.

Cuatro periódicos completan, pues, lo que se dice acerca del futuro enlace del rey, sin que sea posible asegurar por ahora otra cosa si no que estas noticias tienen fundamento. No merece aún el mismo crédito la que últimamente ha circulado en Madrid, respecto á que Su Santidad, en íntimas conferencias con don Carlos de Borbon, le ha visto dispuesto á renunciar completamente á sus pretensio-

nes sobre la corona de España: D. Carlos y doña Margarita se hallan, con efecto, en Italia, y el Gobierno español ha recibido un telegrama participándole que la primera, estando todavía en Nápoles, cayó en Roma gravemente enferma, y fué preciso aplazar por esta causa la confirmación de sus hijos, con cuyo objeto había emprendido el viaje. Además de doña Margarita en Roma, sigue gravemente enferma en Sevilla la infanta doña Cristina de Orleans, asistida de la princesa de Asturias, que, temerosa de un riesgo inminente, salió de Madrid en tren expreso á reunirse con los duques de Montpensier.

A parte de los graves trabajos electorales, el Ministerio Martínez Campos no ha demostrado más actividad que el anterior en ramo ninguno de la administración pública: si el tiempo que lleva es corto para resolver, no lo ha sido para que, en este punto al ménos, demostrase alguna iniciativa, puesto que en lo político se ve ya claro que no la tuvo ni la tendrá nunca. El consabido proyecto de juicio oral y público, que anda como alma en pena de ministro en ministro, lo tomó al fin por su cuenta el Sr. Auriol, y esta vez parece que desde el ministerio de Gracia y Justicia será traído á las Cortes, donde no alcanzará mejor suerte. Y lo que en el ministerio de Gracia y Justicia sucede hace años con este proyecto, pasa en el ministerio de la Guerra con el que se refiere al establecimiento de una Academia general: en estudiarlos se va el tiempo mejor, y antes de que el estudio acabe para el proyecto, llega la crisis para el ministro.

La suscripción de bonos venía preparada de tiempos atrás, y aunque sea satisfactorio que se cubriese toda ella por particulares en España, no lo es para el Tesoro, que se ve precisado á gravar los presupuestos con intereses de nuevas deudas, y que haya de asegurar el pago de las que contrae con mayores ó más vejatorias garantías. También es resultado de antiguos trabajos el censo de población de 1877, que se declara oficial por real orden de 18 del corriente: el último empadronamiento arroja un total de 16.625.840 habitantes llamados de hecho, y 16.731.570 llamados de derecho en la Península é Islas adyacentes, contando 40.741 extranjeros, ó sea, un aumento en diez y siete años de 954.324 habitantes, muy cierto si se tiene en cuenta que la fecundidad de la población corresponde á mayor suma. La causa principal de que sea tan escasa esta última cifra, consiste en lo frecuente de las emigraciones que desparraman por Europa y por América la sávia de este país: sólo Francia tiene, por ejemplo, en su territorio 156.715 españoles, de los cuales 94.038 se hallan establecidos en la Argelia. El Gobierno se lamenta de ello en la real orden de donde tomamos estos datos; y en esta lamentación del mal conocido se gastará todo el impulso que exigiría el hallarle un buen remedio.

A tiempo de cerrar esta Revista, no son todavía completos los datos que se reciben del resultado de las elecciones. Oficiales, no los hay en la Península mas que de 325 distritos, de los cuales son adictos al Gobierno 254, independientes 6, progresistas-democráticos 7, moderados puros y ultramontanos 7, posibilistas 4, centralistas 11 y constitucionales 36; y como en esto le llegue al Gobierno antes la favorable que la adversa noticia, se calcula que las oposiciones reunirán en la Península definitivamente muy cerca de 100 diputados. En Ultramar, el Gobierno saldrá peor librado; Cuba dará de 14 á 16 adictos y de 8 á 10 liberales; Puerto-Rico 6 ó 7 liberales y 8 ó 9 adictos; y es de advertir que, en su mayor número, los diputados liberales de Ultramar profesan ideas democráticas. Pero el Gabinete Martínez Campos, que se trae una mayoría considerable, por más que no sea tan compacta como la anterior, no extremará el gusto de su victoria si considera que en todos los distritos la votación con que resultan favorecidos sus parciales fué insignificante: en Madrid, de 21.300 votos, entre los cuales unos 4.000 son empleados, obtuvo el que más 4.358; en Barcelona, la proporción es de unos 1.300 votos para los adictos, por unos 11.000 electores; y en otras poblaciones, la abstención ha sido mayor, no pasando en ninguna los electores ministeriales de la cuarta parte de los inscriptos en las listas, y habiendo muchas donde no llega ni á la quinta, según los últimos datos: esto, sin pedir cuentas de la manera como se haya hecho la rectificación del censo, en lo que no intervinieron las oposiciones, y sin reparar tampoco en los manejos y artimañas que la prensa escandalizada denuncia todos los días.

Una abstención tan pasmosa, que en mucha parte obedece á la propaganda en favor del retraimiento y en otra también nace de pura decadencia y escepticismo, denuncia, sin duda, que no hay en esta sociedad reposo ni paz interior, ni confianza en el Gobierno, y que ni siquiera la tiene en sí misma. Pero no se entienda por esto disculpada la abstención, ni aun supuesto el caso de un grave abuso del poder; porque si el cuerpo electoral no cuida de sus derechos, el mayor abandono dará siempre mayores facilidades á la usurpación, cuando no la incita ó autoriza, y porque, en último término, mal se averigua que no es posible conseguir lo que no se llegó á intentar.

ENRIQUE PEREZ LIRIO.

EL INVIERNO (1).

El cielo negras nubes cruzan locas en confuso monton; el día es breve; los valles cubre y las enhiestas rocas inmaculada túnica de nieve. Huérfanos ya de nidos y de flores, los árboles sacuden su ramaje doblando la cabeza á los rigores con que los hiere vendaval salvaje; mientras allá, en medrosas hondonadas que en las entrañas se abren de la sierra, sordo rumor de guerra despiden los torrentes y cascadas.

¡Serán los restos que la vista advierte cual girones de ricas vestiduras, afirmación, acaso, de la muerte y cebo de insaciables sepulturas? ¡Oh muerte! en vano luchas; el Invierno, que temer hace al hombre tu venida, no llevará á las fuentes de la vida eterna lobreguez y frío eterno. Por miras y por causas misteriosas, los restos que remueve el torbellino lágrimas son y ruina de las cosas; mas su polvo, después tendrá destino, modelando con él las creaciones que embellecen las nuevas Estaciones, la voluntad del Escultor divino.

En la sombra más densa, en los eriales, en los campos fecundos, en el polo y las tierras tropicales, en el piélago inmenso de los mundos, las antorchas nupciales ardiendo siempre están con viva llama; y todo lo que se ama y el fin ha de llenar de su existencia, tras invisible cópula y latente germinación de la vital simiente, multiplicase en larga descendencia; y se oye en los vacíos ó lagunas donde la nada halló la fantasía con su infantil credulidad por guía, el vagido incesante de las cunas, que, roto de la tierra el duro velo con que las cubre la Estación sombría, besos de luz recibirán del cielo.

Mansa voz de frondosas arboledas y pintorescas lomas, arrullos de palomas, auras y brisas ledas, música de las flores, en que canta su dulce estrofa cada cual, uniendo matices y perfumes al estruendo sublime y armonioso de voz tauta, hoy no halagais la vista y el oído; soledad y silencio han sucedido á la explosión de júbilo, en que todo, con su propia belleza y vario modo, á gozar convidaba del tiempo aquel que sin sentir volaba.

Estas las noches son y estos los días en que es más miserable la miseria, y en que sufren más hondas agonías el espíritu flaco y la materia.

Llenos están de lágrimas los ojos, los pechos de gemidos, y las calles de pobres desvalidos, y los campos de nieblas y de abojos. De los que van de harapos mal cubiertos é implacable persigue suerte ruda, la desnudez parece más desnuda á la inclemencia de los aires vientos. Mas las cuerdas del arpa no enmudece ni falta inspiración á las canciones; como nunca, tal vez, los corazones, ya desiertos, florecen, y tal vez como nunca en estas horas á su origen las almas se acercaron, por el bien que, entre lágrimas, sembraron, de su inercia y letargo vencedoras. Entre la lluvia y furibundo viento de borrascosa noche, que una estrella ne permite lucir al firmamento ni señales hallar de humana huella, extraviado y solo caminante del récio temporal prueba la saña; sigue entonces la luz de la cabaña que le atrae de lejos, vacilante, como faro á perdido navegante en medio de la mar, también á solas, juguete ruin de las inquietas olas buscando allí reposo y dulce abrigo; y por amor ó caridad, entrada le franquea la rústica morada como á rota barquilla puerto amigo. Así la antigua Vesta, que apagados vió rodar en los templos sus altares, otros, del corazón en los hogares, vió, al morir, á otro culto levantados, y de más puro incienso elevarse el perfume al Señor inmenso.

¡Noche de soledad y horror profundo la noche en que, postrado y corrompido, huérfano de ideal el viejo mundo espiraba con lúgubre alarido! Gimió al sentir estremecerse el sόllo, y en vano oyó el graznido del ave que había sido guardadora leal del Capitolio. El coloso, que eterno soñó ser en la cumbre de la gloria, entraba en la vejez y en el Invierno que el sol empañaría de su historia; y acaso en sus postreras convulsiones adivinó ya próximo el tumulto de bárbaras innúmeras naciones, hozando en su cadáver inseputo

como hambriento rebaño de leones. ¡Triste fin de una edad, triste y sombrío, pues el calor de las creencias, santo, un ara no encontraba en duelo tanto, y en el mundo moral sólo el vacío! ¡Abyecta la mujer, esclavo el hombre, la virtud despreciada, ley el hecho, el patrio amor un nombre, ilusión el derecho, las almas sin un astro, y como en ellas, el cielo pavoroso y sin estrellas!

Entónces en Oriente, sobre la tumba de la edad caída se eleva sol naciente por quien el mundo la salud recobra; su nombre, Cristo; su llegada, vida; su paso, breve; redención su obra. ¡Obra digna de un Dios, yo te bendigo, y en hora igual en que mi lengua ruda la noche aquella con fervor saluda, bendicente el magnate y el mendigo, amánsanse los ánimos feroces, y resuenan en chozas y palacios, siglo tras siglo, placenteras voces que el eco fiel repite en los espacios!

Cercados de gozosos nietezuelos en misera mansión ó en rica estancia la noche memorable de la infancia, en niños se convierten los abuelos; y el frío de la edad y de las penas olvidando entre sanas alegrías, se figuran que corre por sus venas la hirviente sangre moza de otros días. En torno de la lumbre suspirada, tributo de los bosques solitarios, la gente de la aldea congregada su labor ameniza en la velada con cantares y cuentos legendarios, donde, entre absurdos, la verdad asoma, como hilo de agua que su origen toma de fresca pura y escondida fuente, á la Historia diciéndole que en ella consuelo encontrará la sed que siente. El sueño viene en pos; apenas tiña entre brumas el alba el horizonte, el campesino irá por llano y monte: allí espera la cava de la viña, y se poda el olivo, cuya rama es símbolo de paz y de ventura y lleva el fruto en sí que luz derrama, entre el silencio de la noche oscura, que del no ser es fúnebre remedo, triste como el dolor, madre del miedo.

Y en esas largas horas invernales que busca el que medita, cuando azotan por fuera los cristales granizo y lluvia y vendaval que grita: ó cuando todo calla, y en íntimo tenaz recogimiento, fuerzas, en fin, desconocidas halla, para no desmayar, el pensamiento, el soñador, el visionario, el loco, todos esos aúlces, viril hueste que surge el archipiélago celeste subiendo á la gran Causa, eterno foco donde la vida universal fermenta, y en las horas del día y las nocturnas vuela en la inmensidad sus vastas urnas los que siguiendo incógnitos caminos, por peregrina intuición ó ciencia al transformar de un tiempo la creencia le señalan también nuevos destinos; esa legión sagrada, en esas horas en que más el misterio es formidable y más hondo parece lo insondable, nacer acaso ha visto las auroras de gigantes progresos precursoras, y la palabra palpitar ha oído de la inmóvil esfinge del desierto entre el lábio de bronce, sólo abierto al génio con que Dios su frente ha ungió.

Fausto, Hamlet, Adam y Segismundo, y El Ingenioso Hidalgo sin segundo, regocijo de Cortés y de aldeas, ser debieron soñados y en tus horas propicias engendrados: ¡bendita, oh noche del Invierno, seas! ¡Benditos la montaña y mar glaciales, donde á la vez que rueda la avalancha, se elevan prodigiosas catedrales de nieves y de témpanos sin mancha! De allí, de aquellas fúnebres alturas inaccesibles, que el misterio habita, la ronca tempestad se precipita que al Mediodía da sus aguas puras cuando niega á su sed el rojo Estío ambiente fresco y pródigo rocío. Y en aquellas horribles latitudes donde pálido musgo apenas brota lo arrastran, desgajados, los aludes, con ruidoso feroz sacudimiento del cuerpo enorme, la ballena azota el líquido elemento, y la marina foca se recrea con su prole, que alegre le rodea; pues la vida también, que nada anula, revela en sus energías latidos, que, por cauces visibles ó escondidos, con calor inmortal allí circula.

¡Oh! no es este el invierno que destruye, y al pensador austero le estremece; él con sus horas y tristezas huye cuando sol más benigno resplandece. Desaliento en las almas; que aspiraciones grandes ya no agitan; postración de los pueblos que dormitan sobre gloriosas palmas, y en su estupor y ceguera completa ni ven del porvenir el alborozo, ni sienten, como un día Galileo, rodar bajo sus piés nuestro planeta: el fanatismo—espectro—rodeando las almas de tinieblas y de frío para llenar con ellos el vacío de calor y de luz, que están llorando,

ó uniendo á sus gemidos roneas iras, porque á su voz, que es voz de los desiertos, no vienen ni vendrán los siglos muertos; ¡ay! cuando nubes tan siniestras flotan sobre el humano espíritu, y apenas en la aridez de la conciencia brotan, cual débil florecilla en las arenas que arroja el mar en su latir eterno, vagas sombras de un bien que ya no alcanza falta de fe, perdida la esperanza... ¡deplorable, incomparable Invierno!

En vano será, en vano, que las olas y céfiros suaves en concierto resuenen soberano con los astros, las flores y las aves, en cielos, aires, rios y verjeles, de más grata Estación heraldados fieles; y que el árbol encante la espesura en la verde campiña y alto risco; y que la mansa oveja, del arisco saliendo al despuntar el alba pura, y del caliente establo el buey robusto, á la vida exterior, libres de susto, animación añadan y hermosura; y á solas el pastor, como solía, lance al viento su agreste melodía, toscos, sí pero dulce y tierno idilio que en la flauta de Pan oyó Virgilio... Si el ideal, que abandonado yace, ideal que engrandee y regenera, con vida y nueva savia no renace, no hay nada que á este Invierno fin le trace, y se oirá en elegía lastimera: —¡Las almas ya no tienen primavera!

¡Dichoso el que, con calma, del mundo resistió los desengaños, y aunque la frente doble, lleno de años, conserve en pié la juventud del alma! Este no temerá que venga Enero; y si de viva fe y amor desnuda, de su paz el origen verdadero desease inquirir la triste duda, le puede responder: —Amo y espero.

VENTURA R. AGUILERA.

EPISTOLA A DON ADELARDO LOPEZ DE AYALA

(AUSENTE DE LA CÓRTE.)

Ilustre vate á quien constante admiro: si de la dulce soledad dicha que te brinda tu placido retiro no ha de turbar la calma venturosa mi ronea voz en tu envidiable calma, esta, recibe, epístola amistosa. ¡Oh tú que de la paz logras la palma y aspiras el ambiente embalsamado que infunde la salud y ensancha el alma! Deja que envíe tu dichoso estado quien vive y sueña á la engañosa lumbre del cortesano sol dulce y templado. Rompiendo con la ley de la costumbre, menospreciando cortesana gloria, libre de la mundana pesadumbre, ya de tu afán lograda la victoria del campo al seno tu salud se acoje mientras aquí persiste tu memoria. Otras frentes la cólera sonroje, tu alma serena en la tranquila tarde la moribunda luz del sol recoge. La córte dejas, donde en torpe alarde la sordida ambición y el ruin despecho con vil disfraz de adulación cobarde rugen cual ecos de huracán deshecho del grande altivo y del patan vicioso royendo el alma y devorando el pecho! Ni el tiempo aquí transcurre provechoso; y de la córte hispana en el recinto todo sigue su curso perezoso, cual turbio río que de fango tinto, descendiendo al valle, y ronco se difunde lento arrastrando su caudal extinto. La ciega fe que el entusiasmo infunde, del pátrio amor la sacrosanta hoguera que en ánimos viriles ráuda cunde: la concordia, de bienes mensajera, la unión que al hombre con el hombre enlaza sol que disipa la tormenta fiera, todo lo olvida la cadente raza que en terco empeño y sin igual porfía desprecia el triste fin que la amenaza. Díviértase la córte noche y día, ya en diarias constantes expansiones, ya en los placeres de nocturna orgía. Hierven de gente calles y salones, nos falta el tiempo á la pasión liviana dormidos al dolor los corazones. Aguarda el madrileño una semana la fiesta del domingo y no es que aguarde culto rendir á la moral cristiana, sino por ver en la ardorosa tarde fiesta de toros que impaciente espera para hacer de su afán sangriento alarde. La ancha calle inundando placentera corriendo va la muchedumbre ansiosa por ver la lid de la tremenda fiera. ¡Oh miseria ilusoria y engañosa, y dirán que en Madrid oculta habita con pena universal calamitosa! Del pueblo hambriento llorará las cuitas tal orador, con voces lastimeras, y el pueblo en tanto, en masas infinitas buscando sobresaltos y carreras, se gastará el jornal de la semana llenando al ancho circo las barreras. ¡Oh incomprensible condición hispana, fácil en desdén la propia pena sin pensar en el día de mañana! De cien teatros en la alegre escena la cotidiana huelga se resume dentro la sala que la gente llena. Frívolo afán de risa nos consume, sin que de tanta aspiración viciosa la pesadumbre inmensa nos abruma. Muerta la industria, en obras perezosa,

el público mercado en lenta ruina, balbuciente la imprenta temerosa, aspirando la flor sin ver la espina, duermen aquí los que su suerte esperan mientras el sol de la nación declina. Perdiendo el tiempo que emplear debieran en más altas empresas, los fingidos amantes de la patria, vociferan y en hostil convivencia siempre unidos del que al mando llegar logró primero murmuran con hambrientos alaridos. Hace la envidia oficios del acero; las honras barre con su inmundada baba, de débil inacción signo postrero. ora derrocha el mismo que insultaba furioso ayer al que oscurece ogaño; la envidia en él sus fieras uñas clava, y en tal comercio y desastroso engaño sólo el propio interés nos concilia del vecino feliz urdiendo el daño.

Derrumbó la ambición la monarquía, hirvió el pueblo de reyes interinos, tuñando en la fugaz soberanía.

República nos vemos, y dañinos, á nuestras propias manos inmolada vióse á su vez por padres asesinos.

Vuelve la régia pompa ayer hollada, ¡y sabe Dios si en trance inesperado la hemos de ver de nuevo amenazada!

¡Oh indómito español desatentado siempre contrario al bienestar presente, jamás experto del dolor pasado!

Raza infeliz que fallecer se sienta y de pámpanos verdes coronada, sus glorias canta en bacanal candente.

De aves errantes misera bandada, que en pús volando vá con terco engaño de rota nave al viento abandonada!

Vasallos nos llamó la fé de antaño, realistas fuimos luego fervorosos, monárquicos no más somos ogaño.

De nuestros pechos en su fé dudosos se desprenden las muertas tradiciones, cual hojas de los árboles añosos.

Agosta la vejez los corazones, y de la edad con la fatal mudanza mueren también caducas las naciones.

¡Do alienta el español cuya pujanza fué asombro al mundo y á la tierra espanto, cuando blandiendo la robusta lanza

el tronante arcabuz, al grito santo, constante vencedor en mil empresas, tan glorioso en Bailén como en Lepanto,

potente y rico de gloriosas presas, eran su adorno mitras imperiales y su festín las águilas francesas?

De aquellos tan lozanos y membrudos, arripotentes en la mar airada fuertes, sóbrios, atléticos, forzudos,

vive la descendencia en la extragada y enclenque juventud setemesina, raza enfermiza y pobre y trasnochada.

¡Es esta la inmortal raza latina que en la España de Alfonso y Filipo nunca vió el sol en lumbre vespertina?

Con estos impotentes prototipos se alimenta la corte afeminada, combatiendo en ridículos equipos al novillo en la alegre becerrada,

ó al incauto pichon que en muerte leve convierte el juego en prenda deseada.

Baile y jugo y festín, sólo nos mueve vértigo sordo, ingénita locura, y esperando que el diablo se nos lleve, rendido el español á su amargura

duerme dejando deslizar su vida en brazos de la holganza y de la usura.

Tal es Madrid, tal era á tu partida; lo mismo le hallarás cuando tornares; tal fué, tal es, y tal será su vida.

Bien haces en buscar la selva umbrosa, y el fuerte roble y la fragosa sierra, y la ancha, corpulenta, encina añosa.

Bien haya quien nació en la hermosa tierra, patria de altos caudillos de quien dura siempre el nombre inmortal en paz ó en guerra.

Goza en calma la placida ventura que en su seno te dá, suelo nativo, rica, feraz, frondosa Extremadura.

Ya te miro subiendo al monte altivo respirando con alma placentera la fresca sombra del silvestre olivo.

La luz de la naciente primavera, contemplando en la calma silenciosa del campo alegre y la feraz pradera, miras brotar la flor esplendorosa del almendro temprano y el capullo de la encendida y deslumbrante rosa.

Surge del nido el amoroso arrullo, y saltando entre juncias y espadañas, difunde el río su jovial murmullo.

Deshácese la nieve en las montañas, y el sol, desparramando su tesoro, por llanuras y montes y cabañas,

el pálido arenal convierte en oro: tienden las aves el sonante vuelo, despierta alegre el corpulento toro,

gérmenes brotan del fecundo suelo, y verde alfombra del herboso prado y el ancho surco abriendo paralelo

rompe la tierra el resplandor arado. ¡Oh, feliz el que al sol cuando aparece, puede mirar, tranquilo y sosegado!

Blando y amante seno el campo ofrece, paz al ánimo brinda, al pecho calma; y este es el premio justo que merece quien de la vida en la constante lucha

rico de gloria, su misión lograda, la voz servil de adulación no escucha y en paz disfruta su existencia honrada.

EUSEBIO BLASCO.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO

DE LOS SEÑORES M. P. MONTOYA Y COMPAÑIA,

Caños, 1

(1) Invitado para encargarse de una Velada literaria en el Ateneo de Madrid tuvo el autor de esta poesía la honra de leerla, con algunas otras, ante aquella ilustrada corporación, en la noche del 25 de Enero último.

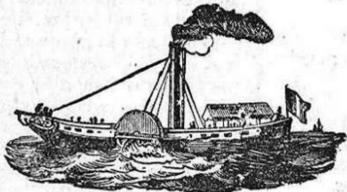
ANUNCIOS.

BANCO DE ESPAÑA.

Nota de billetes hipotecarios de la segunda serie que han sido amortizados en el sorteo celebrado en el día 3 del corriente.

Numeracion de las hojas que representan los lotes.	Numeracion de billetes hipotecarios que deben ser amortizados.	Numeracion de las hojas que representan los lotes.	Numeracion de billetes hipotecarios que deben ser amortizados.
2	Del 101 al 200	1.155	Del 115.401 al 500
9	801 900	1.163	116.201 300
31	3.001 100	1.185	118.401 500
41	4.001 100	1.195	119.401 500
48	4.701 800	1.212	121.101 200
53	5.201 300	1.239	123.801 900
54	5.301 400	1.282	128.101 200
124	12.301 400	1.292	129.101 200
149	14.801 900	1.297	129.601 700
161	16.001 100	1.341	134.001 100
166	16.501 600	1.365	136.401 500
170	16.901 17.000	1.396	139.501 600
231	23.001 100	1.419	141.801 900
237	23.601 700	1.436	143.501 600
297	29.601 700	1.437	143.601 700
303	30.201 300	1.452	145.101 200
305	30.401 500	1.469	146.801 900
331	33.001 100	1.481	148.001 100
350	34.901 35.000	1.487	148.601 700
359	35.801 900	1.492	149.101 200
360	35.901 36.000	1.507	150.601 700
378	37.701 800	1.523	152.701 800
379	37.801 900	1.564	156.301 400
413	41.201 300	1.570	156.901 157.000
441	44.001 100	1.579	157.801 900
454	45.301 400	1.602	160.101 200
457	45.601 700	1.603	160.101 200
496	49.501 600	1.635	163.401 500
516	51.501 600	1.639	163.801 900
518	51.701 800	1.666	166.501 600
521	52.001 100	1.703	170.701 800
531	53.001 100	1.714	171.301 400
571	57.001 100	1.727	172.601 700
590	59.801 59.000	1.732	173.101 200
597	59.601 700	1.740	173.901 174.000
608	60.701 800	1.746	174.501 600
612	61.101 200	1.775	177.401 500
626	62.501 600	1.782	178.101 200
636	63.501 600	1.826	182.501 600
643	64.201 300	1.880	187.901 188.000
652	65.101 200	1.884	188.301 400
662	66.101 200	1.887	188.601 700
668	66.701 800	1.893	189.201 300
671	67.001 100	1.923	192.201 300
681	68.001 100	1.956	195.501 600
689	68.801 900	1.973	197.201 300
722	72.101 200	1.978	197.701 800
734	73.301 400	1.985	198.401 500
758	75.701 800	2.004	200.301 400
762	76.101 200	2.007	200.601 700
776	77.501 600	2.014	201.301 400
783	78.201 300	2.046	204.501 600
809	80.801 900	2.072	207.101 200
833	83.201 300	2.080	207.901 208.000
852	85.101 200	2.133	213.201 300
869	86.801 900	2.152	215.101 200
886	88.501 600	2.156	215.501 600
891	89.001 100	2.188	218.701 800
907	90.601 700	2.210	220.901 221.000
910	90.901 91.000	2.219	221.801 900
914	91.301 400	2.225	222.401 500
917	91.601 700	2.252	225.101 200
967	96.601 700	2.285	228.401 500
1.009	100.801 900	2.378	237.701 800
1.054	105.301 400	2.384	238.301 400
1.073	107.201 300	2.404	240.301 400
1.091	109.001 100	2.413	241.201 300
1.117	111.601 700	2.426	242.501 600
1.125	112.401 500	2.460	245.901 246.000
1.127	112.601 700	2.479	247.801 900
1.139	113.801 900	2.491	249.001 100
1.143	114.201 300	2.492	249.101 200

Advertencia.—Los tenedores de los billetes hipotecarios que se dejan expresados, así como de los cupones de esta clase de valores, vencidos en 1.º de Julio próximo, pueden presentarlos desde luego á descuento en estas oficinas al tipo de 4 1/2 por 100 anual que el Banco tiene establecido para esta clase de operaciones.
Madrid 3 de Abril de 1879.—V.º B.º—P. El gobernador, Secades.
—El secretario, Manuel Ciudad.



VAPORES-CORREOS TRASATLÁNTICOS

A. LOPEZ Y COMPAÑÍA.

NUEVO SERVICIO PARA EL AÑO 1879.

PARA PUERTO-RICO Y HABANA

salen de Cádiz los días 10 y 30 de cada mes, y de Santander y Coruña los días 20 y 21 respectivamente, admitiendo pasajeros y carga.

Se expenden también billetes directos, vía de Cádiz, para SANTIAGO DE CUBA, GIBARA Y NUEVITAS,

con trasbordo en Puerto-Rico á otro vapor de la Empresa, ó con trasbordo en la Habana si se desea.

Más informes: en Cádiz, A. Lopez y Compañía.—Barcelona, D. Ripoll y Compañía.—Santander, Angel E. Perez y Compañía.—Coruña, F. la Guarda.—Valencia, Dart y Compañía.—Málaga, Luis Duarte.—Sevilla, Julian Gomez.—Madrid, Julian Moreno, Alcalá, 28.

BANCO HISPANO-COLONIAL.

El Consejo de Administración del Banco Hispano-Colonial ha resuelto que desde 1.º de Mayo se satisfaga á los señores accionistas el décimo dividendo de intereses correspondiente al trimestre que vence en dicha fecha. El pago se efectuará presentando las acciones, acompañadas de una factura impresa, que se facilitará en la Secretaría del Banco, Ancha, 3, principal, en Barcelona, en las oficinas del Banco de Castilla en Madrid, y en las de la Junta delegada en la Habana.

Se señala para el pago los días del 1.º al 10, de once de la mañana á tres de la tarde. Trascorrido este plazo, sólo se destinarán á este servicio los lunes de cada semana á las horas expresadas.

Barcelona 12 de Abril de 1879.
—El gerente, P. de Sotolongo.

BANCO DE ESPAÑA.

Debiendo verificarse la corta de los cupones que vencen en 30 de Junio próximo y 1.º de Julio siguiente, correspondientes á los efectos de la Deuda pública depositados en este Establecimiento, se avisa á los interesados:

1.º Que hasta el día 26 del actual, y previo pedido, podrán recoger los cupones en rama de los títulos de renta perpétua al 3 por 100 interior y obligaciones generales del Estado por ferro-carriles, y hasta el 10 de Mayo próximo los pertenecientes á los demás efectos de la Deuda pública.

2.º Que los que deseen conservar los cupones sin cortar, deberán manifestarlo por escrito antes de los expresados días, mencionando el número del depósito, clase de valores y su importe. Madrid 22 de Abril de 1879.—El Secretario, Manuel Ciudad.

BANCO HIPOTECARIO DE ESPAÑA.

CAPITAL SOCIAL:

50.000.000 DE PESETAS

DESEMBOLSO: EL 40 POR 100

Ó SEAN 20.000.000 DE PESETAS EFECTIVAS

DOMICILIO SOCIAL

Paseo de Recoletos, 12.

PRÉSTAMOS HIPOTECARIOS.

Este Banco hace préstamos en efectivo ó en Cédulas de 6 por 100 á plazos de 5 á 50 años.

De los préstamos en efectivo el interés es de..... 7 por 100

La amortización y comision (por 50 años)..... 0,84 c. por 100

Total de la anualidad sobre la suma prestada..... 7,84 c. por 100

De los préstamos en cédulas del 6 por ciento el interés es de..... 6 por 100

La amortización y comision (por 50 años)..... 0,93 c. por 100

6,93 c. por 100

Añadiendo en esta última clase de préstamos en Cédulas la pérdida sobre estas últimas, la carga anual sobre la cantidad prestada, es ahora aproximadamente de 7 1/4 por 100.

Terminados los cincuenta años ó el plazo que se convenga para el préstamo, y satisfecha que haya sido la última anualidad, el Banco se encuentra reembolsado del todo y la finca liberada.

Antes de que el plazo espere, el prestatario puede terminar el negocio cuando guste, reembolsando total ó parcialmente el capital del préstamo que no se halle aún amortizado,

y satisfaciendo 2 por 100 de indemnización.

En una palabra, en los préstamos de esta clase, el prestatario vuelve á quedar libremente dueño de la finca al fin del plazo convenido, sin más carga que la de pagar 7 1/4 por 100 aproximadamente al año.

El máximo de la suma que puede prestar el Banco, es el de la mitad del valor en que aprecia las fincas urbanas y las rústicas, exceptuando los olivares, viñas y arbolados, sobre los cuales no presta sino la tercera parte de su valor.

PALACIOS Y GOYOAGA

SASTRES.

3, PUERTA DEL SOL, PRAL., 3.

CASA GENERAL DE TRASPORTES

DE

JULIAN MORENO

CONTRATISTA DE LOS FERRO-CARRILES

DE MADRID Á ZARAGOZA Y ALICANTE,

Y

UNICO CONSIGNATARIO DE LOS VAPORES-CORREOS

DE

A. LOPEZ Y COMP.ª

MADRID.—ALCALÁ, 28.

MANUAL

DEL

SECRETARIO

O PRÁCTICA DE OFICINAS

Obra útil á todos los que desempeñan aquel cargo y á cuantos deseen instruirse en lo concerniente al despacho de Secretarios, por

ILDEFONSO ESTRADA Y ZENEA.

UN TOMO EN 4.º DE BILLETES 3 PESOS fuertes ejemplar, franco de porte.

Indice de las materias que contiene: Invitación á los Secretarios.

—Certificación.—Introducción.—Primera parte.—PERSONAL.—Porte.—Aseo.—Maneras.—Carácter.—Urbanidad.—Sociabilidad.

—Educación.—Moralidad.—Dignidad.—Instrucción.—Actividad.

—Segunda parte.—MATERIAL.—Oficinas.—Libros.—Documentos.

—Oficios.—Cartas.—Informes.—Ordenes.—Decretos.—Consultas.

Propuestas.—Certificaciones.—Estados.—Reglamentos.—Juntas.—Actas.—Actas municipales.—Memorias.—Relaciones, Indices y Registros.—Memoriales.—Copias.—Formularios.—Citación á junta.

—Memorial.—Informe.—Oficio.—Certificación.—Acta de Ayuntamiento.—Otra certificación.—Otro memorial.—Exposición al Rey.—Expediente para la construcción de obra nueva.—Solicitud para ser inscripto en la matrícula de comerciante.—Invitación.—Oficio para remitir un título.—De los Secretarios de los Juzgados de Paz.—De los Secretarios de los Institutos.—De los Secretarios de la Real Sociedad económica de la Habana.—Extractos de las leyes provincial, electoral y municipal.—Usos del papel sellado.—Tratamientos y títulos, etc., etc.

UNICO PUNTO DE VENTA

«LA PROPAGANDA LITERARIA.»

O'REILLY, 54,

Y SUS AGENTES EN EL INTERIOR DE LA ISLA

EL LIBRO

DEL

CIUDADANO ESPAÑOL.

CONTIENE:—1.º Advertencia.—2.º Decretos y bandos sobre la paz y reconstrucción de Cuba, publicados en la Gaceta de la Habana.

—3.º Constitución de la Monarquía española, promulgada en 30 de Junio de 1876.—4.º Ley Municipal, con las reformas en su texto comprendidas en la de 16 de Diciembre de 1876, publicada en 2 de Octubre de 1877.—5.º Ley Provincial, con las reformas en su texto comprendidas en la de 16 de Diciembre de 1876, publicada en 2 de Octubre de 1877.—6.º Ley Electoral para Municipios y Diputaciones

provinciales, de 23 de Junio de 1870, con las reformas de la de 16 de Diciembre de 1876.—7.º Ley Electoral para diputados á Cortes, de 18 de Junio de 1865, mandada cumplir por decreto de las Cortes.

—8.º Ley Penal para los delitos electorales.—9.º Circular de 5 de Agosto de 1877, dictando reglas para la ejecución de la Ley Electoral.—10. Ley Electoral del Senado, de 8 de Febrero de 1875.—11. Ley de Extranjería, de 4 de Julio de 1870, fijando la condición civil de los extranjeros domiciliados y transeuntes, sus derechos y obligaciones, matriculas, pasaportes, emigrados, etc., etc.—12. Ley Moret, de 4 de Julio de 1870, para la abolición gradual de la esclavitud.

Obra de actualidad, de unas 200 páginas, encuadernada á la rústica, en PESOS FUERTES 2-50 billetes, franco de porte al Interior. Gran rebaja en los pedidos mayores, que se dirigirán á La Propaganda Literaria, O'Reilly, 54.—Habana.

LA AMÉRICA

Año XX.

Este periódico quincenal, redactado por los primeros escritores de Europa y América, y muy parecido por su índole é importancia á la REVISTA DE AMBOS MUNDOS, se ha publicado sin interrupción durante diez y nueve años. En él han visto la luz más de ocho mil artículos, todos originales y escritos expresamente por sus numerosos colaboradores, lo que puede justificarse consultando el índice que figura al fin de cada tomo. Para comprender toda su importancia, bastará decir que el Gobierno español, años hace, lo ha recomendado de real orden á los capitanes generales y gobernadores de la Isla de Cuba, Puerto-Rico y Filipinas; así es que nuestra REVISTA UNIVERSAL cuenta en dichos países con numerosos suscriptores, como en toda la América, España, Francia, Inglaterra y el resto de Europa.

El número de nuestros comisionados ó corresponsales excede de 400.

EL ANUNCIO, ese pregon escrito y multiplicado por las mil lenguas de la imprenta, es el más poderoso agente, si no ya la base de toda empresa, puesto que el éxito de esta depende en gran parte de la publicidad: sería ocioso hacer aquí su apología.

EL ANUNCIO, que al principio fué una mejora, es hoy una necesidad, y pueden calcularse la civilización de un país y su riqueza por el mayor ó menor número de ANUNCIOS. Ejemplo de esto son el *El Times* y el *New-York Herald*.

Para terminar; LA AMÉRICA, que puede considerarse, atendiendo á su antigüedad, y al número y calidad de sus colaboradores, como el único periódico en su género, cuenta con un gran número de suscriptores, pertenecientes á las clases más acomodadas: esto, junto con el crédito de que goza, ha de dar gran importancia á sus anuncios.

Precio de suscripción en España, 24 rs. trimestre. En el Extranjero y Ultramar, 12 pesos fuertes.

Precio de los anuncios, 4 reales línea. Agente general en la Isla de Cuba el Sr. D. Alejandro Chao, director del acreditado establecimiento LA PROPAGANDA LITERARIA.

En PUERTO-RICO.—Señores Sanchez Enriquez. En PARÍS.—E. Denne, librería española, 15, rue Monsigny.